

**La Bien Amada**

**Por**

**Thomas Hardy**

***Freeditorial*** 

## **PRIMERA PARTE**

### **Un joven de veinte años**

#### **Una presentación imaginaria de la Bien Amada**

Una persona muy distinta de los habituales transeúntes de la localidad escalaba el escarpado camino que conduce a través del pueblecillo costero llamado Street of Wells, y forma un pasillo en aquel Gibraltar de Wessex, la singular península, un tiempo isla y todavía así denominada, que se adelanta como una cabeza de pájaro en el canal inglés. Está enlazada con tierra firme por un largo y angosto istmo de guijarros «arrojados por la furia del mar» y sin igual en su clase en Europa.

El caminante era lo que su aspecto indicaba: un joven de Londres, de cualquier ciudad del continente europeo. Nadie podía pensar al verle que su urbanidad consistiera solamente en el vestir. Iba recordando con algo de execración que tres años enteros y ocho meses habían transcurrido desde la última vez que visitó a su padre en aquella solitaria roca donde nació, y todo aquel tiempo lo había invertido en diversas y opuestas camaraderías entre gentes y costumbres mundanas. Lo que le parecía usual y corriente en la isla cuando en ella vivía, le resultaba extraño e insólito después de sus últimas impresiones. Más que nunca semejaba el paraje lo que, según se decía, fue en otro tiempo la antigua isla de Vindilia y la Morada de los Honderos. Ya no eran para él familiares y habituales ideas la altísima roca, las casas sobre casas, los umbrales de la que en cada una se alzaban al nivel de la chimenea antevicina, los jardines que por una de sus tapias colgaban mirando al cielo, las hortalizas que crecían en parcelas al parecer casi verticales, y la compactidad de toda la isla como un recio y único bloque calizo de cuatro millas de longitud. Todo ahora deslumbraba con sin igual blancura, en contraste del coloreado mar, y el sol relumbraba sobre las infinitas estratificaciones de las paredes de oolita,

... Melancólicas ruinas

de cancelados ciclos...

con una claridad que atraía tan poderosamente la atención del caminante, como ningún otro espectáculo que de lejos hubiese contemplado.

Tras laboriosa ascensión llegó a la cima, y atravesando la meseta se dirigió a la aldea, hacia el oriente. Como promediaba el verano, y eran las dos de la tarde, el camino estaba polvoriento y deslumbrador. Al llegar cerca de la casa de su padre, se sentó al sol.

Extendió la mano sobre la peña contigua, y vio que abrasaba. Aquélla era la temperatura peculiar de la isla, a la hora de la siesta, cuando dormía como entonces. Escuchó y oyó lejanos chirridos. Eran los ronquidos de la isla: los ruidos de los canteros y aserradores de piedra.

Frente por frente al sitio en donde estaba sentado había una espaciosa alquería o vivienda de familia, toda de piedra, como la isla; no sólo las paredes, sino los marcos de las ventanas, el techo, la chimenea, la cerca, el portillo, la pocilga, el establo y casi también la puerta.

Recordaba que allí había vivido, y probablemente seguía viviendo la familia Caro; los Caros de «yegua baya», como les llamaban para distinguirlos de otras ramas del mismo árbol genealógico, pues sólo se contaban en toda la isla media docena de nombres de pila con sus otros tantos apellidos. Cruzó el camino y sus ojos se internaron por el sendero que conducía a la puerta. En efecto, todavía estaban allí.

La señora Caro, que le había visto desde la ventana, salió a su encuentro en la entrada de la casa, y ambos se saludaron a la antigua usanza. Un momento después se abrió una puerta que daba a los aposentos interiores, y una muchacha de diecisiete o dieciocho años se acercó brincando.

—¡Cómo! ¿Eres tú, querido Joce? —prorrumpió alborozada.

Y adelantándose hacia el joven, le dio un beso.

La demostración era bastante grata viniendo de la dueña de tan cariñoso y brillante par de ojos castaños y de unas trenzas tan negras; pero tan repentina e inesperada para un hombre recién llegado de la ciudad, que retrocedió casi involuntariamente por un instante, devolviendo después el beso con algún reparo y diciendo:

—¡Avicia, mi linda chiquilla! ¿Cómo estás, al cabo de tanto tiempo?

Durante unos cuantos segundos la impulsiva inocencia de la muchacha apenas se dio cuenta del movimiento de sorpresa del joven; pero la señora Caro, la madre de ella, lo había advertido instantáneamente, y volviéndose hacia su hija con visible rubor, le dijo:

—¡Avicia! ¡Mi querida Avicia! Pero ¿qué haces? ¿No sabes que ya te has hecho una mujer desde que Jocelyn, el señor Pierston, estuvo aquí la última vez? Por supuesto, que no debes hacer ahora lo que acostumbrabas tres o cuatro años atrás.

A duras penas logró Pierston disipar la molestia suscitada por el incidente, diciendo que con seguridad esperaba que la muchacha continuaría tratándole como en su niñez, a lo que siguieron varios minutos de conversación sobre generalidades. Lamentaba Jocelyn con todo el alma que su involuntario

movimiento le hubiese traicionado así. Al despedirse repitió que si Avicia le miraba de distinto modo del acostumbrado, nunca se lo perdonaría; pero aunque se separaron cordialmente, el rostro de la muchacha delataba el pesar que le había causado el incidente. Jocelyn volvió al camino, dirigiéndose hacia la cercana casa de su padre. La madre y la hija quedaron solas.

—¡Me he quedado atónita al verte, hija mía! —exclamó la madre—. ¡Un joven que viene de Londres y de ciudades extranjeras, acostumbrado a los rigurosos modales de sociedad y al trato de señoras que casi tienen por vulgar el sonreír abiertamente! ¿Cómo pudiste hacerlo, Avicia?

—¡No me acordé de que ya no soy una niña! —dijo la muchacha con pesar—. Yo acostumbraba a besarle, y él me besaba a mí antes de que se marchara.

—¡Pero esto era hace años, querida mía!

—¡Oh!, sí; pero en aquel momento lo olvidé. Me pareció el mismo de otros tiempos.

—Bien; la cosa ya no tiene remedio. Has de ir con más cuidado en adelante. Él tiene muchas jóvenes entre quienes escoger, te lo aseguro, y poco piensa en ti. Es lo que llaman un escultor, y, según dicen, aspira a ser algún día un genio en este arte.

—Bien; ya está hecho, ya no tiene remedio —gimió la joven.

Entretanto, Jocelyn Pierston, el escultor de embrionaria fama, había ido a casa de su padre, hombre prosaico dado tan sólo al negocio y al comercio, de quien, no obstante, aceptaba Jocelyn una subvención anual mientras llegaba el día de la gloria. Pero el viejo, que no había sido avisado de la proyectada visita de su hijo, no estaba en casa para recibirle. Jocelyn echó una ojeada a la propiedad familiar, y a través de los prados comunales vio los vastos patios donde las eternas sierras iban y venían sobre los eternos bloques de piedra. Le parecían las mismas sierras y los mismos bloques que viera cuando estuvo la última vez en la isla. Después pasó, atravesando la vivienda, al jardín posterior.

Como todos los jardines de la isla, estaba rodeado de una tapia de cascotes en seco, y por su ulterior extremidad terminaba en un ángulo contiguo al jardín de los Caro. Apenas había llegado a este paraje, cuando escuchó, del otro lado de la tapia, murmullos y sollozos. En seguida reconoció la voz de Avicia, quien parecía confiar sus penas a una amiga.

—¡Oh! ¡Lo que he hecho! ¡Lo que he hecho! —decía amargamente—. ¡Tan atrevida! ¡Tan desvergonzada! ¡Cómo pude pensar en semejante cosa! Él nunca me perdonará; nunca, nunca me volverá a estimar. Me creará una buena alhaja presumida; y sin embargo, sin embargo, me olvidé enteramente de

cuánto había crecido. ¡Pero que él nunca se lo figure!

El acento de la muchacha denotaba que por vez primera tenía conciencia de su completa femineidad, como de un bien, poco envidiable, que la avergonzaba y estremecía.

—¿Pareció él enojado por ello? —preguntó la amiga.

—¿Enojado? ¡Ah!, no. Peor aún. Frío, altanero. ¡Oh! Ahora es persona fina, y en modo alguno un hombre de la isla. Pero es inútil hablar de ello. Quisiera morirme.

Pierston se retiró todo lo de prisa que pudo. Lamentaba el incidente que tal pena había infligido a aquel ingenuo corazón; y, sin embargo, empezaba a ser para él una fuente de placer indefinible. Se volvió a casa, y después de recibir la cariñosa acogida de su padre y de comer con él, salió otra vez, con ardiente deseo de dulcificar la tristeza de su joven vecina, de un modo que no se esperaba, aunque, a decir verdad, su afecto por ella era más bien un sentimiento de amistad, y en modo alguno creía que la caprichosa idealización a que llamaba su amor, y que desde su niñez se había trasladado infinidad de veces de una a otra envoltura humana, fuese a escoger ahora su morada en el cuerpo de Avicia Caro.

### **Se sospecha que la encarnación es verdad**

Difícil era volverla a encontrar, aunque en aquel pedazo de roca la dificultad estribaba, por lo general, más bien que en hallarse, en evitarse. Pero Avicia se había transformado en otra joven muy distinta, por el tumulto que en su conciencia despertara aquel impulsivo saludo, y, a pesar de su contigua vecindad, Jocelyn no logró dar con ella por mucho que lo intentó. Tan pronto como él aventuraba un paso más acá de la puerta de su padre, se escondía ella como un hurón, subiendo a encerrarse en su aposento.

Anheloso Jocelyn de calmar a Avicia después del involuntario desaire que él le hiciera, no pudo aguantar más tiempo aquellas esquivas. Las costumbres de la isla eran primitivas y francas, aun entre las gentes acomodadas, y al notar el retraimiento de Avicia, la siguió un día Jocelyn hasta dentro de su casa, al pie mismo de la escalera interior.

—¡Avicia!

—Soy yo, señor Pierston.

—¿Por qué corres de ese modo escaleras arriba?

—¡Oh! Tan sólo porque he de subir a buscar una cosa.

—Bien; pues cuando la encuentres, ¿volverás a bajar?

—No puedo bajar.

—Ven, querida Avicia. Ya sabes que te aprecio.

Avicia no respondió.

Jocelyn prosiguió diciendo:

—Pues bien; si no quieres, no deseo molestarte más.

Y Pierston se fue.

Se había detenido a mirar las flores de antiguo estilo que crecían al pie de la cerca del jardín, cuando oyó a sus espaldas una voz que le decía:

—Señor Pierston, no me he enfadado con usted. Al marcharme pensé que podía tomarlo a mal, y comprendí que me era preciso venir para asegurarle que todavía soy su amiga.

Al volverse vio Pierston a la ruborizada Avicia junto a él, y exclamó:

—Eres una buena y amable muchacha.

Y tomándole la mano, estampó en su mejilla el beso con que debió haber correspondido al de ella el día de su llegada.

—¡Querida Avicia! Perdóname el desaire del otro día. ¿Me lo perdonas? Dime que sí. Y ahora escucha, porque voy a decirte lo que jamás dije a mujer alguna, viva ni muerta. ¿Me quieres por marido?

—¡Yo, que, según dice mi madre, soy una muchacha vulgar!

—No lo eres, querida mía. Tú me conoces desde niño, y las otras no.

De un modo u otro, rebatió Jocelyn Pierston las objeciones que ella le oponía, y aunque no dio el sí, desde luego quedaron en encontrarse por la tarde para ir juntos a la punta meridional de la isla, llamada Beal o el Bill por los forasteros, deteniéndose en la traicionera caverna denominada Cave Hole, en la que el mar rugía y chapoteaba entonces lo mismo que cuando ellos la visitaban de niños. Para sostenerse mientras ella contemplaba la caverna, Jocelyn le ofreció su brazo, que ella tomó por primera vez como mujer, después de haber sido cien veces su camarada. Llegaron en su caminata hasta el faro, donde hubieran permanecido largo rato de no recordar Avicia de pronto que aquella misma tarde estaba comprometida para recitar una poesía desde el estrado en Street of Wells, la aldea que dominaba la entrada de la isla, y que por entonces había ya crecido hasta convertirse en villa.

—Recítala —dijo Pierston—. ¡Quién pensara que nada ni nadie viniesen a

recitar aquí, excepto el eterno recitador que ahí escuchamos, el nunca callado mar!

—¡Oh! Es que nosotros somos ahora completamente intelectuales. Sobre todo en invierno. Pero, Jocelyn, ¿no querrás venir a la recitación? ¿Verdad? Si fueras, me echarías a perder mi parte, y deseo quedar tan bien como los demás.

—Si no quieres, no iré. Pero te aguardaré en la puerta para acompañarte a casa.

—¡Sí! —exclamó ella mirándole al rostro.

Avicia era entonces completamente dichosa. Nunca hubiera podido creer, en aquel aflictivo día de su llegada, que podría ser tan feliz con él. Al arribar a la orilla oriental de la isla, emprendieron la marcha de regreso, a fin de que ella tuviese tiempo para ocupar su sitio en el estrado. Pierston se fue a su casa, y ya anochecido, cuando era poco más o menos la hora de acompañar a Avicia, tomó el camino de Street of Wells.

Le invadían los remordimientos. Conocía a Avicia Caro desde tan pequeña que más bien sentía ahora por ella amistad que amor, y le asustaban las consecuencias de lo que aquella mañana se resolvió a decirle en un momento de impulsiva emoción; no porque fuese probable que ninguna de las muy artificiosas y refinadas mujeres que sucesivamente le habían atraído se interpusieran enojosamente entre ellos, pues estaba ya desengañado por completo de la presunción de que el ídolo de su fantasía fuese parte integrante de la personalidad en donde por corto o largo tiempo había morado.

Siempre fue fiel a su Bien Amada, la cual, sin embargo, había asumido varias personificaciones. Cada individualidad, llamada Lucía, Juana, Flora, Evangelina o cualquier otro nombre, había sido simplemente una condición transitoria de Ella. Pierston no consideraba esto como una excusa ni como una defensa, sino tan sólo como un hecho. Esencialmente, tal vez la Bien Amada no era de materia tangible. Era un espíritu, un sueño, un frenesí, un concepto, un aroma, un sexo compendiado, la luz de unos ojos, el abrir de unos labios... Sólo Dios sabía lo que en verdad era. Pierston no. Pierston la creía indescriptible.

Por no considerar suficientemente que su Bien Amada era un fenómeno subjetivo, vivificado por las fatales influencias de su linaje y nacimiento, se atemorizaba al descubrir en ella espiritualidad fantástica e independencia de las leyes e imperfecciones físicas. Nunca sabía en dónde iba a encontrarla la próxima vez, ni adónde le conduciría, pues tenía instantáneo acceso a todas las categorías y clases sociales y a cualquier morada humana. A veces soñaba por las noches que su Bien Amada era la «hija de Zeus» en persona, la tramadora

de artificios, la implacable Afrodita, resuelta a atormentarle por los pecados que contra ella había cometido en su escultórico arte. Comprendía que amaba a la enmascarada criatura allí donde la encontrase, ya con ojos azules, negros o castaños, bien con prestancia corpulenta, endeble o rolliza. Nunca estaba ella en dos sitios a la vez; pero hasta entonces no había estado nunca mucho tiempo en un mismo lugar.

Como ya había comprendido esto con toda claridad antes de ahora, procuraba no reconvenirse agriamente. Ya sabía él que la que supo atraerle siempre conduciéndole como con un hilo de seda adonde ella deseaba, no había permanecido nunca mucho tiempo en un mismo cuerpo. No podía decir si por fin fijaría definitivamente en alguno su morada.

Si estuviese convencido de que su Bien Amada iba manifestándose en Avicia, se hubiera esforzado en creer que aquél era el punto final de sus transmigraciones, y gustoso perseverara en la amorosa declaración. Pero ¿veía él del todo a su Bien Amada en Avicia? Esta pregunta era bastante perturbadora. Pierston había llegado al borde de la colina y bajó hacia la aldea, en cuya larga y recta calle romana no tardó en hallar el iluminado salón. No había terminado aún el acto, y dando vuelta al edificio, pudo atisbar desde un terraplén el interior, hasta la altura del estrado. Casi inmediatamente le tocó el turno, o el segundo turno, a Avicia. Su encantadora turbación en presencia del auditorio alejaba las dudas de Pierston. En verdad era lo que se llama una «primorosa» muchacha, ciertamente simpática, pero, sobre todo, primorosa; una de aquéllas con quienes los riesgos del matrimonio se aproximan casi a cero. Su inteligente mirada, su espaciosa frente, su aire pensativo le daban a Pierston la seguridad de que de cuantas jóvenes había conocido, no encontró ninguna con cualidades más encantadoras y consistentes que las de Avicia Caro. Esto no era simple conjetura, pues la conocía desde mucho tiempo y por completo, en todas sus modalidades y temperamento.

Pasó por la calle un pesado carruaje, pero su estrépito no podía apagar en los oídos de Pierston la suave y blanda voz de Avicia. El auditorio quedó complacido, y ella se sonrojó al escuchar los aplausos. En aquel momento Pierston se situó en espera junto a la puerta, y cuando ya hubo salido el público, la encontró dentro, aguardándole.

Despacito subieron por el Camino Viejo, remolcándose Pierston con apoyo de la baranda o pretil lateral, y llevando a Avicia del brazo. Al llegar a la cima dieron media vuelta y se detuvieron. A su izquierda los rayos del faro se desplegaban en el firmamento como un abanico, y frente a sus pies, a intervalos de quince segundos, se oía un recio y hueco golpe, como un redoble de tambor, y de uno a otro intervalo resonaba un prolongado rechinamiento como el de huesos entre enormes mandíbulas caninas. Provenía de la vasta concavidad de la bahía del Hombre Muerto, cuyas aguas rompían contra los

guijarros del malecón.

Los vientos de la tarde y de la noche le parecían a Pierston que llegaban allí cargados de algo que sólo ellos podían revelar. Lo traían de aquella siniestra bahía occidental, cuyo rumor estaba oyendo. Era una aparición, esencia o imaginaria forma de la humana multitud que allá abajo yacía; todos cuantos habían naufragado en bajeles de guerra, mercantes índicos, falúas, bergantines y buques de la Armada; gentes distinguidas, vulgares o abyectas, cuyos intereses y esperanzas habían sido tan diversos y tan distantes entre sí como los polos, pero que se habían entrefundido en aquel inquieto lecho del mar. Casi podía sentirse allí el roce de su siniestra sombra, vagante en informe figura sobre la isla y clamando por algún dios compasivo que volviera a disgregarlos.

Entre tales influencias anduvo aquella noche un largo trecho la pareja, hasta llegar al antiguo cementerio de la iglesia de la Esperanza, que se extendía en un barranco formado desde hacía siglos por un hundimiento del terreno. La iglesia se había derrumbado con el resto del peñasco, y estuvo largo tiempo en ruinas, como proclamando que en este último reducto de las divinidades gentílicas, en donde todavía perduraban costumbres paganas, el cristianismo se había establecido precariamente a lo sumo. En aquel solemne paraje, Pierston le dio un beso a la joven.

En modo alguno fue este beso iniciativa de Avicia. Aquella primitiva desenvoltura parecía haber fortalecido su actual recato.

Aquel día fue el primero de un mes encantador, pasado principalmente en recíproca compañía. Pierston pudo comprobar que Avicia no sólo sabía recitar poesías en reuniones intelectuales, sino que tocaba deliciosamente el piano y cantaba acompañándose ella misma. Notó también que el propósito de quienes la habían educado había sido sustraerla mentalmente todo lo más posible a su natural vida propia, como habitante de una peculiar isla; hacer de ella una copia exacta de millares de gentes en cuyas circunstancias no hay nada especial, distintivo o pintoresco; enseñarle a olvidar todas las prácticas de sus antepasados; sofocar las baladas locales con piezas compradas en un almacén de música de Budmouth, y el vocabulario popular por el idioma de un aya que no hablara el de país alguno. Vivía en una casa que hubiera hecho la fortuna de un artista, y, sin embargo, aprendía a dibujar quintas suburbanas de Londres, copiadas de grabados.

Avicia había notado todo esto antes de que él lo indicase, pero condescendió con docilidad de muchacha. Congénitamente era isleña hasta la médula, aunque no podía substraerse a la tendencia de la época.

Se acercaba el día de la partida de Jocelyn, y ella lo preveía triste, pero serenamente, pues ya estaban prometidos con toda formalidad. Pierston pensó

en la costumbre seguida en semejantes ocasiones por los lugareños, la cual había prevalecido durante siglos en las familias de uno y otra, pues ambas eran de la vieja cepa de la isla. La influencia de los kimberlines o extraños (como llamaban a los forasteros venidos de tierra de Wessex) había interrumpido en gran parte dicha costumbre; pero bajo el barniz de la educación de Avicia dormitaban muchas ideas tradicionales, y Pierston tenía comezón de saber si con la natural tristeza de la despedida se arrepentiría del cambio de costumbre que hacía impopular la ratificación formal de unos esponsales, según el precedente de sus padres y abuelos.

### La cita

—Ya lo ves —dijo Pierston—; hemos llegado al término y remate de mis vacaciones. ¡Qué sorpresa tan agradable me reservaba mi vieja patria, a la que no pensé venir a ver durante tres o cuatro años!

—¿Te vas mañana? —preguntó Avicia intranquila.

—Sí.

Algo parecía apesadumbrarles un poco más que la natural tristeza de una ausencia que no había de ser larga. Resolvieron que, en vez de despedirse durante el día, él demoraría su marcha hasta la noche, tomando el tren correo de Budmouth. Así tendría tiempo de visitar las canteras de su padre; y si ella quería, podrían pasear juntos por la orilla del mar hasta el castillo de Enrique VIII, sobre los arenales, donde se detendrían a contemplar la salida de la luna de entre las olas. Avicia respondió que se figuraba que podría acompañarle.

Así es que, después de pasar el día siguiente con su padre en las canteras, Jocelyn se preparó para la marcha, y a la hora señalada salió de la pétrea casa natal, en su pétrea isla, para encaminarse por la playa a Budmouth-Regis, pues Avicia había bajado algo más temprano a ver a unas amigas de Street of Wells, que estaban a medio camino del paraje de la cita. Pronto llegó en su descenso al banco de guijarros, y dejando tras sí las últimas casas de la isla y las ruinas de la aldea destruida por la galerna de noviembre de 1824, anduvo a lo largo de la estrecha lengua de tierra. Cuando hubo caminado cien yardas, se detuvo, y ladeando el banco o malecón guijarroso que amurallaba el mar, se sentó en espera de Avicia. Entre él y las luces de los barcos anclados en la rada, pasaron lentamente dos hombres en la dirección que él intentaba seguir. Uno de ellos reconoció a Jocelyn, y le dio las buenas noches, añadiendo:

—Le felicito, caballero, por su elección, y espero que sea pronto la boda.

—Gracias, Leaborn. Allá veremos si nos la trae la Navidad.

—Mi mujer me lo dijo esta mañana, y exclamó: «Dios me dé vida para verlos casados, porque a los dos los conozco desde que andaban a gatas».

Aquellos hombres siguieron su camino, y cuando estuvieron fuera del alcance de los oídos de Pierston, dijo a su compañero el que no había pronunciado palabra:

—¿Quién es este joven kimberlin? No parece de los nuestros.

—Pues, sin embargo, lo es de pies a cabeza. Es el señor Jocelyn Pierston, hijo único del comerciante de bloques en las Canteras del Este. Se ha de casar con una linda joven, cuya madre es viuda, y lleva el mismo negocio lo mejor que puede; pero no gira ni la décima parte que Pierston, de quien dicen que es muy rico, aunque vive sencillamente en la misma casa rústica. Este hijo suyo está haciendo en Londres grandes cosas como escultor, y recuerdo que de pequeño esculpía figuritas de soldados en pedacitos de piedra que recogía del subsuelo de las canteras de su padre; después hizo una serie de peones de ajedrez, y así ha ido siguiendo. Me han dicho que está muy bien relacionado en Londres, y lo extraño es que haya vuelto aquí para escoger a la jovencita Avicia Caro, que es una linda muchacha, a pesar de... ¡Caramba! El tiempo va a cambiar.

Entretanto, Pierston esperó en el lugar de la cita hasta que dieron las siete de la tarde, hora convenida con su novia.

Casi en el mismo momento vio un bulto humano que desde el último farol del alumbrado se adelantaba hacia el pie de la cuesta. Mucho después el bulto resultó ser un muchacho que, dirigiéndose a Jocelyn, le preguntó si era el señor Pierston, y le entregó una nota.

### **Un caminante solitario**

Luego que se hubo alejado el muchacho, Jocelyn se dirigió hasta el último farol y leyó la siguiente nota de puño y letra de Avicia:

MI MUY QUERIDO: Lamentaré si te causa pena lo que voy a decirte respecto a nuestro convenio para encontrarnos esta noche en las ruinas de Sandsfost. No es más sino que me figuro que por nuestras varias y recientes entrevistas tu padre se inclinará a insistir, y tú como heredero suyo te avendrás a ello, en que debemos sujetarnos a las costumbres de la isla en nuestro noviazgo, pues las gentes están inflexiblemente chapadas a la antigua. A decir verdad, mi madre supone que por razones evidentes te habrá insinuado tu padre lo que debemos hacer.

Ahora bien; la cosa es contraria a mis sentimientos, y casi me atrevo a prescindir de ella, pues no la creo buena, aunque, como en tu caso, hay motivos para justificarla en algún modo. Yo más bien confiaría en la Providencia.

Por lo tanto, en resumidas cuentas, es mejor que no vaya, aunque no sea más que por guardar las apariencias, y que nos encontremos en sitio y ahora adecuados a la costumbre, para que, ya que no nosotros, queden satisfechos cuantos lo sepan.

Tengo la seguridad de que no te molestará mucho esta decisión, pues comprenderás mis sentimientos y no pensarás mal de mí por ellos. Si procediéramos de otro modo y nos diera mal resultado, podríamos pensar, según los viejos sentimientos de familia, como pensarían nuestros antepasados y probablemente tu padre, que no podríamos casarnos honrosamente, y, por lo tanto, pudiéramos ser desgraciados. Sin embargo, volverás pronto, ¿no es verdad, querido Jocelyn?, y entonces no tardará en llegar el tiempo en que ya no sean necesarias más despedidas. Siempre y por siempre tuya,

AVICIA

Leída la nota, Jocelyn se sorprendió de la ingenuidad que denotaba y de la anticuada sencillez de Avicia y de su madre al suponer que todavía era una norma lo que para él y otros ausentados de la isla era un arcaísmo bárbaro. Su padre, como hombre de caudales, podía tener miras positivas con respecto a su descendencia, lo cual hacía plausible la conjetura de Avicia y su madre; pero, no obstante estar chapado a la antigua, nunca le habló a su hijo en pro de las viejas costumbres.

Aunque le halagaba el concepto de moderno en que le tenía Avicia, quedó desanimado y algo molesto de que tan imprevista razón le hubiese privado de su compañía. ¡Cómo sobrevivían las antiguas ideas bajo la educación moderna!

El lector ha de recordar que esto ocurría hace más de cuarenta años, aunque la fecha no sea muy lejana en la historia de la isla de los Honderos.

Aunque la tarde parecía encapotarse, Pierston no estaba dispuesto a retroceder para alquilar un carruaje, por lo que prosiguió la marcha enteramente solo. En tan descubierta paraje, el viento de la noche era borrascoso, y el mar azotaba y se revolvía contra el murallón de guijarros en complejos ritmos que lo mismo podían compararse a entrechocos de batalla que a exclamaciones de acción de gracias.

De pronto descubrió, en el trecho del camino que se extendía ante sus pasos, una figura de mujer. Recordaba que mientras leía la carta de Avicia a la luz del último farol, se le había adelantado en el camino una mujer a quien

ahora iba a alcanzar.

Por un momento alentó la esperanza de que pudiera ser Avicia, que habría cambiado de opinión; pero era más alta y mejor proporcionada que su prometida; y aunque corría el otoño, iba envuelta en pieles o en una espesa y pesada prenda de rica apariencia.

Pronto llegó junto a ella, y a las luces de la rada pudo percatarse de su perfil. Su porte era majestuoso y arrogante como el de la misma Juno. Pierston nunca había visto una postura más clásica. Andaba con pasos elásticos, pero con tal soltura y firmeza, que poca diferencia había en la velocidad de su marcha durante varios minutos, y todo este tiempo la miró Jocelyn conjeturando quién podía ser. Sin embargo, estaba a punto de adelantarse, cuando de pronto fue ella la que se volvió hacia él para decirle:

—Creo que es usted el señor Pierston, de las Canteras del Este.

Asintió él, y pudo entonces percatarse de cuán hermoso, imponente y arrogante era su rostro, completamente acorde con el altivo tono de su voz. Era un tipo del todo nuevo en sus experiencias, con un acento no tan local como el de Avicia.

—¿Me hace usted el favor de decirme qué hora es?

Él miró con ayuda de un fósforo el reloj, y al decirle que eran las siete y cuarto, observó, al momentáneo resplandor de la cerilla, que los ojos de ella estaban un poco rojos e irritados como si hubiese llorado.

—Señor Pierston —prosiguió ella—, aunque le parezca muy extraño, ¿me perdonará usted lo que voy a atreverme a decir? ¿Me podría prestar algún dinero por uno o dos días? He sido tan tonta que me dejé el monedero encima del tocador.

Parecía algo extraño, y, sin embargo, había en la personalidad de la joven desconocida tales rasgos, que al instante le dieron a él la seguridad de que no era una impostora. Accedió Pierston a la súplica y echó mano al bolsillo, deteniéndose en esta actitud por un momento, y preguntándose cuánto significaría para ella «algún dinero». Su espléndida apariencia y modales movió a Pierston a ponerse en armonía con ella, y correspondió generosamente. Barruntaba una novela, y sacó cinco esterlinas.

Tal generosidad no pareció sorprenderla, y al escuchar la suma que Pierston anunció en voz alta, por si ella no podía verla, dijo tranquilamente:

—Es bastante. Muchas gracias.

Mientras caminaba conversando con ella, Pierston no se había percatado de que el viento, pasando del soplo al gruñido y del gruñido al alarido, con la acostumbrada rapidez de sus mudanzas en aquellos sitios, había traído al fin la

prometida lluvia. Las gotas que en un principio golpeaban sus mejillas por el lado izquierdo, como perdigones de una escopetita infantil, tomaron luego el carácter de nutridas descargas de fusilería, uno de cuyos disparos fue lo bastante violento para calar la manga de Jocelyn.

Se volvió la talluda joven y pareció algo interesada en aquel incidente de la lluvia, que, evidentemente, no había previsto antes de emprender la marcha.

—Debemos resguardarnos —dijo Jocelyn.

—Pero ¿en dónde? —respondió ella.

A barlovento estaba el largo y monótono banco guijarroso, de configuración demasiado obtusa para servir de abrigo desde donde oír el canino mascullido de los guijarros por el mar. A su derecha se extendía la bahía interior o rada, con las distantes luces de los buques, ya ofuscadas con fugitivo resplandor. Detrás, débiles centelleos en el horizonte denotaban el asiento de la villa. Ante ellos no había nada definido, y nada podía haber hasta que llegasen a un mal puente de madera, distante una milla, pues el castillo de Enrique VIII estaba todavía un poco más allá.

Pero precisamente en la cima del banco guijarroso, donde al parecer lo habían halado para sustraerlo al empuje de las olas, dormía uno de esos barcos locales, llamados lerrets, con la quilla al aire. Tan pronto como lo vieron escalaron con simultáneo impulso el guijarroso malecón para dirigirse al barco. Entonces se percataron de que hacía ya mucho tiempo que estaba allí yacente, consolándose al notar que podía prestarles mayor protección de la que cualquiera hubiese podido esperar si de lejos lo viera. Formaron un abrigo a pañol de pescador, pues el fondo de la embarcación estaba alquitranado como una techumbre. Arrastrándose bajo las arqueaduras que pendían del banco hacia sotavento, se encaminaron al interior del barco, en donde sobre algunas banquetas de remero, remos y otro fragmentario maderamen, había una enjuta red, por la cual treparon y se sentaron, vista la imposibilidad de permanecer en pie.

### **Una obligación**

La oscuridad era completa y la lluvia caía sobre la quilla de la vieja embarcación como trigo arrojado a puñados por un colosal sembrador.

Estaban los dos agachados, tan juntos uno y otra, que él sentía el roce de las pieles con que ella se abrigaba. Ni uno ni otra habían despegado los labios desde que dejaron el camino, hasta que ella exclamó con intencionada indiferencia:

—¡Qué mala suerte!

Pierston asintió y, después de algunas observaciones, echó de ver claramente que ella había llorado, y que de cuando en cuando sofocaba coléricos sollozos.

Pierston dijo:

—Acaso sea peor suerte para usted que para mí, y sentiría que así fuera.

Ella nada respondió a esto, y él añadió que aquél era un lugar despoblado para una mujer sola y a pie, esperando que nada grave hubiese sucedido para traerla a tan desagradable situación.

Al principio ella no pareció dispuesta, en modo alguno, a declarar candorosamente sus cuitas, y Pierston quedó en conjeturas respecto a quién pudiera ser y cuál fuese su nombre y cómo le había conocido. Pero al ver que la lluvia no llevaba trazas de cesar, exclamó:

—Me parece que debiéramos volver atrás.

—¡Nunca! —respondió ella con una firmeza que se traslucía en el tono de su voz.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Hay poderosos motivos.

—No comprendo cómo puede usted conocerme, cuando no la conozco a usted.

—¡Oh! Pero usted me conoce, o, por lo menos, sabe algo de mí.

—Seguramente, no. ¿Cómo es posible? Usted es kimberlina.

—No, por cierto. Soy verdadera isleña, o, mejor dicho, lo fui... ¿Ha oído usted hablar de la Best-Bed Stone Company?

—¡Ya lo creo! Trataron de arruinar a mi padre arrebatándole su comercio, o, al menos, así quiso hacerlo el fundador de la compañía, el viejo Beucomb.

—¡Es mi padre!

—En verdad, siento haber hablado de él con tan poco respeto, porque no le conozco personalmente. Creo que después de transferir su vasto negocio a la Compañía, se retiró a Londres.

—Sí. Nuestra casa, o, mejor dicho, la suya, no la mía, está en South Kensington. Allí hemos vivido tres años. Pero esta temporada alquilamos aquí, en la isla, el castillo de Sylvania por un par de meses, pues el propietario está ausente.

—Así, yo he estado muy cerca de usted, señorita Beucomb, porque la modesta residencia de mi padre cae a pocos pasos.

—Pero si quisiera podría tener una vivienda mucho mayor.

—¿Le parece a usted? Yo lo ignoro. No me habla gran cosa de sus negocios.

—Mi padre —prorrumpió ella en un exabrupto— está siempre reprendiéndome por mi prodigalidad. Y ahora más que nunca. Dice que en la ciudad voy de tiendas tan endemoniadamente, que me excedo de mi pensión.

—¿Se lo ha dicho esta misma tarde?

—Sí. Y entonces ha estallado entre los dos una tempestad de cólera, que quise encerrarme en mi aposento todo el resto de la velada; pero por fin me escapé, y no he de volver jamás a casa.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Primero iré a ver a mi tía, que está en Londres, y si quiere hospedarme, trabajaré para ganarme la vida. ¡He dejado a mi padre para siempre! No sé qué hubiera hecho si no llego a encontrarle a usted. Supongo que hubiese tenido que ir a pie hasta Londres. Ahora tomaré el tren tan pronto como llegue a tierra más firme.

—¡Pero con este huracán!

—Me quedaré aquí sentada hasta que amaine.

Y se sentaron sobre las redes. Pierston sabía que el viejo Beucomb era el más acerbo enemigo de su padre, y que había amasado una gran fortuna devorando a los modestos comerciantes de cantería, aunque en el padre de Jocelyn encontró un hueso demasiado duro de roer, pues era entonces el principal émulo de la Best-Bed Company. A Jocelyn le pareció extraño que el destino le hubiera colocado en situación de desempeñar el papel de hijo de los Montescos con aquella hija de los Capuletos.

Por mutuo instinto, hablaban en voz baja; y, en consecuencia, el fragor de la tormenta los obligaba a acercarse mucho uno a otro. Alguna terneza se interpuso en sus acentos, por cuanto transcurrieron, uno tras otro, los cuartos de hora, y olvidaron el tiempo. Era ya muy tarde cuando se levantaron, alarmados de su situación.

—Llueva o no llueva, no puedo detenerme más tiempo —dijo ella.

—Volvámonos atrás —respondió él, tomándola de la mano—. Yo la acompañaré. Ha perdido ya el tren.

—No; quiero seguir adelante y alojarme en Budmouth, si acaso llego.

—Es tan tarde, que no encontrará usted ninguna casa abierta, excepto el fonducho cercano a la estación, en donde no le conviene a usted pernoctar. Sin embargo, si tan resuelta se halla, yo le enseñaré el camino. No me es posible dejarla. Sería demasiada vejación para usted ir allí sola.

Ella persistió en su propósito, y ambos emprendieron la marcha en medio de la fragorosa y revuelta tempestad. A su izquierda, el alborotado mar lanzaba sus encrespadas olas tan cerca de ellos que parecía como si atravesaran su fondo, cual los hijos de Israel. Tan sólo el frágil banco de guijarros los separaba del enfurecido golfo, y a cada azote de las olas se estremecía su base, entrechocaban los guijarros, y la espuma, verticalmente erguida, les salpicaba la cabeza. Grandes cantidades de agua salada se escurrían por entre los guijarros, y formando riachuelos a través del camino fluían al otro lado del mar. La «Isla» era todavía isla.

Hasta entonces no se habían dado cuenta de la furia de los elementos. Con frecuencia el ímpetu del viento lanzaba por allí al mar, y se ahogaban algunos caminantes a consecuencia de una brecha repentinamente abierta en el banco, el cual tenía, no obstante, algún poder sobrenatural, pues era capaz de volverse a juntar después de tal disrupción, como la forma de Satanás, cuando por la mitad la partió Miguel con su espada.

La etérea materia se unió,  
pues ya no era divisible.

Los vestidos de la señorita Beucomb ofrecían mayor superficie al viento que los de Pierston, y, por lo tanto, estaba ella en mayor riesgo, de suerte que le era imposible rehusar la ayuda brindada. Primero él le dio su brazo; pero el viento los separó tan fácilmente como un par de cerezas. Pierston la sujetó fuertemente, rodeando su cintura con el brazo, a lo que no hizo ella objeción alguna.

Por entonces, aunque hubiera podido ser más pronto o más tarde, Pierston se dio cuenta de una sensación que en incipiente e inadvertidamente había brotado en él durante algún impensado momento, mientras estaba sentado junto a su nueva amiga, al abrigo de la embarcación. Aunque joven, tenía demasiada experiencia para no conocer qué era aquello, y se sintió inquieto y aún turbado. Ello significaba una posible transmigración de la Bien Amada. Sin embargo, no había ocurrido tal cosa, y al ceñir con tal fuerza a la joven siguió pensando en cuán blandamente abrigada estaba en su manteleta de pieles. Los únicos puntos secos de sus respectivas vestiduras eran el costado izquierdo de ella y el derecho de él, que su mutuo contacto resguardaba de la lluvia.

Luego de cruzar el puente de barcas, pudieron resguardarse algo más del

aguacero; pero él no dejó de sostenerla hasta que ella se lo insinuó. Pasaron por las ruinas del castillo, y habiendo dejado ya muy atrás la isla, anduvieron milla tras milla hasta llegar a las afueras de la vecina población costeña, en donde sin detenerse entraron pausadamente, cruzando el puente del muelle hacia medianoche, calados hasta los huesos.

Pierston compadecía a su compañera, y aunque le extrañaba su determinación, la admiraba. Las casas que daban a la bahía los resguardaban ahora por completo, y sin dificultad llegaron a las inmediaciones de la entonces terminal estación de la nueva línea férrea. Según dijera Pierston, sólo había por allí una casa abierta, una posada de poco más o menos, donde la gente esperaba la llegada del correo de la mañana y a los viajeros procedentes de los botes del canal. Para entrar no tenían necesidad de otra demanda de admisión que dar vuelta a un pestillo, y a la luz del gas del corredor se quedaban toda la noche.

Entonces Pierston pudo notar que siendo ella de tan gallarda figura y tan alta como él, estaba en plena florescencia de la juvenil femineidad. Su rostro era, en realidad, sorprendente, aunque más bien por su arrogancia que por su belleza, y los embates del viento, de la lluvia y de la espuma habían coloreado sus mejillas con matices de peonía.

Persistió ella en su resolución de marchar a Londres en el primer tren de la mañana, y, en consecuencia, él le hizo algunas advertencias sobre cuestiones de menor cuantía, diciéndole:

—En tal caso, debe usted subir a su aposento y mandar que bajen toda su ropa para secarla en seguida al fuego, pues, de lo contrario, no estará lista para ponérsela. Yo le diré a la criada que las enjугue, y le enviaré algo que comer.

Ella aceptó esta proposición, aunque sin muestras de gratitud, y una vez subida a su cuarto Pierston le envió la prometida colación por medio de la soñolienta muchacha que servía de «portera nocturna» en aquel establecimiento. Por su parte, Pierston sentía voraz apetito, y poniendo a secar sus ropas lo mejor que pudo, cenó al propio tiempo.

Al principio dudaba qué hacer; pero más adelante resolvió permanecer allí hasta la mañana siguiente. Con interinas envolturas y unas chinelas que había en el ropero se esforzaba en acomodarse, cuando la criada bajó con una brazada de prendas femeninas.

Pierston se apartó del fuego, y la criada, arrodillada junto a la lumbre, sostuvo con los brazos extendidos uno de los vestidos de la Juno que estaba escaleras arriba, y comenzó a salir de la prenda puesta a secar una nube de vapor. Al arrodillarse la muchacha dio una cabezada hacia adelante, se repuso y cabeceó de nuevo.

—Te estás durmiendo, muchacha —dijo Pierston.

—Sí, señor; hace muchas horas que estoy en pie. Cuando no viene nadie duermo en la cama, en el otro aposento.

—Pues entonces te aliviaré de esta tarea. Anda y acuéstate en el otro aposento, como si no estuviéramos aquí. Yo secaré las ropas y pondré las prendas en un montón, para que por la mañana las lleves a la señorita.

La «portera nocturna» le dio las gracias, salió del aposento y pronto la oyó Pierston roncar en el contiguo. Entonces Jocelyn puso manos a la obra examinando las prendas y extendiéndolas una por una. Disipados los vapores, quedó abstraído. Volvía a notar el cambio iniciado durante el camino. La Bien Amada se mudaba de casa, y se había aposentado en la portadora de aquel atavío.

Diez minutos le bastaron para adorarla. ¿Y la pobrecita Avicia Caro? Ya no pensaba en ella como antes. No estaba seguro de haber visto la verdadera Amada en aquella amiga de la infancia, por mucho que se interesase por su bienestar. Pero, la amase o no, echó de ver que el espíritu, emanación o idealismo que se llamaba su Amor, se trasladaba furtivamente de una lejana presencia a la que tenía más próxima en el aposento de arriba.

Avicia, temerosa de sus propias fantasías, no había cumplido su promesa de ir a encontrarle en las ruinas solitarias. Pero, en realidad, él había sido educado con más independencia que ella de la isleña inocencia perpetuadora de vetustas costumbres; y ésta era la extraña consecuencia del error de Avicia.

### **En el borde**

La señorita Beucomb salía de la posada para tomar el tren, que ya llegaba hasta allí y se había inaugurado recientemente, como a propósito para aquel acontecimiento. Por indicación de Jocelyn expidió un telegrama notificando a su padre que se había ido a casa de su tía, pues de este modo calmaba su ansiedad y evitaba la persecución. Se encaminaron juntos hacia el andén y se despidieron antes de tomar cada cual su billete. Jocelyn fue en busca de su equipaje.

Volvieron a encontrarse en el andén, y sus ojos fulguraron con tan viva luz al mirarse, que se decían como un relámpago telegráfico:

«Si vamos a la misma ciudad, ¿por qué no entrar en el mismo departamento?».

Así lo hicieron.

Ella se colocó en un asiento de ventanilla, de espaldas a la máquina. Él se sentó enfrente. El conductor inspeccionó el interior del coche, y creyendo que eran novios no colocó otros viajeros en aquel departamento. Hablaron de asuntos estrictamente vulgares, sin que él pudiese penetrar el pensamiento de ella; pero a cada parada en las estaciones temía insinuarse. Antes de llegar a mitad de camino de Londres era ya patente el suceso de que había empezado a darse cuenta. La Amada tomaba nuevo cuerpo y henchía todas sus fibras, todas las líneas, del de aquella mujer. Acercarse a la gran estación de Londres era como acercarse al día del Juicio. ¿Cómo dejarla entre la agitación de las calles de una populosa ciudad? Ella parecía estar enteramente desprevenida para resistir los estrépitos callejeros. Él preguntó, quiso saber la dirección de su tía.

—Bayswater —respondió la señorita Beucomb.

Llamó Pierston un coche de punto, y propuso que fuera ella con él hasta llegar a casa de su tía, que no estaba muy apartada del trayecto hacia la suya. Por más que hizo, no logró asegurarse de si ella comprendía sus sentimientos; pero la señorita aceptó el ofrecimiento y subió al coche.

En el trayecto Pierston le dijo:

—Somos antiguos amigos.

—En efecto, lo somos —respondió ella sin sonreírse.

—Pero, hereditariamente, somos enemigos mortales, querida Julieta.

—Sí; pero ¿cómo ha dicho usted?

—Dije «Julieta».

Ella se echó a reír de un modo algo altanero, y murmuró:

—Su padre de usted es enemigo de mi padre, y mi padre es enemigo mío. Sí, así es.

Y entonces sus ojos recogieron las miradas de Pierston, quien exclamó de pronto:

—Mi reina querida, en vez de ir a casa de su tía, ¿quiere usted venir a casarse conmigo?

Se ruborizó toda ella con rubor parecido al de la cólera. No era exactamente así, pero denotaba excitación. No respondió, y él tuvo miedo de haber lastimado su dignidad. Tal vez se había servido de él como de un cómodo instrumento para sus intenciones. Sin embargo, él prosiguió diciendo:

—Porque así su padre no se atreverá a reclamarla. Después de todo, la cosa no es tan precipitada como parece. Usted sabe todo cuanto a mí se refiere: mi

historia y mis esperanzas. Yo lo sé todo respecto de usted. Nuestras familias han sido vecinas en la isla durante siglos, aunque usted sea ahora vecina de Londres.

—¿Llegará usted a ser académico de la Real? —preguntó ella meditabunda y ya calmada su excitación.

—Espero serlo y lo seré si usted es mi esposa.

La señorita Beucomb le miró durante largo rato. Pierston continuó diciendo:

—Piense usted en cuán fácilmente allanaría de este modo la dificultad en que se halla. No molestar a la tía ni volver a casa de un padre irritado.

Esto pareció decidirla, y cedió al abrazo de él.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en casarnos? —preguntó en seguida la señorita Beucomb, con evidente represión de ánimo.

—Podríamos casarnos mañana mismo. Este mediodía podría ir a las oficinas del Registro, y la licencia estaría lista mañana por la mañana.

—No quiero ir a casa de mi tía. ¡Seré una mujer independiente! Me han reprendido como si fuera una chiquilla de seis años. Seré su esposa, si eso es tan fácil como dice.

Mandaron parar el coche mientras consultaban entre sí. Pierston tenía habitaciones y un taller en las cercanías de Campden Hill; pero como no sería muy decoroso llevarla allí hasta que estuviesen casados, resolvieron irse a un hotel. Cambiando en consecuencia de dirección, retrocedieron hacia el Strand, y se albergaron en una de las antiguas y venerables hosterías de Covent Garden, distrito frecuentado en aquellos días por campesinos del oeste. Jocelyn se separó entonces de ella y prosiguió su camino hacia el este de la ciudad.

Eran ya cerca de las tres de la tarde cuando, arreglados los preliminares requeridos por este cambio de frente, salió a vagar por las calles, pues se hallaba desconcertado, y el paseo le serviría de alivio. Mirando de cuando en cuando tal o cual escaparate de las tiendas, le acudió como por inspiración la idea de tomar un coche de alquiler, ordenando al cochero que lo llevase a Mellstock Gardens. Llegado allí, llamó a la puerta de un taller de pintor, y al cabo de un par de minutos vino a abrirle, en mangas de camisa, un joven de su misma edad, con una salpicada paleta en el pulgar izquierdo.

—¡Oh! ¿Eres tú, Pierston? Yo te suponía en el campo. Entra. ¡Qué alegría tan grande me das! Aquí me tienes, terminando un cuadro para un americano, que se lo quiere llevar.

Pierston siguió a su amigo hasta el estudio, donde una linda joven cosía allí sentada, y que a una indicación del pintor se marchó sin pronunciar palabra.

—En la cara te conozco que tienes algo que decirme, y así nos lo reservaremos para nosotros. Tienes algún problema. ¿Qué vas a beber?

—Con tal que sea alcohol, tanto me da una cosa como otra... Ahora, Somers, escúchame, porque tengo algo que decirte.

Pierston se había sentado en una butaca, y Somers reanudó su tarea. La criada trajo aguardiente, para calmar los nervios de Pierston, y soda, para neutralizar los dañinos efectos del aguardiente, y leche, para invalidar los debilitantes efectos de la soda; y entonces Jocelyn comenzó su relato, dirigiéndose más bien a la gótica chimenea de Somers, al gótico péndulo de Somers y a los góticos tapices de Somers, que al mismo Somers, quien estaba en su lienzo, algo detrás de su amigo.

—Antes de contarte lo que me ha sucedido hoy, quiero que sepas qué clase de hombre soy.

—¡Por Dios! ¡Ya lo sé!

—No, no lo sabes. Es cosa que no acierta uno a explicarla. Me desvelo por las noches pensando en ello.

—¡No! —exclamó Somers con viva simpatía, pues le parecía que su amigo estaba de veras preocupado.

—Estoy bajo una extraña maldición o siniestra influencia. Estoy confuso, intrigado y perplejo por la prestidigitación de una criatura, o mejor dicho, de una divinidad, por Afrodita, ¡como la supondría un poeta, y como yo la esculpiría en mármol!... Pero olvido que esto no ha de ser un deprecatorio lamento, sino una defensa, una especie de apología pro vita mea.

—Mejor que mejor. Explícate.

### **Sus primeras encarnaciones**

—Ya sé, Somers, que no eres de aquellos que continúan alimentando la universal y vana superstición de que la Bien Amada de un hombre permanece siempre, ni siquiera consuetudinariamente, en una misma envoltura corporal, por muy largo tiempo, aunque el hombre desee que permanezca. Si estoy equivocado y tú andas todavía imbuido en este antiguo error, entonces mi relato te parecerá ridículo.

—Supongo que te referirás a algunos hombres, no a todos.

—Exacto. Y si tanto particularizas, diré que me refiero a un solo hombre, a mí sólo. En mi país somos una extraña raza visionaria, y esto tal vez influya en el asunto. Así, pues, la Amada de este hombre singular ha tenido muchas encarnaciones, demasiadas para describirlas al pormenor. Cada forma o personificación ha sido tan sólo una residencia o morada temporal, en donde entró, vivió algún tiempo y se salió de ella, dejando un cadáver, ¡por suerte maldita! Ahora bien; no hay en esto nada de los absurdos espiritistas, sino un sencillo hecho, expuesto en una forma de que se horrorizan las gentes convencionalistas. Para empezar, basta con lo dicho.

—Bien. Prosigue.

—Pues la primera personificación de la Bien Amada ocurrió, en tanto alcanza mi memoria, cuando yo tenía unos nueve años. Era su vehículo una chiquilla de poco más o menos ocho años, perteneciente a una familia de once individuos. Tenía los ojos azules y llevaba suelta, sobre los hombros, la crespa cabellera, que intentaba ensortijarse, pero que sólo conseguía caer ignominiosamente como garabatos de chimenea. Este defecto solía más bien molestarme y, según creo, fue uno de los principales motivos de que mi Amada abandonase aquella habitación. No recuerdo exactamente cuándo se marchó; pero sé que fue después de besar a mi amiguita en el banco de un jardín, un caluroso mediodía, cobijados por un paraguas de guinga azul, que habíamos abierto al sentarnos, para que los que pasaban por las Canteras del Este no viesan nuestras demostraciones de afecto, olvidando que nuestra pantalla debía de llamar la atención mucho más que nuestras personas.

»Cuando acabó el sueño, al marcharse su padre de la isla, creí que mi Bien Amada se había ido para siempre (quedándome entonces en la inexperta condición de Adán al ver la primera puesta de sol). Pero no se fue. Se había ido Laura para siempre; no mi Amada.

»Durante algunos meses después de llorar por su edición de estropajosos cabellos, no reapareció mi Amor; pero entonces se manifestó repentina e inesperadamente en circunstancias que jamás hubiera predicho. Estaba yo en la acera del arroyo, en Budmouth-Regis, frente a la escuela preparatoria, mirando al mar, cuando pasaron calle abajo un caballero de mediana edad y a su lado una señorita, ambos a caballo. La joven volvió la cabeza, y tal vez porque yo la contemplaba con impertinente admiración o porque sonreía, me sonrió. A los pocos pasos volvió otra vez la cabeza y me sonrió de nuevo.

»Aquello fue bastante, más que bastante, para enardecerme. Al momento comprendí lo que me dictaba mi emoción: la Bien Amada reaparecía. Esta segunda personificación, en la que quiso asentar su morada, era una linda joven más morena que la primera. Su cabello, que también lo llevaba anudado, era de ordinario color castaño, y lo mismo, según creo, eran sus ojos; pero con

la precipitación no pude observar las delicadezas de sus facciones. Sin embargo, allí residía reencarnada mi apetecida; y despidiéndome presurosamente de mis condiscípulos tan pronto como pude, sin suscitar sospechas, corrí por la explanada en la dirección que ella y su padre habían tomado. Pero habían puesto los caballos a medio galope, y no logré ver por dónde habían ido.

»Desconsoladísimo eché por una calle adyacente, y a continuación el desconsuelo se trocó en excitación al distinguir a la misma pareja que venía galopando hacia mí. Ruborizado hasta la punta de los pelos, me detuve, y heroicamente la miré al pasar. Sonrió otra vez; pero ¡ay!, en las mejillas de mi Amor no había ningún sonrojo de pasión.

Pierston suspendió el relato, y bebiendo del vaso, vivió por un instante la escena que había evocado. Somers se reservó los comentarios, y Jocelyn prosiguió diciendo:

—Aquella tarde vagué por las calles buscándola en vano. Cuando volví a ver a uno de los muchachos que estaban conmigo al pasar ella la primera vez, le recordé sin darle importancia el incidente y le pregunté si conocía a los jinetes.

—¡Oh! Sí —me respondió él—; eran el coronel Targe y su hija Elsie.

—¿Cuántos años te parece que tiene? —repuse yo, preocupado por la posible diferencia de edad.

—Creo que diecinueve, o poco más. Se casa pasado mañana con el capitán Pop, del 501, y saldrán en seguida para la India, adonde va destinado el capitán.

»Fue tan honda la pena que experimenté cuando oí esto, que al oscurecer me fui a la orilla del muelle, con intención de acabar conmigo allí mismo; pero, según decían, se habían encontrado cangrejos adheridos al rostro de los cadáveres de los ahogados en aquellos parajes, devorándolos lentamente, y la idea de tan desagradable contingencia me disuadió del intento. Debo declarar que el matrimonio de mi Amada me importaba poco; pero su partida me rompía el corazón. Nunca la volví a ver.

»Aunque ya sabía yo que la ausencia de la materia corporal no implicaba la ausencia del espíritu animador, trabajo me costaba creer que en aquel caso le fuese a ella posible aparecer a mis ojos sin la forma en que había habitado últimamente.

»Pero se apareció.

»Sin embargo, fue al cabo de bastante tiempo, durante el cual pasé por la edad del pavo, de trece a veinte años, cuando suelen los chicos desdeñar a las

muchachas. Tenía yo unos diecisiete años, y en la misma aldea costeña estaba tomando una taza de té en una dulcería, cuando frente a mí se sentaron una señora y una jovencita. Los tres nos miramos durante algún tiempo, y la muchacha adelantó algunas frases sueltas, hasta que yo dije:

»—Es muy linda esta niña.

»La señora asintió e hizo alguna otra observación. Después dije yo:

»—Tiene los dulces y hermosos ojos de su madre.

»—¿Cree usted que son bonitos sus ojos? —me preguntó la señora, como si no hubiera sido lo que mejor había oído, las tres últimas palabras de mi opinión.

»—Sí, para pintarlos —exclamé mirando a la madre.

»Tras esto entramos en confianza. Me informó ella de que su marido se había embarcado en un yate, y yo dije que era extraño que no se la hubiese llevado con él para tomar los aires. Poco a poco me reveló que era una joven esposa abandonada; y posteriormente la encontré en la calle sin la niña. Dijo que iba al desembarcadero en busca de su esposo, pero que ignoraba el camino.

»Le ofrecí enseñárselo, y así lo hice. No entraré en pormenores; pero después la vi varias veces, y pronto descubrí que en ella me acechaba la Amada, de cuyo paradero había estado largo tiempo ignorante. No acertaba a comprender por qué había escogido para torturarme la atormentadora forma inaccesible de una matrona, cuando se le ofrecían tantas otras. El asunto concluyó bastante inocentemente al marcharse ella de la población con su hija y su marido. Parecía que había tomado nuestro trato como un galanteo y, sin embargo, ¡para mí lo fue todo menos un amorío!

»¿A qué relatar el resto del fantástico cuento? Después de estas cosas, la Bien Amada se me evidenció con mayor o menor frecuencia, y me sería imposible darte pormenores de sus diversas encarnaciones. Reapareció nueve veces en el transcurso de los dos o tres años siguientes. Cuatro veces se disfrazó de morenita, dos de muchachita de pálidos cabellos, y tres de complexión ni rubia ni morena. A veces era una joven alta y hermosa; pero más a menudo se deslizaba en la piel de una esbelta y delgada muchacha de no muy crecida estatura. Fui acostumbrándome a estas entradas y salidas, resignándome pasivamente a ellas, y hablándole, abrazándola, correspondiéndome con ella, y padeciendo por ella en cada uno de sus diversos disfraces. Así siguieron las cosas hasta hace un mes. Entonces por vez primera sentí incertidumbre. ¿Se había o no encarnado en la personalidad de Avicia Caro, una jovencita a quien conocía desde la infancia? En resumen, resolví que al fin y al cabo no se había aposentado en el cuerpo de Avicia

Caro, porque aún sentía mucho respeto por ella.

Pierston relató después brevemente la historia de su reavivada amistad con Avicia, el punto a que habían llegado en sus compromisos y la inesperada ruptura de estos compromisos por parte de él, a consecuencia del encuentro con otra mujer, la señorita Marcia Beucomb, en quien inequívocamente alentaba la Bien Amada ante sus propios ojos. Manifestó su espontánea decisión de casarse sin más demora, y después expuso a Somers la cuestión de si en tales circunstancias debía él casarse o no, con ella o con cualquiera otra.

—Seguramente que no —respondió Somers—, y, en todo caso, para casarte con otra, debería ser con la joven Avicia. Pero ni aun con ella. Tú eres como los demás hombres, aunque más bien peor. Esencialmente todos los hombres son volubles como tú, pero no con tan vigorosa facultad de percepción.

—Seguramente que voluble no es la palabra apropiada. La volubilidad significa hastiarse de una cosa mientras permanece. Pero yo he guardado siempre fidelidad a esa ilusoria criatura, a quien, por lo menos hasta ahora, no fui capaz de retener firmemente. Y te diré que su mudanza de una a otra individualidad no ha sido un placer para mí, ni mucho menos un lascivo juego que yo haya instigado. El ver que una criatura que hasta entonces ha sido perfecta, divina, pierde a tus ojos la divinidad que la había animado, y se vuelve vulgar, trocándose de llama en ceniza, de una radiante vitalidad en un cadáver, no es placentero para hombre alguno, y a mis ojos ha sido un atormentador espectáculo. Cada lúgubre personalidad sin alma permanece después como nido de alguna hermosa ave que sus moradores han dejado vacío, abandonándolo para que lo llenase la nieve. Yo he sido absolutamente desdichado al mirar un rostro en donde acostumbraba a verla y no poder volverla a ver allí jamás.

—No debes casarte —repitió Somers.

—¡Tal vez no! Pero como la pobre Marcia quedará comprometida, me aterra la idea de no... ¿Tenía yo razón al decir que estoy maldito en este particular? Afortunadamente, nadie sino yo ha sufrido hasta ahora por ello. Sabiendo lo que me esperaba, raras veces me aventuré en relaciones íntimas con una mujer, temeroso de expulsar prematuramente a la adorada entidad que encarnaba en ella, la cual, no obstante, se fue al cabo de un tiempo de la misma manera.

No tardó Pierston en despedirse. Poco pesaba un consejo de amigo en semejante asunto. Presuroso volvió junto a la señorita Beucomb.

Tenía ésta a la sazón distinto aspecto. La ansiedad la había deprimido visiblemente algún tanto, y no era tan altanero el rictus que de cuando en

cuando asumían sus labios.

—¡Cuánto tiempo has estado ausente! —dijo ella con muestras de impaciencia.

—¡No importa, querida mía! Ya está todo arreglado. Podremos casarnos dentro de algunos días.

—¿Y no mañana?

—Mañana no es posible. No hemos residido aquí bastante tiempo.

—Pero ¿cómo lo saben en la oficina del Registro?

—Pues no me acordé de que el tiempo de residencia, real o supuesta, era requisito indispensable, y, desgraciadamente, declaré que acabábamos de llegar.

—¡Oh!, qué estupidez. Pero la cosa ya no tiene ahora remedio. Sin embargo, querido, creo que yo no lo hubiera hecho mucho mejor.

### **Demasiado parecido al relámpago**

Durante algunos días más permanecieron en el hotel, vigilados por las camareras, y viéndose con bastante frecuencia importunados, al parecer fortuitamente, por los camareros. Al salir de paseo por calles retiradas, temerosos de que los reconociesen, Marcia solía ir silenciosa, con indicios de melancolía en su arrogante rostro.

—¡Estás muda! —exclamó él jocosamente en una de estas ocasiones.

—Me sabe mal que por tus declaraciones en la oficina del Registro impudieses que te dieran en seguida la licencia. ¡No es muy decoroso para mí este modo de vivir!

—¡Pero si vamos a casarnos, querida!

—Sí —murmuró ella, quedando de nuevo ensimismada—. ¡Cuán repentinamente nos decidimos! —prosiguió diciendo—. Yo quisiera obtener el consentimiento de mis padres para casarme. Como no será posible casarnos hasta dentro de un par de días, ¿no te parece que habrá tiempo de escribirles una carta y recibir contestación? Tengo el propósito de escribirles.

Pierston manifestó sus dudas respecto de la oportunidad de esta medida, con lo que ella pareció desearla más todavía, y sobrevino un disgusto entre ambos, hasta que, por último, exclamó ella coléricamente:

—Puesto que nos vemos obligados a demorar la boda, no quiero casarme sin consentimiento de mis padres.

—Pues, entonces, muy bien, querida. Escribe.

De vuelta al hotel, Marcia se sentó a escribir la carta; pero al cabo de un rato arrojó la pluma desesperadamente, diciendo:

—No, no puedo escribir. No puedo doblegar mi orgullo a semejante tarea. ¿Quieres escribir tú por mí, Jocelyn?

—¿Yo? No comprendo por qué he de ser yo, cuando me pareció prematuro que escribieras.

—Pero tú no te has peleado con mi padre como yo.

—Verdad que no. Sin embargo entre los dos hay un antiguo antagonismo que me impide escribir, so pena de parecer algo extraño. Espera a que nos casemos y escribiré. Hasta entonces, no.

—Pues así, escribiré yo. Tú no conoces a mi padre. Podría perdonarme si emparentara sin su consentimiento con cualquiera otra familia; pero os tiene a vosotros en tan mal concepto, a consecuencia de la rivalidad mercantil, que ni en la hora de su muerte me perdonaría el haberme casado secretamente con un Pierston. No advertí esto en principio.

Esta observación conmovió desagradablemente el ánimo de Pierston. A pesar de su independiente posesión artística en Londres, estaba ligado a su anciano y sencillo padre, que durante tantos años se había mantenido firme contra el usurpador comercio de Beucomb, y que con su dinero le había educado y sostenido como alumno de las mejores escuelas de arte. Así es que suplicó a Marcia que no dijese nada más respecto de su familia, y ella silenciosamente acabó la carta, dando para la respuesta la dirección de «lista de correos», con objeto de que, al menos, por de pronto, no pudiera descubrirse en qué barrio vivían.

No llegó contestación a vuelta de correo; pero, en cambio, fue de mal agüero que, sin ninguna explicación, se recibieran en la lista de correos algunas cartas que para Marcia habían llegado después de fugarse de la casa paterna. Las abrió ella una por una, hasta que al leer la última exclamó, soltando a reír estrepitosamente:

—¡Qué gracioso!

—¿Qué es gracioso? —preguntó Pierston.

Marcia empezó a leer la carta en voz alta. Era de un fiel pretendiente, un joven caballero de Jersey, quien afirmaba que estaba dispuesto a salir pronto para Inglaterra con propósito de reclamar a su amada, de acuerdo con la

palabra prometida. Estaba Marcia entre risueña y preocupada, y exclamó:

—¿Qué haré?

—¿Qué hacer? Querida mía me parece que sólo hay una cosa que hacer, y es muy sencilla. Dile lo más pronto posible que estás a punto de casarte.

En consecuencia, escribió Marcia la contestación al efecto, ayudándole Jocelyn a construir las frases lo más galanamente posible.

La carta terminaba así:

Repito que lo había olvidado enteramente. Lo siento muchísimo, pero es la verdad. Se lo he dicho todo a mi prometido esposo, quien por encima del hombro mira como escribo.

Al ver escrito esto, Jocelyn dijo:

—Habrías de suprimir las últimas palabras, porque resultan una puñalada de más para el pobre muchacho.

—¿Puñalada? No, querido. ¿Qué necesidad tiene de venir a molestarme? Jocelyn, debieras estar muy ufano de que te nombre en mi carta. Ayer me dijiste que me envanecía al declarar que bien pudiera haberme casado con aquel científico de quien te hablé. Pero ahora ves que aún había otro partido ventajoso.

Pierston dijo malhumorado:

—Bien; no quiero oír hablar de eso. Son cosas que me desagradan, aunque las digas en broma.

—Pues yo sólo he hecho la mitad de lo que tú —repuso ella enojada.

—¿Y qué es?

—Yo sólo me he mostrado infiel olvidando, en tanto que tú lo eres recordando.

—¡Oh! Sí. Por supuesto que puedes valerte de Avicia Caro para reprocharme. Pero no me molestes acerca de ella, y muéveme a deplorar una cosa tan inesperada como la falsía.

Marcia apretó los labios y su rostro se ruborizó.

A la mañana siguiente llegó la contestación a la carta en que había pedido a sus padres el consentimiento para casarse con Jocelyn; pero, con sorpresa de Marcia, su padre tomó una determinación de todo punto opuesta a la que ella esperaba que tomaría. Fuese que ya estuviera comprometido o que le pareciese un asunto para el porvenir más bien que para el presente el casarla con un natural de la isla, nacido cuando prevalecían entre las familias los antiguos

puntos de vista respecto del matrimonio, seguía firme en desaprobación su enlace con un odiado Pierston. No consentía. No diría ni una palabra más hasta verse con ella. Si conservaba un resto de sentimiento y no estaba aún casada, podía volver al hogar, del cual evidentemente había salido por engaño. Entonces vería lo que pudiera hacer por ella en las desesperadas circunstancias que ella misma se había forjado. De lo contrario, nada haría.

Pierston no pudo menos de mostrarse sarcástico respecto al menosprecio que el padre de Marcia les tenía a él y a los suyos. Marcia se ofendió y dijo:

—Si alguien hay merecedor de esos sarcasmos, soy yo. Ya me voy dando cuenta de que hice una locura al dejar la casa de un padre, por motivo tan fútil como el de un leve regaño porque me había excedido de mi asignación.

—Yo te aconsejé que volvieras, Marcia.

—Sí. De cierta manera, pero no de verdad. Y hablaste despectivamente de mi padre como comerciante.

—No podía hablar de él de otro modo; me parece a mí, sabiendo que...

—¿Qué tienes que decir de él?

—A ti, Marcia, nada, más allá de lo que es público y notorio. Todo el mundo sabe que hubo un tiempo en que su mayor empeño consistió en arruinar a mi padre; y la forma en que me alude en esta carta denota que aún continúa su enemistad.

—¡Ese tacaño, arruinado por un hombre tan generoso como mi padre! ¡Seguramente son falsedades de los tuyos eso que dices!

Los ojos de Marcia echaban fuego; su rostro ardía de cólera; pero el realce que a su hermosura hubiera podido prestar aquel acaloramiento quedó apagado por la rígida severidad de semblante que sobrevino al punto.

—Marcia, ¡ese enojo es demasiado molesto! Yo pudiera darte, y quienquiera te los daría, pormenores de cada fase de su conducta, empezando por la adquisición de las canteras, una tras otra, y de todo cuanto había allí. Mi padre logró conservar lo suyo, gracias a su desesperado valor. No hay que paliar los hechos. Las relaciones de nuestros padres son una terrible realidad en las circunstancias en que los dos nos encontramos, deseosos de casarnos, y ahora precisamente empezamos a darnos cuenta de ella, y no sé decir cómo nos vamos a desembarazar.

—No creo que nos sea posible de ninguna manera —repuso Marcia firmemente.

—No podemos, no podemos, de ninguna manera —murmuró Pierston contemplando la estampa viva del desdén que ofrecían el clásico rostro y los

negros ojos de su Juno.

—¡Sí al menos me pidieras perdón por haberte portado así!

Pierston no podía en modo alguno reconocer que se hubiese portado mal con su excesivamente altiva dama, y no quiso pedir perdón por lo que no había hecho.

Marcia salió en seguida del aposento. Más tarde volvió a entrar y rompió el silencio diciendo amargamente:

—Me mostré irritada hace poco, como tú has dicho. Pero todo tiene su causa, y tal vez sea un error el que hayas abandonado a Avicia por mí. En vez de casarse con Rosalía, Romeo necesita absolutamente fugarse con Julieta. Fortuna fue para el afecto de aquellos dos amantes veroneses que murieran cuando murieron. Al cabo de poco tiempo, la enemistad de sus familias hubiera sido una copiosa fuente de discordia. Julieta se hubiera vuelto con los suyos, y Romeo con los de él. El asunto les hubiera separado tanto como nos divide a nosotros.

Pierston se echó a reír. Pero Marcia estaba penosamente seria, y así la encontró a la hora del té, cuando ella le dijo que desde que él se había negado a pedirle perdón estuvo pensando sobre el caso, decidiéndose a ir de todos modos a casa de su tía, hasta que pudiera inducir a su padre a darle el consentimiento de casarse.

Al escuchar la resolución de Marcia, Pierston se estremeció, tanto le había sorprendido su independencia de carácter en cuestiones de las que las mujeres suelen preocuparse poco. Pero no puso obstáculos en su camino, y con un beso extrañamente frío, después de su reciente ardor, el Romeo de la escultural Montesca salió del hotel, para salvar hasta las apariencias de sustraer a su Julieta de la casa rival. Cuando volvió, ella ya se había marchado.

Empezaron a cartearse los dos prometidos, con tanta precipitación, y la correspondencia entre ambos trató, en términos de grave razonamiento, de su difícil situación respecto de la contienda de familia. Reconocieron su reciente amor tal como era:

Demasiado ex abrupto,  
demasiado imprudente, demasiado súbito,  
demasiado parecido al relámpago...

Lo reconocieron con tanta calma y frialdad, y además con tanta prudencia, que aquello no prometía nada bueno para su reconciliación.

Remacharon sus debates con una carta final que Marcia dirigió a Jocelyn, y, ¿desde dónde?, precisamente desde el hogar que había abandonado. Le

informaba de que su padre, presentándose de pronto en casa de la tía, la había inducido a volverse a casa con él. Que refirió a su padre todas las circunstancias de su fuga, explicándole cómo la habían motivado meros incidentes. Que su padre la persuadió de lo que ella ya estaba casi convencida, a consecuencia de la ruptura de sus relaciones amorosas; esto es, que, por de pronto al menos, era preciso posponer toda idea de matrimonio, y que cualquier inconveniencia, y aun el mismo escándalo, parecía preferible a que se unieran inmediatamente por toda la vida, sin otro fundamento que dos o tres días de pasión, para ser desventuradas víctimas de un estado que ya nunca podrían alterar.

Pierston vio claramente que todo era obra del padre de Marcia, hombre de aquella isla, con todas sus vetustas ideas locales sobre la cuestión de los sexos, que subyacían con arraigados convencionalismos. El comerciante en piedra no insistió desde luego en el acostumbrado remedio a la precipitada conducta de una hija, sino que prefirió suspender las relaciones.

Pero el joven aún creía que Marcia, una vez desvanecida su irritación y más consciente de su verdadero estado, volvería a él, a pesar de la hostilidad de la familia. Desde el punto de vista social nada se oponía a que diese semejante paso. Ambos habían nacido en igualdad de cuna, y aunque la familia de Marcia llevaba la delantera en acumulación de riquezas y en principios de distinción social, cohonestando con ello la idea de que el casamiento era principalmente ventajoso para una sola de las partes, Pierston era un escultor que podía conquistar fama; de modo que, en realidad, no podía considerarse su matrimonio de mal agüero para una mujer que, aparte de ser la presunta heredera de una gran fortuna, no tenía excepcionales perspectivas para el porvenir. Así, aunque desilusionado, consideró cuestión de honor no cambiar de residencia mientras hubiere la más ligera probabilidad de ver reaparecer a Marcia o de recibir alguna carta diciéndole que fuese a unirse con ella, para ir, al fin y al cabo, juntos al altar. Sin embargo, por las noches le parecía oír en el viento voces y risas sardónicas que se burlaban de este desarrollo de su novela, y durante muchos lentos y pálidos días se paraba a contemplar la lúgubre partida de su Bien Amada de la personalidad que últimamente había acariciado, hasta casi desvanecerse. Pierston ignoraba el preciso momento de la partida; pero los rasgos de la Bien Amada llegaron a no coincidir ya con los recordados contornos de Marcia, ni su acento con el recuerdo de su voz. Aquellas relaciones, aunque tan vehementes, habían sido demasiado breves para semejante demora.

Con el tiempo se enteró por conducto fidedigno, de dos noticias que le afectaban. Una fue la del casamiento de Avicia Caro con un primo suyo, y la otra, que los Beucomb habían emprendido un viaje alrededor del mundo con el propósito de visitar a un pariente del señor Beucomb, banquero en San

Francisco de California. Desde que se retiró de su primitivo y productivo negocio, el traficante en piedra no sabía en qué ocupar sus ocios, y comprendiendo que el viajar sería beneficioso para su salud, resolvió salir de la isla. Aunque no lo sabía con seguridad, Pierston dedujo que Marcia habría acompañado a su padre; y, como nunca, se sintió herido por lo que esto significaba: la obstinada oposición del padre de Marcia a que se uniera con quien llevaba la sangre y el nombre de Pierston.

### **Fenómenos familiares a distancia**

Poco a poco Pierston reanudó su acostumbrado género de vida, y su profesión le ocupó tanto como antes. En los dos años siguientes, sólo una vez recibió noticias de los Beucomb por algunos compatriotas de la isla. El prolongado viaje de los padres de Marcia les había despertado el gusto por otras tierras y otros cielos; y le dijeron que el padre, hombre todavía de robusta salud, excepto a breves intervalos, aprovechaba las coyunturas que su cosmopolitismo le ofrecía para invertir capital en empresas extranjeras. Resultaba cierto lo que él había conjeturado. Marcia viajaba con sus padres, y, por lo tanto, la separación de la que casi había llegado a ser su esposa por mutuo consentimiento, amenazaba convertirse en una separación definitiva.

Parecía como si apenas le fuera posible descubrir de nuevo la casual morada de la obsesionante favorita de su imaginación. Habiendo estado tan a punto de casarse con Marcia, pues sólo le faltó la inmediata obtención de la licencia, se había considerado durante algún tiempo moralmente ligado a ella por el incipiente contrato, y no quiso indagar en torno de él en busca de la desvanecida idealidad. Así fue que, durante el primer año de la ausencia de la señorita Beucomb, cuando guardaba absoluta fidelidad a la última personificación de la Bien Amada, por si volvía a reanudar las relaciones, aquel hombre de extraña imaginación temblaba ante la idea de cómo podría perseverar en su propósito si el Fantasma se le apareciera de repente en donde menos lo esperase, y le sedujese antes de que pudiera darse cuenta de la seducción. Una o dos veces le pareció verla de lejos, en el extremo de una calle, en las lejanas arenas de una playa, en una ventana, en una pradera, en el andén opuesto de una estación ferroviaria; pero él resolvió girar sobre sus talones y marcharse en dirección contraria.

Durante las temporadas que sin sucesos dignos de mención siguieron al arranque de independencia de Marcia (hacia el cual, por otra parte, no dejaba a veces de sentir secreta admiración), infundió en sus creaciones plásticas aquel impulso siempre hirviente de emoción que, sin contacto alguno con el espacio,

brota del ánimo y a todos desgasta, menos a los grandes hombres. Probablemente por esta causa, y no porque sintiera inquietud o ansiedad por el éxito, triunfó en su arte con un empuje, al parecer repentino, que de un salto le hizo trasponer los obstáculos en que había tropezado durante años.

Prosperó sin esfuerzo. Fue académico de la Real.

Pero el reconocimiento de su valía y las distinciones sociales que tan ardientemente había ambicionado en otro tiempo, ya no las estimaba en nada. Por ser soltero, flotaba en la sociedad sin un áncora espiritual, sin un santuario que pudiera llamar suyo; y por falta de un hogar doméstico en donde pudiesen cristalizar, los honores sociales se dispersaban impalpablemente, sin acumularse para acrecentar su bienestar material.

Pierston hubiera proseguido manejando el cincel con mayor cariño si sus creaciones hubiesen estado destinadas a que no la vieran otros ojos mortales que los suyos. Esta indiferencia respecto a cómo recibiría el público sus soñadas esculturas, le daba un curioso aplomo artístico, que le condujo a satisfacer los gustos de la opinión sin consentir que le apartaran de sus personales inclinaciones.

Desde entonces el estudio de la belleza fue durante muchos años su único goce. Solía observar por la calle cualquier rostro o parte de rostro que le pareciese expresar casi con la exactitud apetecida, en perecedera carne, lo que en aquel momento deseaba él expresar en perdurable forma. Perseguía y contraesquivaba como un pesquisidor policíaco a la dueña del llamativo rostro, en ómnibus, en coche, en bote de vapor, a través del gentío, en tiendas, iglesias, teatros, tabernas y tugurios, aunque la mayoría de las veces, al verla frente a frente resultaba que no era lo que le había parecido, deplorando la molestia que se había tomado en seguirla. En aquellas profesionales pesquisas de la belleza solía dirigir la vista a través del Támesis, hacia los muelles de la margen oriental, y especialmente al que en cada día se desembarcaban de los cachamarines de la orilla meridional toneladas de cantería expedidas por su padre. Allí veía tendidos los grandes bloques tan persistentemente arrancados de la isleña roca del canal inglés, que parecía como si, andando el tiempo, hubiese de quedar toda descuajada.

Una cosa no acertaba a comprender: en qué cambio de observación se basaban los poetas y filósofos para suponer que la pasión amorosa era intensísima en la juventud y se mitigaba con la edad. Acaso era esto posible, porque, a causa tal vez de su completa soledad doméstica, durante el atareado intervalo que siguió a los primeros años de la ausencia de Marcia, entre los veinticinco y los treinta y ocho, Pierston amó de cuando en cuando con un ardor (aunque también con dominio de sí mismo) desconocido para él en una época en que aún no tenía maduro el juicio.

Su caprichosa fantasía isleña había llegado a ser tan emotiva, que la Bien Amada siempre se le aparecía en forma visible y, en una u otra parte, cerca de él. Durante algunos meses la encontraba en el escenario de un teatro; pero después huía, dejando el pobre y vacío cascarón que acababa de alojarla, todo lo silencioso que suele quedar cuando ella huye, apareciendo a su vista como un triste maniquí cargado de imperfecciones y contaminado de vulgaridad. Acaso reapareciera en una mujer en quien de pronto no se fijara, encontrada en cualquier elegante reunión de gentes distinguidas, en una exposición, un bazar o un convite, para, al cabo de algunos meses, trasladarse a una graciosa dependiente de cualquier vasto almacén de paños en donde descarriadamente entró al vagar por calles que no solía. Después la Bien Amada abandonaba esta personificación y volvía a revelarse en forma de alguna popular escritora, pianista o violinista, cuyo santuario adoraba él tal vez durante un año. En cierta ocasión fue la Bien Amada una bailarina del Real Palacio Morisco de Variedades, aunque mientras actuó la bailarina no cruzó con ella ni media palabra. Sabía que diez minutos de conversación entre bastidores con la forma material provocaría la temerosa huida de la obsesionante ilusión a otra máscara todavía menos accesible.

Tan pronto era la Bien Amada rubia como morena, alta o bajita, esmirriada o esbelta, de facciones aguileñas, mofletudas o curvilíneas. Sólo permanecía inalterable una característica: su morada inestable. Según una frase de Borne, lo único permanente en ella era la mutabilidad. Pierston se decía en soliloquio:

«Es extraño que esto que me sucede, por idiosincrasia o por lo que sea; esto que a otros les serviría de puro pasatiempo, me preocupe tanto a mí».

Porque todos estos sueños los plasmaba en yeso, y advertía que con ellos satisfacía un gusto del público a que nunca había aspirado deliberadamente y que casi siempre había desdeñado. En suma: estaba en riesgo de pasar de una sólida reputación artística a una popularidad que acaso pudiera ser tan breve como brillante y estimuladora.

En cierta ocasión le dijo Somers:

—Algún día te atraparán, amigo. No diré que te enredes en algo deshonesto, porque creo que eres tan idealista en la práctica como en teoría. Quiero decir que se invertirá el procedimiento. Alguna mujer cuyo Bien Amado marido pasea de aquí para allá, cual ahora tu Bien Amada, te cautivará los ojos, y tú te pegarás a ella como una lapa, mientras ella siga a su Fantasma y te deje padeciendo a tu sabor.

—Acaso tengas razón —respondió Pierston—. Carnalmente considerada, muere cada día, como el yo corporal del Apóstol; porque cuando me pongo a toque con la realidad, ya no está ella allí; de modo que, aunque quisiera, ya no puedo adherirme a una personificación.

—Espera a ser más viejo —contestó Somers.

\*\*\*\*

## SEGUNDA PARTE

### Un joven de cuarenta años

#### El viejo fantasma aparece distintamente

En el transcurso de aquellos largos años, las emociones artísticas de Pierston sufrieron brusca suspensión por la noticia de haber muerto repentinamente su padre en Sandbourne, adonde el comerciante en piedra había ido a cambiar de aires por consejo del médico.

El señor Pierston padre había sido, justo es decirlo, un tanto tacaño en su vida doméstica, según Marcia le recordó tan ásperamente a su hijo. Pero nunca lo fue con Jocelyn. Más bien había sido un patrono cicatero con sus operarios, aunque les pagaba puntualmente. Era hombre muy avisado para ganar dinero, exacto en sus tratos, pero mezquino. Con sorpresa de todos, el capital acumulado en el comercio de piedra era, en proporción de un negocio llevado tan sin ostentaciones, muchísimo más cuantioso de lo que Jocelyn jamás imaginara. Mientras el hijo modelaba y esculpía sus efímeras fantasías en perennes formas, el padre había estado escoplando persistentemente durante medio siglo la bruta materia prima de aquellas formas, la dura roca aislada en el canal; y con ayuda de grúas, polipastos, garruchas y botes, había enviado sus despojos a todas las regiones de la Gran Bretaña.

Cuando Jocelyn hubo arreglado aquellos asuntos y traspasado el negocio, según recomendaba el testamento de su padre, se encontró con ochenta mil libras que añadir a las doce mil que ya poseía, procedentes de su profesión y de otros emolumentos.

Ultimada la venta de algunas propiedades que en la isla tenía, además de las canteras, pues no pensaba residir allí, regresó a la ciudad. A menudo se preguntaba qué habría sido de Marcia. Prometió no volverla a importunar, y así lo había cumplido durante veinte años, aunque a veces suspiraba por ella como por una amiga de aquilatado sentido común en circunstancias difíciles. Suponía que habrían ya muerto sus padres, y en cuanto a ella, estaba seguro de que nunca había vuelto a la isla. Tal vez había contraído algún nuevo lazo en el extranjero, imposibilitando con ello el descubrirla por su nombre de soltera.

A esto siguió una temporada de reposo. Su primera aparición en sociedad,

después de la muerte de su padre, ocurrió una noche en que, por no saber qué hacer, aceptó la invitación de una de las pocas señoras de categoría a quien contaba entre el número de sus amigas, tomando un coche de alquiler que le condujo a la plazoleta en donde durante tres o cuatro meses del año vivía la señora.

Al doblar el coche la esquina, Pierston vio, de soslayo, las casas del lado norte de la plazoleta, una de las cuales era la de la señora, con el familiar lacayo de hachón a la puerta. Además, había farolillos chinescos en el balcón. Al punto se dio cuenta de que la acostumbrada tertulia de confianza a prima noche se había transmutado en aquel caso en una recepción de gala que duraría hasta muy tarde. Recordó que acababa de estallar una crisis política, y este acontecimiento atraía mayor número de concurrentes a la reunión de la condesa de Channelcliffe, porque su casa era una de aquellas neutrales, o no políticas, en las cuales hay, sin embargo, mayor agitación política que en las públicas asambleas de partido.

Tan larga era la fila de carruajes que Pierston no quiso aguardar turno, sino que, sin estorbar a nadie, se apeó unas cuantas yardas más acá, encaminándose hacia la puerta de la casa. Pero hubo de detenerse un momento tras la muralla de curiosos que le interceptaban el paso, y mientras estuvo parado, algunas señoras, envueltas en blancos abrigos, cruzaron desde sus coches hasta la puerta alfombrada para el caso. Pierston no les vio el rostro ni nada más que sus vagas formas; y, sin embargo, le invadió al punto el presentimiento de que aquella noche volvería a encontrar a la Bien Amada, que después de su reciente y prolongada ocultación se proponía aparecer de nuevo y seducirle. A pesar de sus múltiples cambios externos, conocía muy bien aquel destello de su mirada, aquella música de su voz, aquel movimiento de su cabeza, y al instante la reconocería bajo cualquier complexión, contorno, acento, estatura o porte que pudiera escoger para encubrirse.

La otra conjetura de Pierston, la de que aquella noche había de actuar de político militante, se confirmó tan pronto como llegó al vestíbulo, donde se notaba un hervidero de excitación que de arriba abajo henchía la escalera, por el estilo del que él había observado siempre que en el mundo político alcanzaban su punto culminante los comentarios sensacionales.

—¿En dónde ha estado ocultándose tanto tiempo, joven? —preguntó jocosamente la señora de la casa, luego de haberle estrechado la mano. (A Pierston le seguían llamando joven, aunque ya rozaba los cuarenta)—. ¡Oh!, sí, ya recuerdo —continuó ella poniéndose seria en seguida, al pensar en la pérdida que había sufrido Pierston.

La condesa era mujer de finos modales, buen natural, lindante con el humorismo (al que frecuentemente se llama cualidad femenina), y vivamente

simpática.

Después empezó ella a hablarle del escándalo armado en el partido político a que nominalmente pertenecía, escándalo resultante de la actual crisis del gobierno, y a causa del cual había jurado abominar para siempre de la política, por lo que él iba a ver, desde luego, en ella, una señora de su casa mucho más neutral que nunca. A la sazón acababan de subir la escalera algunos otros invitados, y Pierston se dispuso a internarse en los salones.

—Me parece que busca usted a alguien, ¿no es verdad? —dijo la condesa.

—Sí; a una señora —respondió Pierston.

—Dígame usted cómo se llama, y veré si está aquí.

—No puedo decirlo porque lo ignoro —repuso él.

—¡De veras! ¿Y cómo es ella?

—No puedo describirla ni en su porte ni en su traje.

La condesa hizo un gesto de enojo, como si creyese que se burlaba de ella, y él se mezcló entre los invitados. Lo cierto es que por un instante Pierston imaginó que había hecho el sensacional descubrimiento de que la Bien Amada, en cuya busca iba, le acechaba en la persona de la misma dueña de la casa con quien acababa de conversar, y que si era siempre encantadora, mucho más lo estaba aquella noche. Presentía la consternadora posibilidad de aquella treta de su Bien Amada, que ya otra vez se había personificado en una mujer casada, aunque felizmente, a la sazón, sin graves consecuencias. No obstante, comprendió que se había equivocado, y que su antojo provenía de la alta tensión eléctrica de que se hallaba poseído a consecuencia de su reciente aislamiento.

Los salones eran viva expresión de los encontrados pareceres acerca del momento político. Los dioses de los partidos se hallaban presentes con sus batalladores serafines; pero la brillante forma y manera de tratar las cuestiones públicas no era tan señalada como la escasez de ideas originales. Ningún principio de sabio gobierno tenía su asiento en mente alguna, sino que todo lo animaba un embotado y frívolo personalismo de quítate tú para ponerme yo. Pero el interés de Jocelyn no derivó por aquella corriente. Estaba como piedra en el fondo de murmurante arroyo, en espera de que algún peculiar objeto flotante se dirigiera hacia él y se adhiriese a su mental superficie.

Esperando así la próxima nueva versión de la hermosa entidad, no consideró entonces, como había considerado otras veces, que el presentimiento de encontrarla era, de todos los presentimientos, precisamente el que, de por sí, había de cumplirse.

La buscó en el grupo de personas que rodeaban a un ex primer ministro,

quien estaba en medio del salón principal, perorando festiva y casi jovialmente, como era habitual en él por aquel tiempo. A las dos o tres señoras que le escuchaban se unió otra, vestida de blanco y negro, y ella se convirtió en el centro de atención de Pierston, así como del insigne estadista, quien al mirarla fijamente parecía preguntar casi como si se le oyera: «¿Quién eres?». Aquella mirada se trocó en otra de interesada escucha, al pronunciar ella unas cuantas palabras, porque el ex ministro difería de muchos de los de su posición en tener especialísimo cuidado de no interrumpir a cualquier tímido interlocutor, dejándole con la palabra en la boca. Nadie sabía mejor que él que de todos se puede aprender, y así obraba como hombre modesto que se apodera fácilmente de una idea, aunque fuese incapaz de tenerlas propias.

La señora del traje blanco y negro dijo al ex ministro algo que Jocelyn no pudo oír, y el estadista soltó la carcajada: «¡Ja, ja, ja!».

La señora se ruborizó. Jocelyn, sumamente excitado por el mencionado presentimiento de que su sheleyana «forma con diversos nombres» estaba a punto de reaparecer, apenas se fijaba en las demás mujeres, anheloso de ver por completo a la que había atraído su atención.

La dama permanecía en aquel momento parcialmente oculta por las demás invitadas. Cambiaron de posición al llegar la condesa de Channelcliffe con un invitado, para presentárselo al ex ministro. Las señoras se entremezclaron entonces, y Jocelyn perdió de vista a la que empezaba a sospechar que era la otra fugitiva, malévola y furtivamente regresada.

Le pareció verla después en una amable jovencita de la casa, pariente de la condesa, que aquella noche estaba mucho más linda que nunca con su traje azul celeste y descotado cuello de fina epidermis, que le daba un extraño aspecto de sílfide.

Ella le vio y se acercaron. Ella le miró como si dijese: «¿Qué piensas de mí ahora?», movida por la idea, según él coligió, de que la última vez que se habían visto iba ella desfavorablemente vestida de luto, un día lluvioso, en una casa de campo donde todo el mundo estaba de mal humor.

—Tengo algunas fotografías nuevas, y quiero que usted me diga si están bien —dijo la jovencita—. Cuide usted de decirme la verdad, sin lisonja.

Sacó ella las fotografías de un cajón inmediato, y se sentaron ambos en una otomana para examinarlas. Los retratos, hechos por el fotógrafo de última moda, eran muy buenos y así se lo manifestó él, pero mientras hablaba comparándolos, su mente estaba fija en algo distinto de la opinión solicitada. Se preguntaba si la ilusoria entidad estaría verdaderamente en la persona de aquella muchacha.

Él la miró de frente, advirtiendo con sorpresa que también ella estaba

pensando en algo distinto de los retratos. Sus ojos se espaciaban por la distante concurrencia, como si observara el efecto que en los invitados producía aquella animada conversación con Pierston, y particularmente en un caballero de unos treinta años y aspecto marcial, a quien Jocelyn no conocía. Completamente convencido ya de que su fantasma no se había encarnado en aquella joven, pudo observarla serenamente según iban hablando. Ambos procedían de la misma manera, pues cada cual simulaba escuchar con vivísimo interés lo que el otro decía, y la atención de ambos volaba hacia los demás ángulos del salón, aun cuando estuvieran en lo mejor del coloquio.

No; todavía no había visto a su Bien Amada, ni había de verla aquella noche. La intimidaba, sin duda, aquel ingrato político. Pero aún seguía él explorando, y penosamente prestaba atención a algunos espectrales duendecillos —distintos de los afroditicos— que siempre frecuentaban aquellos lugares y burlescamente indicaban que bajo los blancos cabellos de ésta o aquella emperifollada vieja, con su frente arrugada por una vida de placeres y fiestas que habían quebrantado grandes fortunas de Europa, y con su voz que había contado a monarcas entre el número de los que la escuchaban, podía haber un corazón que llevase dentro un cascarón de nuez; que bajo tal o cual ropaje de perlas y rosado seno, podía estar un medio pulmón que de un modo u otro hubiese mantenido en pie a su dueña hasta el día de la boda.

En aquel momento Pierston se encontró con el amable dueño de la casa, y casi simultáneamente vio a la dama que en un principio le atrajo y que después había desaparecido. Sus miradas se tropezaron, aunque estaban distantes uno de otro. Pierston rio para sus adentros; pero sólo experimentó el cosquilleo de la excitación, como si aquello fuese un verdadero hallazgo, sin sentir impulsos de regocijo, porque cuando estaba bajo la mirada de su fuego fatuo, propendía a temblar como una hoja.

Sin embargo, por de pronto, hubo de entablar conversación con el dueño de la casa, lord Channelcliffe, y casi lo primero que le dijo su amigo fue: «¿Quién es esa linda mujer del vestido negro con manteleta blanca y collar de perlas?».

—No lo sé —respondió Jocelyn con incipientes celos—; precisamente iba yo a preguntar lo mismo.

—¡Oh! Supongo que lo sabremos en seguida. Seguramente que mi esposa la conoce.

Ya se habían separado, cuando Pierston sintió una mano sobre el hombro. Era lord Channelcliffe, que había retrocedido por un momento, y le dijo:

—Sé que es la nieta de un antiguo amigo de mi padre, el difunto lord

Hengistburg. Se llama mistress... mistress Pine-Avon, y hace dos o tres años perdió a su marido, poco después de casada.

Lord Channelcliffe se puso a conversar con un dignatario eclesiástico que allí cerca estaba, y Pierston quedó solo para proseguir sus pesquisas. El reflujo de la concurrencia trajo a su lado a una joven amiga suya, la señorita Mabella Buttermead, que, envuelta en una nube de muselina, se disponía a bailar. Era lady Mabella una joven sensible, de ardiente corazón, que estaba encantada de la vida. Le preguntó a Pierston por quién se interesaba, y él se lo dijo.

—¡Oh!, sí; la conozco muy bien —exclamó vehementemente lady Mabella—. Me dijo un día que tenía particular deseo de entrevistarse con usted. ¡Pobrecita! —añadió tristemente—; se quedó viuda. Pero hace ya largo tiempo. Las mujeres no debieran casarse para exponerse a tales catástrofes, ¿no es así, señor Pierston? Yo nunca me casaré. Estoy resuelta a no correr jamás semejante riesgo. Ahora bien; ¿cree usted que debo casarme?

—¿Casarse? ¡Oh!, no; nunca —respondió Pierston gravemente.

—Es una opinión muy halagüeña.

Pero Mabella no quedó muy halagada con la respuesta, aunque jocosamente repuso:

—Sin embargo, a veces creo que debo casarme, precisamente por entretenimiento... Ahora nos dirigiremos a ella, la encontraremos, y yo le presentaré. Pero a este paso no vamos a llegar nunca.

—Nunca; a no ser que apelemos al «grosero empujón», como los de la City cuando van a ver la exhibición del lord Mayor.

Conversando se encaminaron hacia la dama, quien, hablando con su vecina, parecía una de aquellas

Femeninas formas cuyos gestos

resplandecen de ingenio,

que columbró el poeta en su visión de la Áurea Ciudad del Islam.

Continuamente habían de detener el paso. Pierston estaba, como a veces le pareció estarlo en sueños, imposibilitado de avanzar hacia el objeto de su persecución, a menos de poder levantar los pies en el aire. Tras diez minutos de circunspectas miradas a omoplatos y espaldillas, cabelleras sueltas, esplendentes tocados, gargantas y cuellos, lunares, agujetas de moño, polvos blanco-perla, granos, pedrería tallada en facetas de irisados rayos, alfileres de corbata, abanicos, corsés, las siete hechuras de codo y brazo y las trece variedades de orejas; y valiéndose de las puntas de sus botas como de rejas de arado para abrirse entre la concurrencia un surco por donde pasar él y lady

Mabella en la dirección anhelada, llegaron junto a mistress Pine-Avon, que estaba sorbiendo una taza de té en la salita de confianza.

—Querida Nicola, nos figurábamos que no íbamos a poder dar contigo, porque esta noche anda la cosa pésima a causa de esa terrible política. Pero al fin te encontramos.

Y en seguida la informó de que allí al lado estaba Pierston quien esperaba ser presentado.

Parecía que, en efecto, deseaba la viuda conocerle, y que lady Mabella Buttermead no había incurrido en una de sus demasiado frecuentes ficciones. Luego de la presentación, se retiró lady Mabella para ir a conversar con otro caballero más joven que el escultor.

El negro traje de terciopelo y sedas de la señora Pine-Avon, con sus blancos adornos, realzaba elegantemente la rara hermosura de su cuello y hombros, que, aunque artificialmente desblanqueados, no tenían ni la más mínima peca o mancha. De cerca demostraba ser tan gentil y discreta como parecía desde lejos. También sustentaba opiniones sanas y nada vulgares sobre las artes plásticas, y era la primer mujer intelectual que Pierston había visto aquella noche, excepto una o dos, según se ha dicho.

Posteriormente entraron en confianza, y en una pausa de su coloquio advirtieron la fatigosa agitación de aquella concurrencia por la llegada de algunos invitados tardíos con noticias recientes; trajo las últimas una impetuosa señora de ojos vivos, vestida de negro, que, quisieran o no, obligaba a los caballeros a que la escuchasen.

—Me alegro de ser neutral —dijo la interlocutora de Jocelyn, que estaba sentada en un sofá, junto al cual permanecía él de pie—. Ni por todo lo del mundo quisiera ser como mi prima, aquella que está allí. Cree que su marido saldrá derrotado en las próximas elecciones, y está furiosa.

—Sí; la mayoría de las mujeres son las que juegan, y los hombres sólo son naipes. Lo peor es que los políticos toman a juego la política, como la vilorta lo es para los aficionados. No la consideran como el grave deber de fideicomisarios políticos. ¡Cuán pocos piensan o advierten que «la nación de todo el país reside en el cortijo», según alguien ha dicho!

—Sí; aunque me extraña oírle a usted esa cita.

—¡Oh! Yo no soy de ningún partido, por más que mis amistades lo sean. En todo caso, sólo puede haber un rumbo que seguir con preferencia a cualquier otro, y la sabiduría de la nación debiera aplicarse a hallarlo, en vez de culebrear en zigzag por dos rumbos, según la voluntad del partido predominante en el poder.

Con estos preliminares no hallaron dificultad en coincidir en varios otros puntos. Cuando Pierston bajaba la escalera al salir de la reunión, a las doce y cuarto, y pasando por debajo de los humeantes hocicos de los caballos de un embajador se dirigía al coche de alquiler que le aguardaba junto a la verja de la plazoleta, iba con la impresión de que la Amada había resurgido de entre las sombras, sin ninguna insinuación ni iniciativa por parte de él, a quien verdaderamente le hacía muy poca gracia aquella resurrección.

Sin embargo, comprendía que aunque pudiera ser ahora, como hasta entonces, la Amada quien danzara ante él, era la Diosa que se ocultaba tras ella que tiraba de la cuerda de aquel monigote saltarín. Recientemente su mano de artista había ensayado otra vez en plasmar la forma de la Diosa en todos los aspectos y modalidades concebibles. En ello se había especializado ya. Pero sus esfuerzos habían fracasado. En su implacable vanidad, tal vez la Diosa volvía a castigarle por modelarla tan deplorablemente.

### **Ella se acerca más y satisface**

Pierston no podía olvidar los ojos de la señora Pine-Avon, aunque nada recordaba de sus otros rasgos. Eran rasgados, inquisitivos y luminosos. ¡Cómo brillaba su peinado! No necesitaba diadema que la adornase como la de aquella nobiliaria viuda a quien había visto en la reunión con diez esterlinas en la cabeza, para parecer peor que si se hubiese presentado con la toquilla de muselina, a nueve peniques pieza, de una criada.

Ahora se preguntaba si debía volverla a ver. Dudaba. Pero por desgracia para su discreción, precisamente al salir de los salones había encontrado a una anciana señora, de setenta años, su amiga mistress Brightwalton, la respetable mistress Brightwalton, quien le invitó a que fuera a comer con ella al día siguiente, manifestándole con su acostumbrada sinceridad, ya bien conocida de Pierston, que había oído decir que estaba ausente de la ciudad, pues, de lo contrario, le hubiera invitado dos o tres semanas antes.

Ahora bien; de todas las conveniencias sociales, la que más le complacía a Pierston era que le convidasen a comer sin cumplidos, sin haberle contado de propósito entre los comensales, como un llenahuecos, en sustitución de algún obispo, lord o subsecretario que no podía asistir al convite; y cuando la invitación se complementó con la noticia de que la señora que tanto le había impresionado estaría entre los comensales, inmediatamente prometió asistir.

En el convite acompañó del brazo al comedor a la señora Pine-Avon, y no habló con nadie más durante la comida. Después se separaron durante un rato

en el salón, para cubrir las apariencias; pero eventualmente gravitaron uno hacia otro, acabando la velada en compañía. Al marcharse, poco después de las once, tenía casi la seguridad de que en aquellos luminosos ojos pardos se había aposentado verdaderamente, y por largo tiempo, la Amada de su eterna fidelidad. Pero no era esto todo. Al despedirse le había estrechado él la mano, casi involuntariamente, de una peculiar e indescriptible manera, y una leve respuesta de ella, como una simple pulsación de la misma índole, le había dado a entender que era recíproca la impresión que él causara en ella. En una palabra: ella estaba deseosa de seguir adelante.

Pero ¿era capaz?

Hasta entonces no había habido mucho peligro en el galanteo; pero ¿conocía ella sus antecedentes y la maldición que sobre él pesaba? ¿Sabía que él era el judío Errante del mundo del amor; cuán inconstante el ideal de sus fantasías; cómo en él había prevalecido el artista sobre el galanteador; cómo estaba en perpetuo temor de agraviar a una mujer de mayores méritos que él, por esa indecisión de acometer lo que de buena gana hubiera intentado sin el temor de arrepentirse luego; cuán incapaz sería, probablemente, de encaminarse por pasos prácticos hacia un hogar propio, aunque siempre estaba suspirando por la vida doméstica? Andaba él ahora cerca de los cuarenta; ella tendría unos treinta, y él no se atrevía a un vano amorío con el despreocupado egoísmo de un jovenzuelo. Era indecoroso ir más allá sin decírselo a ella, aunque hasta entonces nada requería en absoluto que fuese tan explícito.

Determinó ir a visitar inmediatamente a la Nueva Encarnación.

Ella vivía no muy lejos de la vasta y aristocrática plaza de Hamptonshire, y allá se fue con la esperanza de pasar al menos un rato de emoción intensa. Pero el pulsador del timbre le pareció frío, aunque tan ardientemente le había invitado a que la visitara.

Como hablaba la casa, así habló la inquilina, con grandísima sorpresa del escultor. Las puertas que atravesaba parecía como si no se hubiesen abierto de un mes atrás; y al entrar en el amplio salón vio sentada a la dama en una mecedora, al otro extremo. Indudablemente era la misma mistress Nicola Pine-Avon, pero fría hasta más allá de lo indescriptible. Alzó los ojos del libro que leía, con desdeñosa e inquisitiva actitud; se apoyó de espaldas en la mecedora, como embebiéndose en una voluptuosa sensación que nada tuviera que ver con él, y respondió a su saludo con unas cuantas palabras vulgares.

El infortunado Jocelyn, aunque se recobró un tanto, de pronto quedó terriblemente desconcertado por semejante recibimiento. Evidentemente había empezado a amar a Nicola, y se sentía disgustado y casi ofendido. Pero, por fortuna, aún era su afecto incipiente, y un repentino vislumbre de lo ridículo de su situación le mantuvo al borde de la ridiculez sin traspasarlo durante la

visita. Ella le indicó una silla, y empezó a hacer un análisis crítico de las sortijas que llevaba. Hablaron de las noticias del día, y después resonó en la calle el ruido molesto del organillo, que tocaba una pieza de aire juguetón, que él había oído en un café-concierto; y para dar otro giro al coloquio, le preguntó si conocía la composición.

—No; no la conozco —dijo Nicola.

—Pues le diré a usted —repuso gravemente— todo cuanto sé sobre el particular. Está basada en una vieja canción popular titulada *The Jilt's Hornpipe*. Así como los traficantes convierten de la noche a la mañana el vino de Madeira en vino de Oporto, así esta antigua canción ha sido instrumentada, armonizada y convertida en una nueva canción popular.

—¿De veras?

—Si usted tiene costumbre de frecuentar las salas de música o los teatros saineteros...

—¡Ah, sí!

—Notaría usted que suelen cantarla con excelente éxito.

Nicola se animó un tanto, y entonces empezaron a hablar acerca de la casa de ella, pintada nuevamente y decorada con zócalo azul verdoso hasta la altura de una persona. Este arreglo mejoraba o favorecía no poco su semblante, ligeramente ajado, aunque todavía lindo, y a ello contribuían también los toldillos de las ventanas.

—Sí; hace ya mucho tiempo que estoy en esta casa y me gusta mejorarla todos los años —observó ella complacida.

—¿Y no se ve usted aquí demasiado sola algunas veces?

—¡Oh! Nunca.

Sin embargo, antes de que él se levantara para despedirse, ella se mostró algo más amable; y al marcharse Pierston, aprovechando la oportuna llegada de tres señoritas, pareció pesarosa, y le preguntó si volvería. Él creyó que debería decir la verdad, y repuso en tono incomprensible para las señoritas que acababan de llegar:

—No; procuraré no volver.

La señora Pine-Avon le acompañó hasta la puerta, y murmuró con aire de sorpresa:

—¡Qué descortesía ha dicho usted!

—Tal vez sea descortesía. Adiós —dijo Pierston.

En castigo, no tocó ella el timbre para que le acompañasen hasta la salida, sino que dejó que siguiese a solas su camino. Se quedó por un momento inmóvil en la escalera, en actitud reflexiva, diciéndose:

«No acierto a explicarme qué diablos significa esto».

Y, sin embargo, en la cara llevaba las huellas del significado.

Entretanto, una de las tres señoritas que habían ido de visita a casa de la señora Pine-Avon, dijo:

—¿Quién era este caballero tan interesante, con su hermosa cabellera? Le vi la otra noche en casa de lady Channelcliffe.

—Jocelyn Pierston.

—¡Oh! Nicola, eso está muy mal hecho. ¡Dejarle marchar, así como así, cuando yo hubiera dado cualquier cosa por conocerle! Deseaba tratarle desde que supe lo mucho que la experiencia de la vida había influido en sus estatuas; y lo supe al enterarme, por un periódico de Jersey, del matrimonio de una mujer que iba a ser su esposa cuando escapó con él hace muchos años, ¿no lo sabía usted?, pero que después no se casó, obedeciendo a ciertas nuevas conveniencias sociales que ella inventó para su uso particular.

—¡Cómo! ¿No se casó con ella? —preguntó la señora Pine-Avon sobresaltada—. Porque ayer mismo oí decir que se casó, aunque desde entonces estaban separados.

—Es completamente inexacto —repuso la señorita—. De buena gana le llamaría.

Sin embargo, Jocelyn se alejaba a paso largo de casa de la linda viudita. Los días siguientes salió poco; pero al cabo de una semana quiso cumplir el compromiso que tenía de ir a comer a casa de lady Iris Spicedwell cuyas invitaciones jamás rechazaba, porque era la más espléndida anfitriona de Londres. Por casualidad llegó algo temprano. Lady Iris había salido por un momento del salón, para cuidar de que todo estuviese a punto en el comedor, y al entrar él se encontró allí sola a la señora Pine-Avon, iluminada por la claridad de la lámpara. Había sido la primera en llegar. Ni por asomo esperaba él encontrarla allí, aunque, por lo demás, en casa de lady Iris es posible encontrar a todo el mundo.

Acababa de salir del guardarropa la señora Pine-Avon, y se mostraba tan cariñosa y aun lisonjera, que no pudo por menos de ablandar amistosamente su corazón. Al entrar en el salón otros invitados, la pareja se retiró a un sombrío rincón y conversaron uno junto a otro, hasta que todos se pusieron en marcha hacia el comedor.

No le correspondió a Pierston acompañar del brazo a la señora Pine-Avon,

pero en la mesa se sentaron frente a frente. Ella estaba encantadora a la luz de las bujías, y de pronto se le ocurrió a Jocelyn la idea de que la actitud anterior de Nicola derivaba de algún falso informe respecto de Marcia, de quien no había oído hablar hacía largos años. De todos modos, no tenía intención de resentirse por un inexplicable antojo femenino, considerando que generalmente estaban faltos de fundamento, sin motivo ni razón ni probabilidad, y sin que él los mereciese.

Así es que durante la comida él correspondió a las miradas y a las pocas palabras amables que de cuando en cuando le dirigía ella a través de la mesa. Él se limitaba a responder cortésmente, pero la señora Pine-Avon se mostró notoriamente significativa. De nuevo se admiró Pierston de ella, aunque al propio tiempo recordaba que su conducta el día de la visita había bastado y sobrado para restringir su confianza, y aun para hacerle dudar de si realmente residía la Bien Amada en aquel cuerpo, o no había sido más que un pasajero interés por aquella interesante y cumplida personalidad.

Sobre esto meditaba, y, sin embargo, cada vez más resueltamente impelido por la retozona ternura de ella, cuando, al meter la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo, crujió algo dentro, y notó que era una carta todavía cerrada, recibida en el preciso momento de salir de su casa, y que se había guardado en el bolsillo del frac para leerla en el coche durante el trayecto. Pierston la sacó del bolsillo lo suficiente para observar por la estampilla de correos que procedía de su isla natal; pero como apenas tenía correspondencia con aquel paraje del inundo, se puso a conjeturar quién sería el remitente.

La señora de su derecha, a quien él había acompañado del brazo al comedor, era una conspicua actriz de Londres (conocida en todo el Reino Unido y en América por su arte), vaporosamente vestida, transluciente como una balsamina o anémona de mar, sin prenda de abrigo, y con movimientos que parecían semejantes a los de una máquina de múltiples alambres, copiosamente lubricada, en la que, oprimiendo determinado muelle, se abre la cubierta y revela su mecanismo funcional. El muelle, en este caso, era el artístico encomio que ella merecía. En aquel momento estaba conversando con el caballero de su derecha, un representante de linajuda familia, que hablaba en tono afirmativo y campanudo, como si evocara una visión de cinco siglos del pasado feudalismo. La señora que estaba a la izquierda de Jocelyn, esposa de un magistrado, hablaba igualmente con su compañero de mesa, de suerte que, por un momento, Pierston quedó aislado. Aprovechándose de la ocasión, sacó la carta y, colocándola sobre la servilleta, la leyó, creyendo que nadie le observaba.

Era de la esposa de uno de los antiguos operarios de su padre, y en ella suplicaba a Jocelyn que recomendase a un hijo suyo para un empleo que solicitaba en la ciudad. Pero lo que profundamente le conmovió fue el final de

la carta, que decía así:

Seguramente sentirá usted saber, señor, que ha muerto Avicia Caro, la querida chiquilla, como acostumbrábamos a llamarla de soltera. Recordará usted que se casó con su primo y se marcharon de aquí por unos cuantos años; pero quedó viuda, y regresó hará cosa de doce meses. Desde entonces fue decayendo, cada día más, hasta que hoy ha muerto.

### **Se convierte en inaccesible espectro**

Por lentos e imperceptibles grados, retrocedió al último término la escena del convite, tras la vívida imagen de Avicia Caro y los remotos sucesos de la isla Vendilia, inseparables de su juventud. Se había desvanecido a sus ojos el comedor, esfumado por el enhiesto promontorio de piedra y el entrante mar occidental. La bella marquesa, sentada fronteramente a la derecha de la dueña de casa, se transmutó para él en una de aquellas esplendentes y rojas puestas de sol que tantas veces había contemplado sobre la bahía del Hombre Muerto, con la figura de Avicia en primer término. Entre sus ojos y el magistrado que junto a Nicola se sentaba, con una barbilla tan monda que debía habérsela afeitado cada cuarto de hora durante el día se interpolaba el rostro de Avicia, tal como ella le mirara en su última despedida. Las agrietadas facciones de la anciana y sociable señora, que si contara algunos años más hubiera sido tan anticuada como su hija, se convirtieron en las polvorientas canteras de sus padres y de los de Avicia, por donde había triscado con ella centenares de veces. La guirnalda de hiedra que circunvala el mantel, las luces de los altos candelabros y los manojos de flores, se trocaron en las hiedras del castillo, asentado sobre la escarpada roca; en los faros de la isla, y en mazorcas de algas.

Los salobres aires del mar disipaban el olor de los manjares, y en vez del rumor de las conversaciones, oía el monólogo de las olas, allende el Beal.

Pero, sobre todo, Nicola Pine-Avon perdió a los ojos de Pierston la radiante y florida lozanía que últimamente ostentara. Era ya para él una conocida, de rasgos vulgares, y parecía materializarse en pura carne y huesos con líneas y superficies. No era más que un lenguaje en cifras vivientes.

Cuando salieron las señoras del comedor, sucedió lo mismo. El alma de Avicia, la única mujer a quien él nunca había amado de cuantas le amaron, le circundaba como un firmamento. El arte estaba cerca de él en la persona de uno de los más famosos pintores de retrato; pero el único pintor que allí había para Jocelyn era su propia memoria. Todas las eminencias quirúrgicas de

Europa le dirigían la palabra en la persona de aquel inofensivo y modesto cirujano cuyas manos habían buceado en el cuerpo de centenares de personas vivas; pero el cadáver, blanco como el lirio, de una oscura muchacha campesina, quitaba todo interés a la conversación con aquel rey de los operadores quirúrgicos.

En el salón habló Pierston con la dueña de la casa, quien, aunque había reunido a su mesa aquella noche veinte convidados, sabía no sólo cuanto cada uno de ellos dijo e hizo durante la comida, sino también lo que cada cual estaba pensando. Así fue que, como antigua amiga, le dijo a Pierston en voz baja:

—¿Qué le preocupaba a usted? Algo era. Lo sé. Estuve observándole la cara, y lo vi.

Nada podía revelar menos el significado que para él tenían las recientes noticias que la escueta exposición de los hechos, y en consecuencia, informó a su interlocutora que durante la comida había abierto la carta en que se le participaba la muerte de una antigua conocida, añadiendo:

—Casi puedo decir que era la única mujer cuya valía no supe estimar, y, por lo tanto, la única cuya pérdida siempre lamentaré.

Considerase o no suficiente la explicación de Pierston, la experta señora la aceptó por buena. Era la única señora de entre sus amistades a quien ninguna de las acciones de él podía maravillar, por lo que se le confiaba con perfecta seguridad a menudo.

No volvió al lado de la señora Pine-Avon. No pudo. Al salir de la casa vagó distraídamente por las calles hasta encontrarse en las puertas de su casa. Se sentó en su habitación, y con la cabeza apoyada entre las manos se sumió de nuevo en sus pensamientos.

A un lado de la habitación había un escritorio, de cuyo cajoncillo inferior sacó una cajita profusamente claveteada, y forzó la tapadera con el hurgón. La cajita contenía varias fruslerías, que de cuando en cuando había ido guardando durante los pasados años para clasificarlas más adelante, sin que nunca hubiese cumplido su propósito. De la tétrica masa de papeles, fotografías deslucidas, sellos, diarios, flores marchitas y otras cosas por el estilo, entresacó Jocelyn un retrato en daguerrotipo, correspondiente a la primitiva época de la fotografía, con vulgarísimo marco de oropel.

Era el retrato de Avicia Caro, tal como figuraba durante el par de meses de verano que pasó con ella en la isla, hacía veinte años, con gracioso mohín de labios y las manos dulcemente enlazadas. El vidrio prestaba al retrato mucho de la característica suavidad del original. Pierston recordaba que Avicia se retrató en aquella actitud una tarde que pasearon juntos en un vecino balneario

de la costa, donde, no teniendo nada en qué entretenerse, le dijo que la retrataría en artística postura.

La prolongada contemplación de la imagen completó en sus emociones lo que la carta había iniciado. Amaba a la mujer muerta e inasequible como nunca la había amado en vida. Sólo había pensado en ella muy de tarde en tarde durante los veinte años transcurridos desde la última despedida, y tan sólo como en una persona con quien hubiese podido casarse.

Sin embargo, los tiempos de su juvenil amistad, cuando pulsó todas las notas de su ingenuo temperamento, se inflamaban ahora en una ardiente y apasionada adhesión, amargada por indecible pesar. ¡Cuánto hubiera dado por una cuarta parte de aquel beso que ofendió su altivez cuando ella tan infantilmente se lo estampó antes de despertar la conciencia de su femineidad!

Casi se enojaba consigo mismo por sus emociones de aquella noche: tan irrazonable e infundadamente intensas eran respecto de su fallecida compañera de infancia. «¡Cuán insensato soy!», decía ya acostado en su solitario lecho. Había sido la esposa de otro hombre casi durante todo el tiempo que él estuvo apartado de ella, y ahora era un cadáver. Sin embargo, no por absurda era menos honda su pena. Y con todo, la conciencia de la intrínseca y casi naciente pureza de este nuevo afecto por un espíritu incorpóreo le impedía reprimirlo. La carne estaba del todo ausente. Era amor sutilizado y alquitarado hasta su última esencia. Hasta entonces, no había sentido nada semejante.

A la tarde siguiente fue al casino; pero no al de lujo y boato, donde apenas se hablaban los concurrentes, sino al modesto casino de confianza, en que los socios comentaban los sucesos de la tarde, y no se avergonzaban de revelar sus flaquezas y fragilidades, pues sabían bien que esos secretos no iban a salir de allí. Pero Pierston no confió el suyo. Era tan sutil e intangible, que referirlo en palabras hubiera sido tan imposible como aprisionar un perfume.

Los compañeros del casino notaron su alterada disposición de ánimo, y dijeron que estaba enamorado. Él respondió que, en efecto, lo estaba, y así terminó la cosa. Al llegar a su casa se asomó a la ventana de su cuarto para considerar en qué dirección desde donde él se hallaba yacería la imagen de su amada. Allí, frente a él, bajo la pálida luna en creciente. El símbolo era muy significativo. La deidad de argentino arco no tenía más excelsa pureza que la amada muerta. Bajo aquella luna estaba la isla de los antiguos honderos, y en la isla, una casa construida toda de piedra, como la isla, desde los marcos de las ventanas hasta el cañón de la chimenea. Tras la ventana, yacía Avicia, cuyo sudario iluminaba la luz de la luna, y a ella llegaban tan sólo los débiles rumores peculiares de la isla: el traqueteo de los escoplos en las canteras, el oleaje de la bahía y el confuso murmullo de las revueltas aguas en el siempre inquieto canal de la corriente.

Pierston conjeturó la verdad. Aunque la difunta Avicia había estado lejos de inspirarle una pasión, poseyó, sin embargo, una cualidad fundamental de que carecían sus rivales, cualidad sin la cual le parecía imposible mantenerse completamente firme y constante con una mujer. La familia de Avicia, como la suya propia, habían sido isleños; durante siglos, desde los tiempos normandos, anglos, romanos y britano-baleares. De aquí que en la sangre de ella, lo mismo que en la suya, hubiera algún misterioso ingrediente extraído de la isla, o sea un instinto de raza absolutamente necesario para el enlace matrimonial. Así es que, aunque nunca pudiese amar a una mujer de raza isleña, por faltarle el deseado refinamiento, no podía amar por mucho tiempo a una kimberlina, o sea a una mujer forastera, por faltarle aquella característica fundamental.

Tal era el punto de vista de Pierston.

También cabe mencionar otra fantasía suya, una mera superstición de artista. Los Caro, como otras familias de la isla, denotaban estirpe romana más o menos injerta en el tronco de los honderos. Sus facciones recordaban las de los campesinos italianos a cualquiera que como él estuviese familiarizado con ellas; y había pruebas de que los colonos romanos poblaron densamente y por largo tiempo aquel rincón británico y sus inmediaciones. Según tradición, en el extremo de la carretera romana que conducía a la isla, hubo hace tiempo un templo dedicado a Venus, y tal vez fuese anterior a este otro consagrado a las divinidades inferiores de los honderos. Así, ¿qué cosa más natural que la verdadera estrella de su alma no pudiese hallarse en parte alguna sino en la vieja progenie de la isla?

Después de comer vino su antiguo amigo Somers a visitarle, y tras un poco de conversación aludió casualmente al sitio en que debían encontrarse a la mañana siguiente.

—No podré ir —dijo Pierston.

—¡Pero si me lo prometiste!

—Sí; pero me voy a la isla para visitar la tumba de una amiga.

Al decir esto fijó la vista en una mesa cercana. Somers siguió la dirección de su mirada, hacia una fotografía colocada sobre un estantillo.

—¿Es ésta? —preguntó.

—Sí.

—¿Tal vez un amor del pasado?

—En efecto. Ella fue la única cuyo amor desdeñé, Alfredo, y la única a quien debí haber correspondido. ¡Ahí tienes cuán insensato fui siempre!

—Pero si está muerta y enterrada, puedes ir a visitar su sepultura cualquier

otro día, tan bien como ahora, y mantener vivo tu sentimiento.

—No sé si está enterrada ya.

—¡Pero mañana! ¡Con la sesión inaugural de la Academia! ¿Por qué has de ir precisamente mañana?

—No me importa la Academia.

—Pierston, tú eres nuestro único escultor inspirado. Eres nuestro Praxíteles, o mejor decir nuestro Lisipo. Eres casi el único hombre de esta generación que ha sido capaz de modelar y esculpir formas lo bastante vívidas para apartar al frívolo público de los lienzos vulgares y atraerlo a los por lo común desiertos gabinetes de lectura; y quienes han visto tus últimas obras dicen que no ha habido nada igual desde hace dieciséis siglos, y aun desde que los escultores «de la gran raza» florecieron doquiera que fuese. Así, pues, en beneficio ajeno, no debes escaparte a aquella roca marítima, olvidada de Dios, precisamente cuando te necesitan en Londres. Y todo por una mujer a quien viste por última vez hace un siglo.

—No; sólo hace diecinueve años y nueve meses —repuso Pierston abstraídamente.

Se marchó a la mañana siguiente. Desde los días de su juventud se había tendido una vía férrea a lo largo del banco de gujarros, de modo que, excepto cuando las olas arrancaban los carriles, lo cual sucedía bastante a menudo, la península era fácilmente accesible. A las dos de la tarde iba ya traqueteado por este nuevo medio de locomoción, bajo la familiar y monótona línea de piedras de color de salvado, y no tardó en salir de la estación, que parecía extrañamente exótica entre las renegridas embarcaciones, las ruinas de la anegada aldea y los blancos témpanos de oolita, surgidos a la luz tras haber estado enterrados durante innumerables años geológicos.

Al embocar el banco de gujarros, había pasado el tren junto a las ruinas del castillo de Sandsfoot o de Enrique VIII, adonde Avicia debió de haberle acompañado la noche de su partida. Si ella hubiese acudido a la cita, tal vez hubiese cumplido él la palabra de casamiento; y como no había precedentes de que ningún isleño la hubiese quebrantado después de empeñada, ella hubiera sido su esposa.

Según subía por el escarpado declive en donde los canteros escopleaban como siempre, y entre el rumor de las enormes sierras canteras, Pierston miró en dirección al sur, hacia el Beal.

La nivelada línea del horizonte marítimo se elevaba sobre la superficie de la isla; y como de costumbre, una mancha rugosa, a mitad de distancia, indicaba la situación de la corriente en donde más de un Licidas había ido a

«visitar el fondo del mundo abismal», sin la suerte de tener por amigo a un poeta.

Frente a la extensión de agua donde una manada de caballas centelleaba al sol de la tarde, se distinguía el distante faro, y una iglesia, con su campanario, a un cuarto de milla de allí, cerca del borde del acantilado. Frente a la misma dilatada extensión de agua inquieta y murmurante se veían de perfil las lápidas sepulcrales del cementerio.

Por entre las tumbas andaba un hombre cubierto por una prenda blanca, que el viento hacía revolotear tristemente de cuando en cuando. Junto a él iban seis hombres cargados con un largo ataúd, y seguían dos o tres personas vestidas de luto. El ataúd, traído a hombros a través de la isla, cruzó el cementerio, rodeado de los destellos que reflejaban el mar y la manada de caballas. También a momentáneos intervalos se divisaba en la lejanía del canal una lancha pesquera.

El cortejo fúnebre dio la vuelta hacia un ángulo del cementerio, donde se detuvo largo rato, expuesto al viento, con el mar tras ellos y sin cesar de revolotear la sobrepelliz del sacerdote. Jocelyn se mantuvo con la cabeza descubierta, pues aunque estaba a un cuarto de milla, se consideraba como si estuviera presente, y le pareció oír cuanto allí se decía, aunque sólo era perceptible el rumor del viento.

Instintivamente comprendió que no era otra sino Avicia a quien veía sepultar, a su Avicia, como presuntuosamente empezaba a llamarla. De pronto, el pequeño grupo se apartó del reflejo del mar y desapareció.

Pierston se sintió incapaz de seguir adelante en aquella dirección, y volviendo sobre sus pasos, se encaminó sin rumbo fijo a través de la isla, visitando los diversos parajes donde en otro tiempo había estado con Avicia. Pero como si le uniesen al cementerio con una cuerda, le parecía hallarse en el extremo de un radio cuyo eje fuese la tumba de Avicia Caro; y al oscurecer gravitó hacia su centro y entró por la puerta del cementerio.

Ni un alma había por aquellos alrededores. Fácilmente descubrió detrás de la iglesia la tumba abierta recientemente, y al salir la misma luna creciente que la tarde anterior observó desde su ventana de Londres, vio las huellas todavía recientes del duelo y de los sepultureros. La brisa había calmado al ponerse el sol. El faro tenía ya abierto su ojo deslumbrante; y no dispuesto a dejar un paraje doblemente sublimado por la pretérita amistad y el pesar presente, Pierston se acercó a la pared de la iglesia, caldeada por el sol de la tarde, y se sentó en el antepecho de una ventana frente a la tumba.

## **Amenaza reasumir materia corpórea**

Pierston no escuchaba ni oía otro son que el rumor de las olas al chocar contra el acantilado, porque ya las canteras estaban silenciosas. No se dio cuenta del tiempo que estuvo allí solo y meditabundo, ni tampoco supo, aunque se sentía soñoliento, si el suave narcótico de su repentina tristeza le arrulló en corto sueño, porque perdió toda noción del tiempo y la conciencia del incidente. Pero durante algunos minutos le pareció ver a la misma Avicia Caro, que a la luz de la luna se inclinaba sobre la tumba, y después se alejaba de ella.

Por su aspecto no era ni un año más vieja, ni un dedo menos esbelta, ni una línea más angulosa que cuando se había despedido de él veinte años antes en la cercana calle. Sobresaltadamente le levantó el ánimo la nueva consideración de que no era posible que fuese otra cosa que un fantástico sueño, y exclamó:

—Sin duda, me he dormido.

Sin embargo, aunque juzgaba real la aparición de Avicia, desechó tan extraña sensación, arguyendo que, aun en el caso de que fuese falsa la noticia de su muerte, cosa increíble, aquella dulce amiga de su infancia, a pesar de los transfiguradores efectos de la luz de la luna, no se hubiera presentado tal como era diecinueve o veinte años atrás. Si lo que vio era carne material, sería otra persona distinta de Avicia Caro.

Satisfecho su sentimiento después de haber visitado el lugar de la tumba, nada más tenía que hacer en la isla, y resolvió regresar a Londres aquella misma noche. Pero como aún le sobraba tiempo, instintivamente se encaminó hacia las Canteras del Este, su aldea natal y de su familia. Pasando por la plaza del Mercado, tomó el ramal de carretera que conducía al Castillo de Sylvania, una morada particular, de construcción relativamente moderna, en cuyos terrenos frondeaba la única arboleda de que pudiera ufanarse la isla. Las viviendas vecinales se extendían cerca de las tapias del castillo. Una de las más cercanas había sido la de Avicia, y como era de propiedad, probablemente habría muerto en ella. Para llegar allí pasó por delante de las puertas de Sylvania, y en la tapia del jardín vio un cartelón anunciador de que se alquilaba la casa amueblada. Unos cuantos pasos más allá estaba la vivienda de Avicia, cuya linda y maciza fábrica de piedra, de dos o tres siglos de antigüedad, podía resistir las injurias del tiempo mucho más aún que las nuevas y vulgares construcciones. Pierston fijó la atención en la ventana, todavía abierta, aunque brillaba una luz en el aposento. Retrocedió hasta la pared opuesta, y miró adentro.

Ante una mesa, cubierta por un mantel blanco, una joven iba retirando un servicio de té y colocándolo en un aparador rinconero. Era en todo y por todo

la misma Avicia a quien había perdido, la joven que vio en el cementerio, que creyó una ilusión. Y aunque esta vez no cabía duda acerca de su realidad, su aislamiento en la silenciosa casa le prestaba un extraño y sorprendente aspecto. Conjeturando la explicación, se paseó por allí esperando, y al cabo de poco pasó junto a él un cantero que se iba a su casa, a quien le preguntó sobre la mujer.

—¡Oh!, sí, señor. Es la única hija de la pobre señora Caro, y por la noche ha de quedarse aquí sola, ¡pobre muchacha! Sí, en verdad, es el vivo retrato de su madre. Todo el mundo lo dice.

—Pero ¿cómo se ha quedado tan sola?

—Uno de sus hermanos se ahogó en el mar. El otro está en América.

—¿No habían sido dueños de canteras?

El cantero puso paño al púlpito, y le explicó, al que le parecía forastero, que por allí había habido tres familias dedicadas al comercio de piedra, que se relacionaron mucho una con otra durante la pasada generación. Las tres familias eran los Beucomb, los Pierston y los Caro. Los Beucomb pusieron todo su empeño en aventajar a las otras dos, y en parte lo lograron. Se enriquecieron enormemente, lo vendieron todo y desaparecieron por completo de la isla donde habían amasado su fortuna. Los Pierston se mantuvieron en huraña medianía, prosperando sin alardes ni alharacas, y también, a su vez, se retiraron. Los Caro vinieron completamente a menos, empujados por la porfía de las otras dos familias; y cuando la hija de la viuda Caro se casó con su primo Jaime Caro, éste quiso recobrar para su familia el primitivo puesto en la triple tienda. Firmó contratos a un precio menor de las ganancias que podía obtener, y fue especulando más y más hasta que sobrevino la quiebra. Hubo de venderlo todo, se marchó de la isla, y más tarde volvió para vivir en esta casita, que era suya por herencia de su mujer, y aquí residió hasta su muerte. Ahora había fallecido su viuda. Las penalidades acabaron con ella.

El cantero prosiguió su camino, y Pierston, lleno de profundo remordimiento, llamó a la puerta de la casita. La muchacha en persona salió a abrirle, lámpara en mano.

—¡Avicia! ¡Avicia Caro! —exclamó tiernamente, sin poder desechar el extraño sentimiento con que cuando tenía veinte años menos se había dirigido a la abandonada Avicia.

—Ana, señor —dijo ella.

—¡Ah! ¿No te llamas lo mismo que tu madre?

—Es mi segundo nombre. Y también llevo el mismo apellido, porque mi pobre madre se casó con su primo.

—Como todos hacen aquí... Pues bien, te llames Ana o cualquier otro nombre, para mí eres Avicia. ¿Y se te ha muerto ahora tu madre?

—Se me ha muerto, señor.

Hablaba la joven con el mismo dulce acento de voz que él había escuchado veinte años antes, e inquisitivamente le miraban unos ojos del mismo iris castaño.

—Yo conocí a tu madre, y al enterarme de su muerte y entierro, me tomé la libertad de venir a visitarte. ¿Le perdonarás a un forastero este atrevimiento?

—Sí —respondió ella tranquilamente, echando una mirada alrededor del cuarto—. Ésta fue la casa de mi madre, y ahora es mía. Siento no estar vestida de luto en la noche de sus exequias; pero ahora mismo acabo de poner unas cuantas flores en su tumba, y al ir me quité el traje de luto por temor de que la humedad estropeará el crespón. Ya ve usted; mi madre estuvo largo tiempo enferma, y he tenido que cuidarla, lavar y planchar ropa ajena para ganarme la vida. Mi madre se lastimó el costado retorciendo las amplias sábanas que lavaba para las gentes del castillo.

—Espero que no te suceda lo mismo, querida niña.

—¡Oh! No; no me sucederá, porque ahí están Carlos Woolat, Samuel Scribden, Teodoro Gibrey y una porción de mozos, que cuando aciertan a pasar, retuercen cualquiera prenda de ropa para que yo lave. Pero apenas puedo confiar en ellos. El otro día, Samuel Scribden rasgó un mantel de hilo en dos pedazos, exactamente lo mismo que si hubiese sido un papelito de encender pipas. Nunca saben cuándo han de parar de retorcer.

Verdaderamente la voz era de su Avicia; pero esta segunda Avicia denotaba muy a las claras su ordinariez y no haber recibido la refinada educación de su madre. Esta Avicia nunca hubiera recitado poesías en público, ni en la isla ni en parte alguna, con entusiasta apreciación de su fuerza expresiva.

Pierston tuvo un desencanto al notar tales circunstancias; pero la joven le había conmovido, y le faltaron fuerzas para marcharse.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó él.

—Voy a cumplir diecinueve.

Era la edad que la otra, la primera Avicia, contaba cuando ella y él corretearon juntos por los peñascales durante el noviazgo. Pero Pierston tenía ahora cuarenta años, por lo menos, y la joven que ante él estaba era una inculta lavandera, mientras que él era un escultor famoso y rico, miembro de la Real Academia. Sin embargo, ¿por qué experimentaba una desagradable sensación al darse cuenta de que ya estaba en la cuarentena? Ya no podía alegar más pretextos para permanecer allí más tiempo, y como aún le sobraba media hora

para marchar, dio la vuelta por el camino hasta el lado occidental del Castillo de Sylvania, obra del siglo pasado, llegando hasta la última casa edificada en el peñasco. Allí había nacido. En verano servía de alojamiento a los forasteros, y en la actualidad estaba deshabitada y silenciosa. El viento de la tarde doblegaba los brotes de botoneros y tamariscos en el jardín de entrada, los únicos arbustos de hoja perenne que podían resistir el azote de las salobres galernas que soplaban más allá de las tapias. Frente a la casa, en la lejanía del mar, pestañeaba el familiar faro desde el banco de arena; y de pronto le invadió un ardiente deseo de ser en vez de reputado artista, un analfabeto, un isleño cualquiera, para enamorar y honestamente rendir el corazón de la linda lavanderita que trabajaba en la cercana alquería.

### **Reasunción efectiva**

De regreso en Londres, Pierston volvió maquinalmente a su acostumbrada vida; pero en realidad no vivía allí. El espectro de Avicia, que ahora había tomado cálida carne y sangre, mantenía su mente lejos de la ciudad. Sólo pensaba en la isla, en donde residía la segunda Avicia, respirando su salobre ambiente, bañada por sus cantarinas lluvias y por la obsesionante atmósfera de la Venus romana, cerca y en torno del lugar donde estuvo su templo. Los defectos de la muchacha campesina se trocaban en encantos al verla desde la ciudad. Nada le complacía ahora tanto como emplear aquella parte de la tarde, que destinaba a ejercicios deportivos al aire libre, a frecuentar las cercanías de los muelles a lo largo del Támesis, donde se desembarcaba de los buques de cabotaje la piedra que habían traído de su nativa roca. Pasaba por las grandes portaladas de los desembarcaderos, ya en la margen derecha, ya en la izquierda, contemplando los blancos témpanos, cúbicos y oblongos, que le traían un recuerdo de sus amistades y relaciones, evocando el *genius loci* o carácter local de donde procedían, y casi olvidaba que estuviera en Londres.

Una tarde, al apartarse de la cenagosa entrada de uno de los muelles, le llamó la atención en el lado opuesto una mujer que se dirigía hacia el mismo punto que él acababa de dejar. Era más bien pequeñita, delgada, graciosa, su atavío hubiera bastado de por sí para interesarle, pues era sencillo y rústicamente pintoresco; pero más le atrajo su vivísimo parecido con la joven Avicia Caro, con Ana Caro como ella había dicho que se llamaba.

Antes de que hubiese retrocedido cien yardas, estaba seguro de que en efecto era Avicia, y la unificadora disposición de ánimo en que él se hallaba aquella tarde se intensificó a la sazón de tal manera, que la perdida y la hallada Avicia parecían esencialmente la misma persona. La externa semejanza entre

ambas (proveniente tal vez del matrimonio de la madre con su primo) dio mayor alimento a su fantasía. Se volvió presuroso, y descubrió de nuevo a la joven entre los transeúntes. Ella prosiguió su camino hacia el muelle, donde, mirando inquisitivamente durante algunos segundos, con el aire de quien no está acostumbrado al lugar, abrió el portalón y desapareció.

Pierston se dirigió también al portalón y entró. Ella había cruzado hacia el desembarcadero, más allá del cual estaba amarrada una embarcación con su cargamento. Al acercarse, la vio conversando con el patrón y una mujer de edad madura, ambos procedentes directamente de la solaría isla, según se deducía por su acento. Pierston no vaciló en darse a conocer como natural de la isla, pues pocos o ninguno de los entonces vivientes estaban enterados de la ruptura del noviazgo entre él y la madre de Avicia, veinte años antes.

La segunda Avicia, actual encarnación de la primera, lo reconoció en seguida, y con el ingenuo candor de su raza y años, explicó la situación, aunque más bien que a ella, le correspondía a él este deber por haberse entrometido.

—Éste es el capitán Kibbs, señor; un pariente lejano de mi padre —dijo Avicia—. Y ésta es la señora Kibbs. Hemos venido de la isla para hacer una excursión, y el miércoles nos volvemos.

—¡Oh! Ya lo veo. ¿Y en dónde paras?

—Aquí mismo, a bordo.

—¡Cómo! ¿Vives en todo y por todo a bordo?

—Sí.

—Señor caballero —interrumpió a este punto la señora Kibbs—. Yo tendría, por mi salud, muchísimo temor de pegar los ojos entre estos kimberlines de por acá durante la noche; y aun de día, si me aventuro por las calles, nunca olvido cuantos rodeos hay a derecha e izquierda para llegar más pronto al barco de Job. ¿No es así, Job?

El patrón asintió con un movimiento de cabeza.

—Están ustedes más seguros en la costa que en el mar —repuso Pierston—, especialmente en el canal, con estos vientos y esos pesados bloques de piedra.

—Verá usted —dijo el capitán Kibbs, después de haberse quitado disimuladamente algo de la boca—; en cuanto a los vientos, no son muy peligrosos aquí, en esta época del año; pero lo que pone en riesgo a embarcaciones como la nuestra son los transatlánticos. Si nos los topáramos en rumbo contrario, nos iríamos a pique, es decir, que partirían la embarcación por la mitad, sin detenerse siquiera a halar el casco, y no quedaría nadie para

contarlo.

Pierston se dirigió a Avicia con deseo de decirle muchas cosas, aunque sin saber qué decir. Por fin balbuceó esta pregunta:

—¿También te vuelves tú por el mismo camino?

—Sí, señor.

—Pues, entonces, ten cuidado durante la navegación.

—¡Oh!, sí.

—Espero volverte a ver pronto y hablar contigo.

—También lo espero yo así, señor.

Pierston no pudo decir nada más, y al poco rato se despidió de ellos, y se fue pensando más que nunca en Avicia.

Al día siguiente se los imaginó navegando río abajo, deteniéndose para tomar lastre, y el miércoles, desplegando velas en mar libre. Aquella noche pensó en la débil embarcación, que estaría bajo la proa de algún colosal transatlántico, incapaz de hacerse ver ni oír, y en Avicia —a quien ya quería inefablemente—, dormida en su pequeño camarote, indefensa entre los mil riesgos de la catástrofe.

En justicia reconocía que esta Avicia, más hermosa de rostro y de formas que su madre, le era inferior en alma y entendimiento. Sin embargo, el fuego que jamás pudo encender en él la primera, ahora llameaba. Sin embargo, temía que su Bien Amada, o más bien la caprichosa divinidad que se ocultaba tras la dama ideal le jugase alguna treta.

Parecía asomar en lontananza una gigantesca burla contra las transmutaciones de su ninfa durante los últimos veinte años. Seguramente que la burla consistía en el abandono de la cumplida y bien relacionada señora Pine-Avon por la jovencita lavandera, merced a la atracción de algún místico imán que nada tenía de común con el raciocinio. Seguramente ésta era la forma de la burla.

Pero hallaba cierta complacencia en no querer saber nada, ni aun sospecharlo, y abandonarse a las circunstancias.

Pensando en cómo se conduciría, Pierston recordó que, según su costumbre, al acercarse el verano, se anunciaba el alquiler del castillo de Sylvania con su mobiliario. Un eremítico soñador como él no necesitaba tan destartado acomodo cual la antedicha residencia le ofrecía; pero todo estribaba en el paraje, y bien podía soportar el gasto de unos cuantos meses de alquiler. Aquella noche escribió una carta al administrador de la finca, y a los pocos días Jocelyn estaba en posesión temporal de una vivienda cuyo interior

no había vuelto a ver desde su niñez, cuando le parecía un palacio condenado sólo a servir de morada a molestos fantasmas.

### **El pasado resplandece en el presente**

Era la tarde en que llegó Pierston al castillo de Sylvania, la típica casa solariega, edificada al borde del peñasco. Había recorrido los aposentos, el jardín y el circundante olmedo, que en aquella isla de desnuda roca daba singular carácter al cercado. Por el nombre, la índole y los accesorios, la finca, encerrada en su cinturón de tapia, era la antítesis de todo cuanto había en sus alrededores. Para encontrar otros árboles entre el banco de guijarros y el Beal era necesario retroceder en el tiempo y excavar hasta una amplia estratificación de las subyacentes capas pétreas, donde yacía fosilizado todo un bosque de coníferas con las capas en la misma dirección, sin duda por haberlas abatido una galerna en el Secundario.

Era noche cerrada, y Pierston procedió a ocuparse en lo que, al fin y al cabo, era el verdadero objeto de su temporal residencia. Las dos criadas que habían quedado cuidando la casa estaban en su cuarto, y Pierston salió sin que nadie le viera. Cruzando una hondonada, en la que pendían las ramas llenas de brotes, llegó a una desierta glorieta, de estilo isabelino, sita junto a la tapia exterior de los terrenos, y por cuya ventana se dominaban las fachadas de las próximas viviendas. Entre ellas estaba la casa de la resucitada Avicia.

Pierston había escogido aquel momento para sus exploraciones porque sabía que los vecinos no se daban prisa en correr las cortinillas a primera hora de la noche. Como él había conjeturado, el interior del aposento de la joven era para él tan visible como la otra vez, iluminado por los rayos de la lámpara encendida.

De cuando en cuando se oía en el aposento un golpe seco de presión. Estaba planchando prendas de lencería o un tapete de franela, pues toda una fila de dichas prendas colgaban de una gualdrapa junto al fuego. El rostro de la joven, pálido en la primera entrevista, estaba ahora acalorado y encendido a causa del esfuerzo y del calor de la estufa. Sin embargo, denotaba perfecta y fría tranquilidad, que comunicaba un aire de Minerva a su perfil. Cuando levantaba los ojos, sus facciones parecían reflejar toda la individualidad que caracterizara a su madre y que en ésta había sido un verdadero índice de su espíritu interior. ¿Era posible que en este caso semejante manifestación fuese ficticia? Pierston había visto muchos ejemplos de persistencia hereditaria sin las cualidades denotadas por los rasgos fisonómicos y maquinalmente temía que también sucediera así en Avicia.

El aposento no tenía tantos muebles como cuando últimamente lo había visto. El doble aparador de rinconera, donde antes se guardaba la loza, había desaparecido, sustituyéndolo un sencillo vasar. Tampoco se veía el alto y viejo reloj de festivo toque, y en su lugar daba las horas otro, barato, de cuadrante blanco. Lo que aquellos cambios pudiesen indicar, entristecía menos su ánimo que excitaba su primitivo impulso o pensamiento de cómo la necesidad en que ella se hallaba podría favorecer la unión de ambos.

Como quiera que había fijado su residencia cerca de ella por una larga temporada, no quiso apresurarse en manifestar bruscamente su presencia entrando en la casa. Cada vez dudaba menos de que la figura de aquella joven, de aquella proteica y soñada criatura, que no había estado en disposición de irradiar la imagen de su madre, hasta que después de la muerte se trocó en mera memoria, su destino era ser la encarnación de la seductora primera Avicia. Pierston se intranquilizaba al reconocerlo así. Algo había de anormal en su inclinación. Al fin y al cabo, sus primeros apasionamientos idealizadores iban acompañados de cierto buen criterio. La Amada raras veces se había encarnado en una personalidad que le raptase el alma a la par que su inteligencia. Tal vez se había operado un cambio.

La mañana del día siguiente fue hermosa. Pierston iba por la solana, en dirección a la puerta, cuando vio entrar a Avicia en su castillo alquilado con un ancho cesto oval de mimbres, cubierto de blanco lienzo, dando la vuelta para llevar la carga a la puerta trasera. Sin duda lavaba para los del castillo. No había pensado en esto. Al sol de la mañana semejaba más bien una sílfide que una lavandera, y él no pudo menos de pensar que la delicadeza de su figura estaba mal adaptada a aquella ocupación, como lo había estado la de su madre.

Pero, con todo, no veía ahora a la lavandera. ¡Frente a ella, en todos sus contornos, brillaba el más real y más interpenetrante ser que él tan bien conocía! La ocupación de la linda sirvienta, transfiguradora de su verdadera y honda personalidad, tenía el mismo valor en la manifestación de su íntima naturaleza que los postes y armazones en un castillo de fuegos artificiales.

Avicia salió de la casa y se encaminó a la suya por un sendero que él no había advertido, y probablemente cambió de rumbo porque le vio allí. Esto no significaba nada, pues su trato había sido hasta entonces muy superficial; y sin embargo, el que ella le hubiese esquivado era una nueva experiencia. No tuvo ocasión de examinarla entonces, observándola de lejos, y así buscó un pretexto para encontrársela frente a frente. Notó algunas faltas en su ropa blanca, y dispuso que fuesen a buscar a la lavandera.

El ama de llaves exclamó en tono de disculpa:

—¡Es tan joven la pobrecita! Desde la muerte de su madre bastante ha de esforzarse para mantenerse a flote, y nosotras la ayudamos en cuanto

podemos. Pero de todas maneras, ya se lo diré, señor.

—Quiero hablarle personalmente. En cuanto vuelva, decídele que la he de ver.

En consecuencia, una mañana, mientras Pierston replicaba a una desapiadada crítica sobre su última obra, le dijeron que la lavandera aguardaba sus órdenes en el vestíbulo. Salió y le dijo severamente:

—En cuanto al lavado, soy muy exigente y no quiero que se me pongan en la ropa polvos de gas.

—No sé de nadie que los use en esta casa —repuso la muchacha en tono reservado y asustadizo, sin mirarle a la cara.

—Está bien. Además, la calandria rompe los botones.

—¡Pero si no tengo calandria, señor! —murmuró Avicia.

—Pues entonces, me alegro. Sin embargo, hay mucho bórax en el almidonado.

—No pongo —repuso Avicia con el mismo tono de reserva—, ni jamás oí ese nombre hasta ahora.

—Mejor que mejor.

A la sazón pensaba Pierston en la joven, o como diría un científico, la Naturaleza estaba forjando sus planes para la nueva progenie bajo la capa de un diálogo sobre ropa blanca. Pierston no podía inquirir el carácter individual de la muchacha, a causa del desconcertante efecto de su parecido con una mujer cuya valía había estimado demasiado tarde. No podía menos de ver en ella todo cuanto conocía de la otra, y ocultar todo lo que desentonase de su concepto sobre la metempsicosis.

La joven no parecía pensar en nada más que en el asunto de la conversación. Había respondido a las preguntas sin tener en cuenta su sexo ni su palmito.

—Yo conocí a tu madre, Avicia —exclamó Pierston—. ¿Recuerdas que ya te lo dije?

—Sí.

—Pues bien; he alquilado esta casa por dos o tres meses, y me podrías ser muy útil. ¿Todavía vives aquí cerca, al otro lado de la tapia?

—Sí, señor —respondió la muchacha reprimiéndose.

Fría y tranquilamente se volvió con ademán de marcharse aquella linda criatura de tan impasibles facciones. A Pierston le parecía algo extraña la

esquivez de aquella forma corporal que tan a fondo conocía, y que en un tiempo mostró tan vivo alborozo en su presencia; que no muy lejos de allí se había precipitado en sus brazos, dándole un beso, desdeñado en su lozanía, pero que revivió en él últimamente como el más carísimo beso de toda su vida. Y ahora aquella estampa de la madre (como la llamaban en el dialecto local), aquella perfecta copia, ¿por qué se alejaba? Pierston la detuvo diciendo:

—Tu madre era una mujer culta y bien educada, ¿no es así?

—Lo era, señor. Todos lo dicen.

—Espero que te parezcas a ella.

La joven meneó jocosamente la cabeza y se volvió con intento de marchar. Pierston la retuvo de nuevo, y le dijo:

—¡Oh! Una palabra más, Avicia. No he traído mucha ropa blanca, y habrías de venir a casa todos los días.

—¡Muy bien, señor!

—¿No te olvidarás de venir?

—¡Oh! No.

Entonces Pierston la dejó marchar. Aunque él era hombre de ciudad y ella una sencilla isleña, lo cierto era que él se había entreabierto como una anémona en el mar, sin influir en lo más mínimo sobre el tranquilo natural de la muchacha. Le parecía monstruoso que fuera tan inaccesible aquella mujercita que había venido a personificar lo más tierno de sus recuerdos. Bien pudiera ser Avicia la pasión disfrazada de indiferencia, porque él era mucho más viejo.

Esta consideración le descubrió la raíz del caso. No era en su alma ni un día más viejo que cuando galanteaba a la madre a la misma edad que ahora tenía la hija. Sus recuerdos seguían el curso de los años, pero sus sentimientos persistían inalterables.

Cuando veía a sus coetáneos con reputación de graves y circunspectos, imperturbablemente positivistas, algo ridículos, maestros pretéritos en el arte de poblar hogares, escuelas y colegios, y presentes adeptos en la ciencia de casar a sus hijas, los envidiaba suponiendo que sentían lo que aparentaban sentir con sus negocios, sus politiquerías, sus gafas y sus pipas.

Habían traspuesto ya las perturbadoras corrientes del apasionamiento, y estaban en las tranquilas aguas de la filosofía de la edad madura. Pero él, su contemporáneo, se veía zarandeado de aquí para allá como un corcho sobre el copete de todas sus quimeras; precisamente lo mismo que cuando tenía la mitad de años. Y ahora, con la pesadumbre doblemente penosa de que cada día

veía más claro que todo es vanidad.

Avicia marchó y no volvió a verla en todo el día. Pero como ya no hallaba pretexto para llamarla de nuevo, era tan inaccesible como si se hubiera encerrado en la ciudadela militar levantada en la cumbre de la colina próxima.

A la caída de la tarde salió de paseo, y se encaminó por el sendero hacia el castillo de Red King, edificado en la pendiente del peñasco, y que en comparación con su antigüedad el de Sylvania resultaba cosa de ayer. En el fondo del foso del castillo yacían enormes pedruscos desprendidos, y algunos de ellos llevaban grabados a cincel nombres e iniciales. Pierston conocía muy bien aquel paraje y el viejo entretenimiento, e indagando a la débil luz de la luna, halló esculpidos un par de nombres que él mismo había trazado en su pubertad. Eran los de AVICIA y JOCELYN: el de Avicia Caro y el suyo propio. Las letras estaban ya casi borrosas por la acción del tiempo y de la salobridad del mar. Pero allí cerca, en letras recién esculpidas, se leía el nombre de ANA AVICIA junto con el de ISAAC. No haría más allá de dos o tres años que estaban grabadas, y probablemente la «Ana Avicia» era la segunda Avicia. Mas ¿quién era Isaac? Sin duda, algún muchacho admirador de ella cuando niña.

Pierston volvió sobre sus huellas y pasó por delante de la casa de los Caro, en dirección a la suya. La revivificada Avicia animaba la mansión, y la luz del aposento iluminaba la ventana. Seguramente ella estaba allí dentro.

Siempre que la joven Avicia iba inesperadamente al castillo, Pierston se estremecía, perdiendo su placidez, no tan sólo por la presencia de la muchacha, sino por una nueva disposición de su ánimo que denotaba algo raramente peligroso. Y, en cambio, si de pronto lo encontraba, ella no traslucía emoción alguna, como en otro tiempo la manifestara su prototipo. Permanecía indiferente y casi sin darse cuenta de su proximidad. Él era para ella tan sólo una estatua. Ella era para él un fuego cada vez más abrasador.

En su pasión, un repentino terror sádico le invadía siempre que sus maduras facultades reflexivas insistían en representarle la tremenda falta de lógica que entrañaba su fatuidad. Esto le causaba sudorosa fatiga. ¿Qué sucedería si al término de su vida estuviese sentenciado a expiar sus extravíos emotivos (en sentido material), quedando preso por fatal fidelidad a una mujer que su entendimiento desestimaba? Una noche soñó que veía confusamente velada tras el joven semblante de Avicia a la mismísima «Entretejedora de Engaños», riéndose a carcajadas con todo su astuto rostro.

Sin embargo, la Bien Amada estaba otra vez viva. La había perdido y la encontraba. Se admiraba del cambio de frente operado en sí mismo. La Bien Amada había llevado la máscara de mujer extraña. Había pertenecido a una o a otra clase social, desde la encumbrada hija de algún eclesiástico o de un par,

hasta una nubiana Almeh con su pañuelo ondulante a los redobles del tambor; pero todas estas encarnaciones estuvieron dotadas de cierta vivacidad, ya en la carne o en el espíritu: algunas con ingenio, pocas con talento y aun con genio. Mas la nueva personificación no tenía evidentemente nada más allá de la belleza del sexo. Ignoraba la manera de manejar juguetonamente un abanico o un pañuelo, y apenas sabía calzarse un guante.

Pero su vida limitada era tan sencilla, que esto influía aún más en él. ¡Pobrecita Avicia! No pasaba de ser la imagen de su madre. Al fin y al cabo, la familia de ella era tan buena como la suya, y el infortunio la había llevado a ese tal extremo. Por extraño que le pareciese, la amaba más precisamente por sus deficiencias. Inefable encanto tenía sobre él su rejuvenecedor poder. Experimentaba la misma emoción que sintiera junto a su predecesora; pero ¡ay!, él estaba veinte años más adelante en el camino de la tumba.

### **Se establece la nueva**

Algunos días después Pierston estaba mirando, a través de una alta ventana trasera, una escondida parte del jardín. Se abrió la puerta, bajo la ventana, y salió brincando una jovencita, que desapareció al dar la vuelta para ir a donde trabajaba el jardinero, y en seguida volvió agitando en cada mano un manojito de verde ramaje. Era Avicia, con su negra cabellera, gentilmente trenzada bajo una gorra. Iba con semblante distraído e indiferente, y el pensamiento a mil leguas de Jocelyn.

No acertaba a comprender cómo, de pronto, la joven había venido a ser una doméstica de su casa, hasta que recordó haber concedido a la servidumbre un día de asueto para que asistiera a una revista de la milicia rural en la población costera de la bahía, con la condición de que dejaran en la casa una sirvienta interina. Evidentemente, habían llamado a Avicia. Con mucho placer notó que la opinión que de las necesidades domésticas del amo tenían las criadas era tan mezquina, que no habían recurrido a ninguna otra sustituta.

El Espíritu, que eso le parecía Avicia, le sirvió el almuerzo en el aposento donde estaba escribiendo, y él contempló cómo desplegaba el servicio. Se acercó ella a la ventana para arreglar una cortinilla que se había descorrido, y pudo observarla a placer, de perfil. No desmerecía de una de las tres diosas de El Juicio de Paris, de Rubens, y en sus contornos era casi la perfección. Pero en pleno rostro, y de frente, aparecía con mayor evidencia la imagen de su madre.

—¿Ordenaste tú todo esto, Avicia? —preguntó excitado.

Ella se volvió, y medio sonriente se limitó a murmurar:

—Sí, señor.

Bien conocía él la disposición de aquella blanca dentadura. En el entretoque de dos de los dientes de arriba había una ligera irregularidad. Ningún extraño la hubiese notado, ni tampoco él si no fuera porque, recordando idéntica señal en la boca de su madre, la había buscado en el mismo sitio. Hasta que la segunda Avicia no hubo revelado en aquel momento la señal de su sonrisa, no había vuelto a contemplarla desde la separación de la primera Avicia, cuando al darle el último beso se sonrió como acababa de sonreírse la copia.

A la mañana siguiente, mientras Pierston se vestía, la oyó, a través del endeble pavimento, enzarzada en conversación con las otras sirvientas. Como por entonces ya era para Pierston la representación de la por tan largo tiempo perseguida, la elegida, no por iniciativa suya, sino por alguna potestad superior, como vehículo de su propia actuación, le atrajo la cadencia de su voz, que de pronto caía en opulento y pícaro cuchicheo, en el que desaparecía la ligera monotonía rural de su relato, y resonaban corazón y alma, o lo que a él le parecían alma y corazón. El encanto estaba en los intervalos, dando a esta palabra su acepción musical. Pronunciaba unas cuantas sílabas en una nota, concluía la frase en una suave modulación de tono más subido, y volvía a bajar la voz hasta su entonación natural. El diagrama de los sonidos de su voz formaba una curva más artística que cualquier línea de belleza de cuantas trazara su lápiz, tan acabada como las curvas de la que fue el «deseo del mundo».

A Pierston no le importaba lo que Avicia decía en la conversación, sólo le interesaban sus propias emociones. Se esforzó especialmente en que al escuchar su voz no pudiese comprender sus palabras. Tenía derecho al tono, no a la pronunciación. Poco a poco llegó a no poder vivir sin escuchar el sonido de aquella voz.

Un domingo, a la caída de la tarde, Pierston vio a Avicia camino de la iglesia. La siguió por la calzada, con la vista fija en el sombrerito, adornado de un manojo de plumas de gallo, que parecía una estrella. Cuando hubo entrado en la iglesia, Pierston observó dónde se acomodaba y se sentó detrás de ella.

Ocupado en el estudio de sus orejas y de su blanca nuca, advirtió de pronto la presencia, en un asiento más adelante de la nave, de una señora cuyo atavío, aunque de negra tela y severísima hechura, era de un corte más propio de Londres que de aquella Última Thule. La curiosidad le hizo olvidar por un momento la presencia de Avicia. La señora volvió un poco la cabeza, y aunque llevaba puesto un velo demasiado áspero para verano, por el aspecto le pareció que era Nicola Pine-Avon.

—¿Qué haría allí la señora Pine-Avon —se preguntaba Pierston—, si en efecto fuese ella?

Al terminar el culto, la atención de Jocelyn estaba de tal modo concentrada en Avicia, que en el crítico momento de la salida de la iglesia se olvidó de la misteriosa señora que había estado sentada delante de ella, y que salió por una puerta lateral. Suponiendo que fuese la señora Pine-Avon, probablemente podría estar de hospedada en uno de los hoteles de la población costeña de la bahía, y haber venido por el banco de guijarros a la isla para dar un paseo vespertino, como hacían muchos. Sin embargo, en ese momento no se veía próxima la explicación, y Pierston no se inquietó en buscarla.

Al salir de la iglesia se encendió el plácido ojazó del faro de la punta Beal, y Pierston apresuró algo el paso en dirección al luminoso foco, para sustraerse de Nicola o su espectro, y del resto de la congregación. A cierta distancia dio la vuelta y se encaminó de prisa hacia su casa, por el camino rodado, en aquella hora solitaria, con intención de alcanzar a la reavivada Avicia. Pero no vio ni rastro de ella, y supuso que le habría tomado mucha delantera. Al llegar a la puerta del castillo de Sylvania, se detuvo un momento y notó que la casita de Avicia aún estaba a oscuras. No había llegado.

Pierston volvió sobre sus pasos sin encontrarla. Las últimas personas que pasaron por el camino fueron un hombre y su esposa, en quienes, aunque no veía, reconoció a un matrimonio por las palabras oídas al hombre, que iba diciendo:

—¡Conque si no estuviésemos casados romperías el trato conmigo!  
¡Bonitas palabras en boca de una esposa!

La observación sonó desagradablemente en los oídos de Pierston, quien retrocedió al punto. La casita de Avicia estaba ya con luz. Ella debió de haber dado la vuelta por el otro camino, y satisfecho al ver que ya se había retirado por aquella noche, abrió la puerta del castillo de Sylvania y también él se recogió.

Hacia el oriente de la finca los peñascales eran escabrosos y la vista de la opuesta costa sumamente pintoresca. Una puertecita daba acceso desde el jardín del castillo a las rocas y costas de este lado. En las afueras de la puertecita había una cisterna de agua limpia, que sin duda abasteció a las gentes del cercano y ya ruinoso castillo de Red-King en los días de su creación. Una soleada mañana estaba Pierston meditabundo en aquel paraje cuando advirtió en la costa a una mujer que tendía ropa blanca sobre los guijarros.

Jocelyn bajó, y como había supuesto, era Avicia, ocupada nuevamente en las tareas de su oficio. Sus torneados brazos, de color de rosa, aunque

delgados, eran lo bastante rollizos para dibujar hoyuelos en el codo, y la brisa marina realzaba su belleza, haciendo revolotear su vestido de morada indiana. Pierston se acercó sin pronunciar palabra. El viento arrebató una manga de camisa del guijarro que la sujetaba, y Pierston se agachó para poner otro guijarro más pesado en su lugar.

—Muchas gracias —dijo ella serenamente, volviendo hacia él los ojos castaños, como si le agradase ver que su ayudante era Pierston.

Al parecer estaba tan ensimismada en sus pensamientos melancólicos que no se había dado cuenta de su presencia hasta entonces.

La joven prosiguió conversando con Pierston en tono de amigable franqueza, sin entusiasmo ni esquivez.

En cuanto al amor, estaba todavía más lejos de su pensamiento que la idea de la muerte.

Avicia se esforzaba inútilmente por tender una sábana, cuando Pierston le dijo:

—Desplégala en el suelo y yo pondré los guijarros.

Consintió ella, y al colocar Pierston un guijarro, su mano tocó la de ella.

Era una mano lozana, larga y delgada, algo húmeda y fría a causa del manejo de la ropa mojada. Al colocar el último guijarro, le pilló los dedos a la joven, y exclamó él:

—¡Lo siento muchísimo! ¡Oh! Te he levantado la piel, Avicia.

Y le tomó los dedos para examinar el daño que le había hecho.

—No, señor, no hay nada de eso —exclamó ella jovialmente, dejando sin la menor objeción que él le retuviese la mano—. Esto me lo hice esta mañana con un alfiler. ¡Usted no me ha hecho ni pizca de daño con el guijarro!

Aunque el vestido de ella era morado, llevaba en cada manga un pequeño brazal de crespón negro; y conociendo él lo que aquel distintivo significaba, se entristeció, preguntándole:

—¿Sigues visitando la tumba de tu madre?

—Sí, señor, algunas veces. Esta noche he de ir a regar las margaritas.

Cuando Avicia hubo terminado sus tareas, se marcharon. Aquella tarde, poco antes del ocaso, Pierston salió del castillo por la puerta del jardín, y se dirigió a casa de Avicia. Las cortinillas estaban todavía descorridas, y la vio cosiendo en el interior. Mientras se detenía para contemplarla, ella se levantó como si se le hubiese olvidado la hora de ir alguna parte y se puso el sombrero. Jocelyn siguió adelante para dar vuelta a la esquina, y ya estaba a

mitad de la calle antes de que notase tras él la delicada figura de la joven.

Pierston se apresuró a pasar delante de los mozalbetes y muchachas que con sus tintineantes perolas sacaban agua de las fuentes laterales, y tomó la dirección de la iglesia. Se había puesto el sol, y el faro irradiaba de nuevo sus reflejos hacia el firmamento, en contraste con la sombría masa de la iglesia, que se alzaba en el fondo. Allí aguardó a que ella le alcanzase.

—¿Querías mucho a tu madre? —dijo Jocelyn.

—Sí, señor; desde luego que la quería mucho —respondió la joven, cuyos andares eran tan ligeros que parecía como si él la hubiera podido llevar en la mano.

Pierston quiso decir: «También yo la amé»; pero no quiso descubrirle sucesos que evidentemente no sospechaba. Avicia quedó pensativa y prosiguió diciendo:

—Mi madre estuvo muy apenada durante algún tiempo, cuando tenía poco más o menos mi misma edad. No me gustaría que me sucediera lo que a ella. Su novio la dejó, el falso, porque no quiso verse con él una noche, y esto la tuvo apesadumbrada casi toda su vida. Si yo hubiese sido ella, no me afligiera por él. Nunca lo nombró; pero me parece que era malvado y cruel. Detesto pensar en él.

Después de estas palabras no podía ir con ella al cementerio, y se marchó solo hacia el sur de la isla. Durante algunas horas se sintió muy desdichado. Sin embargo, no hubiera alcanzado el grado de reconocimiento de que disfrutaba si no se hubiese dejado llevar por la fantasía. En su debilidad como ciudadano e individuo estaba su fortaleza como artista, y, puerilmente, se quejaba de susceptibilidades, no sólo congénitas, sino cultivadas.

Pero bastante caras estaba pagando sus flaquezas. Presentía una terrible venganza. ¿Qué había hecho para que de tal modo se le atormentase? La Bien Amada, después de trasmigrar del cuerpo de Nicola Pine-Avon al fantasma de una muerta a quien él nunca adoró en vida, había asentado su morada en la viviente representación de la muerta, con una tenacidad, que la absoluta indiferencia de esta linda figurita de ojos garzos intensificaba cada vez más.

¿Deseaba realmente casarse con aquel capullo de mujer? Sí, lo deseaba. El deseo se le había despertado últimamente. Verdad era que, según la observaba, le descubría otros defectos, aparte de sus deficiencias sociales. A pesar de tenerlo obcecado, el buen juicio le decía que ella era de temperamento más frío y de carácter más vulgar que la primera Avicia, instruida por lo menos, y de juicio sereno. Pero veinte años señalaban alguna diferencia en los ideales, y las crecientes exigencias de la edad madura, en cuanto a la forma física, están de sobra equilibradas por sus concesiones al contenido espiritual. Se miró al

espejo y se alegró de aquellas deficiencias internas de Avicia, que primeramente le habían impelido a rechazarla.

Extraña diferencia mediaba entre la consideración de su presente devaneo y el amor de sus años juveniles. Ahora podía ser metódicamente insensato, porque sabía que era una insensatez. Entonces se veía impulsado a figurarse que su insensatez era discreción. En los días de la juventud cualquier relámpago de raciocinio sobre las imperfecciones de su Amada se desvanecía recelosa y apresuradamente. Esta penetrante visión no le entibiaba ahora. Conocía que era hijo de una tendencia, y pasivamente se resignaba.

Desde el punto de vista práctico, parecía que, según él había pensado un tiempo, aquella familia Caro, aunque ni en siglos, o tal vez nunca, pudiese producir un carácter individual que supliera exacta e idealmente las imperfecciones del suyo propio, de suerte que entre ambos perfeccionaran el conjunto, era, sin embargo, la única familia de cuantas había conocido o pudiera conocer, que poseía el material para formar dicho carácter. Era como si los Caro hubiesen encontrado la arcilla, pero no el alfarero, mientras que otras familias cuyas hijas podían atraerle habían encontrado el alfarero mas no la arcilla.

### **Frente a su propia alma**

Desde los aposentos y terrenos de su castillo y desde los contiguos acantilados Pierston podía observar todos los movimientos y aspectos de la joven Avicia, que para él era el rejuvenecido Espíritu del Pasado, cuya refulgencia eclipsaba todo sórdido pormenor.

Entre otras cosas, percibió que Avicia denotaba ansiedad cuando llovía. Si después de un día lluvioso aparecía en el firmamento una dorada faja bajo un desgarrón de nubes, se mostraba gozosa y sus pasos eran ligeros.

Esto le confundía, y además notaba que si en esas ocasiones iba él a su encuentro, ella lo rehuía disimulada y sutil, pero inequívocamente. Una tarde que Avicia había salido de su casa y caminaba en dirección a la aldea sita al pie de la colina, tomó el mismo camino resuelto a aguardar su regreso en la carretera que se extiende entre aquel lugar y las Canteras del Este.

Pierston llegó hasta lo alto del viejo camino, donde se formaba una brusca pendiente hacia la aldea, pero la joven no aparecía. Retrocedió entonces, paseando por la carretera hasta volver cerca de su propia casa, y luego giró adelante, y de nuevo volvió atrás, vagabundeando por el desnudo y áspero suelo de la isla. Las estrellas brillaban sobre su cabeza y en torno suyo; la

farola del Beal refulgía en la lejanía, cumpliendo con su deber; el faro flotante parpadeaba en el banco de arena, y más allá, hacia el sudoeste, se alzaba la iglesia, donde yacían los antepasados de la isla.

Anduvo por la agreste cima hasta que, dolorido de piernas y corazón, le pareció oír el zumbido de las piedras de los antiguos honderos y la gritería de los invasores que los aniquilaban, tomando por esposas a sus mujeres e hijas, de cuyos injertados troncos Avicia era la póstuma flor. Pero ella no llegaba. Parecía más que locura esperar, y, sin embargo, no podía menos de esperar. Al fin distinguió el escorzo de un bulto humano, en el que la reconoció más bien por el andar que por la figura.

¡Cuán incomparablemente los inmateriales sueños achican las más grandiosas cosas materiales! Porque allí, entre aquellas tres sublimidades del cielo, la roca y el mar, la diminuta personalidad de la joven lavandera colmaba hasta los bordes su conciencia, y el estupendo escenario inanimado se reducía allí a un rincón.

Pero, de pronto, Pierston notó que la joven que se iba acercando había desaparecido. Miró alrededor. Seguramente se había desvanecido. A un lado del camino se levantaba una pared baja; pero no era posible que la joven se hubiese marchado por detrás sin mucha dificultad y especial maña. Volvió entonces la vista tras sí, y la vio un trecho más adelante del camino.

Jocelyn Pierston se apresuró a seguirla, y Avicia se detuvo al observarlo. Cuando llegó a su lado, estaba ella conteniendo la risa con fingido estremecimiento.

—Vamos a ver, ¿qué significa esto, amable joven? —preguntó Pierston.

Sin poder reprimir su alborozo, la muchacha se volvió de medio lado y respondió:

—Cuando hace dos horas me seguía hacia Street of Wells, yo miré alrededor, le vi y me oculté detrás de una piedra. Usted pasó rozándome la falda sin verme. Y al retroceder a lo largo del camino, volví a verle que andaba esperando por allí, y me deslicé por encima de la pared y corrí para tomarle la delantera. Si yo no me hubiese detenido a mirar al mar, no me hubiese alcanzado jamás.

—¿Y por qué hiciste todo esto, duendecillo?

—Para que no me encontrara.

—Ésa no es razón. Dame otra, querida Avicia —dijo él al volverse, caminando junto a ella hacia la casa.

Avicia titubeó.

—¡Venga! —insistió Pierston.

—Pues porque creí que quería ser mi novio —respondió Avicia.

—¡Vaya qué idea! Y suponiendo que así fuera, ¿no me querrías por novio?

—Ahora no... Y si me lo hubiera dicho antes, no hubiese sido por mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Si se lo dijera, se reiría de mí o se lo contaría a otro.

—¡Nunca!

—Pues entonces se lo diré —respondió ella gravemente—. Es porque me canso de mis galanteadores tan pronto como les descubro el carácter. Lo que vea en un joven durante algún tiempo, pronto desaparece y se transporta a otro de más allá, de quien me prendo; y después lo que admiro se desvanece de él y brota en cualquier otro; y así voy siguiendo sin fijarme jamás en uno. Ya he amado a quince. Sí, a quince. Casi me da vergüenza decirlo —repitió ella riendo—. Le aseguro que no lo puedo remediar. Por supuesto, que, en realidad, es para mí en todos ellos uno mismo a quien no puedo lograr —añadió anhelosamente—. ¿Verdad que no le dirá a nadie esto que me pasa? Porque si se supiera, temo que ningún joven me querría.

Pierston quedó silencioso y sorprendido. Allí estaba aquella oscura y casi analfabeta joven empeñada en la persecución del ideal imposible, lo mismo que él había estado durante los últimos veinte años. Ella obraba del todo involuntariamente, por palmaria necesidad de su temperamento, confundida sin cesar por su propio instinto. De pronto pensó en lo que opinaría de él la joven, y le preguntó con abatido corazón:

—¿Soy yo uno de ellos?

Avicia reflexionó juiciosamente y dijo:

—Lo fue usted durante una semana: cuando le vi por primera vez.

—¿Tan sólo durante una semana?

—Poco más o menos.

—¿Por qué causa el ser de tu fantasía abandonó mi persona y se fue a otra parte?

—Pues aunque al principio me pareció guapo y galante...

—¿Sí?

—Noté poco después que era demasiado viejo.

—Eres una cándida chiquilla.

—¡Pero usted me lo preguntó, señor! —repuso Avicia.

—Cierto, y habiéndome respondido, no quiero molestarte por más tiempo. Así, vete a casa tan a prisa como puedas. Se va haciendo tarde.

Cuando ella estuvo a una distancia en que no podía oírle, se encaminó también a su casa, pensando en que aquella búsqueda de la Bien Amada era como un cuchillo de doble filo. Una cosa era ser el buscador y otra ser el cadáver abandonado por su habitante. Y esto era lo que él había llegado a ser ahora por burla del destino.

Al acercarse a la puerta de su casa Pierston notó olor a tabaco, y distinguió dos personas en la callejuela lateral que conducía más allá de la casa de Avicia. Sin embargo, no entraron en ella, sino que siguieron adelante por el angosto callejón que conducía al castillo de Red-King y al mar. Momentáneamente le pasó por el pensamiento la pesada idea de que pudiese ser Avicia con un vulgar galanteador; pero el tono de débil argumentación con que el hombre hablaba le dio a entender que era el mismo matrimonio a quienes había encontrado en otra ocasión camino de su casa.

Al día siguiente Pierston concedió medio descanso para que la linda Avicia estuviese otra vez en el castillo durante algunas horas y observarla mejor. Mientras ella corría las cortinillas a la puesta del sol, se oyó un particular silbido procedente de los acantilados de allende el jardín. Pierston notó que la joven se ruborizaba ligeramente, aunque siguió en su tarea como si nada hubiese advertido, y sospechó, desde luego, que no sólo había tenido quince admiradores, sino que en ese momento tenía uno más. Sin embargo, podía estar equivocado, estimulado como estaba, por antiguas memorias y presentes ternezas, a esforzarse aún más en hacerla su esposa a pesar de su convencional inadaptabilidad, se propuso esclarecer aquel misterio. Si lograba convencerla (¿y cómo podría una muchacha campesina desperdiciar semejante ocasión?), la pondría en un colegio durante dos o tres años, se casaría con ella, ampliaría los horizontes de su espíritu con algunos viajes, y lo demás correría de su cuenta. En cuanto a la falta de entusiasmo que ella sentía por él, tan opuesto al afecto de su santa madre, no podía esperar nada mejor un hombre veinte años más viejo que su novia, y se contentaría con todo a cambio del placer de adueñarse de una mujer en quien parecía estar condensado, como un aroma, todo el encanto de su juventud y de su temprano hogar.

## Yuxtaposiciones

Era una tarde triste y pesada. Pierston caminaba por el largo pasadizo o estrecho de los Pozos. En las fuentes que por allí fluían a uno y otro lado del camino estaban las muchachas con sus cántaros; y detrás de las casas que formaban el propileo o vestíbulo de la roca, se alzaba el macizo frontal de la isla, culminado de aquella parte por numerosos reductos como una corona mural.

Según nos acercamos al extremo superior del estrecho, parece como si detuviera nuestros pasos y nos cerrara el camino la superficie de la escarpa, casi vertical, que vemos al frente, y que si resbalara aplastaría toda la aldea. Pero, de pronto, notamos que el camino, la antigua carretera romana de la península, da vuelta en ángulo agudo al llegar a la base de la escarpa y asciende en inclinadísima cuesta por la derecha. A la izquierda sube también otro camino en cuesta, de construcción moderna, casi tan escarpado como el primero y perfectamente recto. Es el camino que conduce a los fortines.

Pierston llegó a la bifurcación de la carretera y se detuvo para tomar aliento. Antes de dirigirse por la derecha, que era su propia y pintoresca vía, contempló el camino que por la izquierda conducía a las fortificaciones, y que nada tenía de interesante. Era nuevo, largo, blanco, regular, y se iba estrechando su cono hasta un punto imperceptible como una lección de perspectiva. A la distancia de una cuarta parte, arriba del camino, distinguió a una muchacha que en la margen reposaba con un cesto de ropa blanca, y por la forma de su sombrero y la índole de su carga reconoció que era Avicia, quien no le había visto; y dejando el camino de la derecha, subió lentamente por la cuesta que ella había tomado.

Jocelyn notó que la atención de Avicia estaba concentrada en algo de más arriba, y siguió la dirección de su mirada. Sobre ellos se alzaba la verde-gris montaña de piedra, poblada de hierba, cuya cima estaba explanada por arte militar. La línea del horizonte se veía quebrada de trecho en trecho por garitas semejantes a estaquillas, y cerca de una de ellas un punto rojo se deslizaba hacia atrás y adelante en monótono vaivén, proyectando su silueta en el nublado firmamento.

Entonces coligió Pierston que quien cortejaba a Avicia era un soldado.

Ella volvió la cabeza, le vio y recogió el cesto de ropa para proseguir su marcha ascendente. Tan escarpada era la cuesta, que consumía el aliento el subirla sin impedimenta, y así, el cesto de la ropa le agravaba cruelmente la tarea a Avicia. Pierston le dijo:

—Con esa carga nunca vas a llegar a los fuertes. Dámela.

Pero ella no quiso, y él se detuvo mirando cómo jadeaba cuesta arriba.

En aquel instante le pareció un ser radiante, el epítome del sexo femenino,

«de tan excelsos resplandores revestida» por los rayos de su propio enamoramiento, «que no la contemplaba» como realmente era ni como a veces se la imaginaba.

Pero ¿qué tenía que ver ella con el soldado? Poco a poco ganaba la rígida y matemática cuesta, siempre mirando al soldado de allá arriba, como Pierston la miraba a ella. Distinguió a los centinelas que le salían al encuentro en los diferentes trechos que ella iba subiendo; pero al ver quién era no le impedían el paso, y luego la vio cruzar el puente levadizo sobre el enorme foso que rodeaba el fuerte, pasar por delante de los centinelas, y desaparecer a través de la arcada en el interior. Pierston no podía ver, desde el sitio en donde estaba, al centinela, y le acudió la odiosa idea de que aquel bermejo rival estaría hablando desembarazadamente con la indefensa huérfana de su dulce original Avicia. Acaso, relevado de su función, la acompañaba hacia el interior, llevándole el cesto y ciñéndole con su brazo el delicado cuerpo.

—¿Qué miras ahí de hito en hito, como si estuvieras en éxtasis?

Pierston volvió la cabeza. Allí estaba su antiguo amigo Somers, mirando, sin despegar los labios, al empedernido solterón.

—Yo también podría preguntarte qué diablos haces aquí si no me alegrara tanto de verte.

Somers respondió que había venido a ver qué detenía a su amigo en tan apartado lugar y en aquella época del año, y de paso a proporcionar un poco de aire puro a sus pulmones. Pierston le dio la bienvenida, y ambos se encaminaron al castillo de Sylvania.

El pintor reanudó su conversación, diciendo:

—Según vi, ¿estabas mirando fijamente a una linda lavanderita que llevaba un cesto de ropa?

—Así era en cuanto a ti, pero no en cuanto a mí. Tras la linda muchacha isleña (para las gentes) está a mi vista la Idea, en términos platónicos, la esencia y compendio de cuanto es apetecible en la vida... Yo estoy bajo una maldición, Somers. Sí, estoy bajo una maldición. Bastante desdicha era haber estado siempre persiguiendo a un fantasma que veía en una mujer tras otra, mientras se hallaban a distancia, y que se desvanecía de cerca; pero ahora lo terrible es que el fantasma no se desvanece, sino que persiste en atormentarme, aun cuando me acerque lo bastante para ver lo que es. Esa muchacha me atrae, aunque tenga abiertos los ojos y aunque veo que soy un insensato.

Somers reparó en el aspecto visionario de su amigo, que se intensificaba más y que no decrecía con los años; pero no hizo ninguna otra observación.

Al llegar al castillo, Somers echó una ojeada al paraje; y Pierston,

señalando la linda casita de estilo isabelino, exclamó:

—Vive allí.

—¡Qué sitio tan romántico! Y lo es toda la isla. Aquí un hombre podría amar a un espantajo o a una linterna de las que nacen con los nabos.

—Pero una mujer no podría. El paisaje no las conmueve, por más que ellas lo digan. Esta muchacha es tan veleidosa como...

—Tú lo fuiste en otro tiempo.

—Exacto, desde tu punto de vista. Así me lo ha dicho ella ingenuamente. Y esto me lastima vivamente.

Somers se detuvo como invadido por un súbito pensamiento, y dijo después:

—¡Vaya! Es un extraño cambio de juego. Pero ¿tú querrías realmente casarte con ella, Pierston?

—Mañana mismo. ¿Por qué no había de querer? ¿Qué son fama y nombre y sociedad para mí, descendiente de piratas y contrabandistas, como ella? Además, yo la conozco a fondo hasta su más íntima fibra. Sé de qué perfecto y puro bloque fue modelada, y esto me infunde confianza.

—Pues entonces vencerás.

Aquella tarde, después de comer, sentados en tranquila conversación, se vieron interrumpidos por el prolongado y sordo silbo que provenía de los acantilados próximos. Somers no se dio cuenta, pero Pierston lo notó. Aquel silbido siempre resonaba a la misma hora de la tarde, cuando Avicia estaba de auxiliar en los quehaceres de la casa.

Pierston se disculpó un momento con su amigo y salió al jardín, ya en sombras, oyendo un crujido de pisadas sobre la gravilla, entremezclado con el rumor del mar: unos pasos ligeros como si tuvieran alas. Y poco después se figuró que los labios de algún tosco fulano se posaban en los de ella, cuando él apenas se atrevía a mirarla; tan conmovido estaba por su juvenil belleza.

Como oía voces de gente, entre ellas las de dos que reñían, pues en la isla había gentes groseras lo mismo que finas, Pierston se volvió a la casa. Al día siguiente Somers salió a rondar buscando un paraje a propósito para pintar una marina, y cuando Pierston fue a buscarlo, encontró a Avicia y le dijo gravemente:

—¡De modo que tienes un galán!

Avicia respondió que así era en efecto.

Pierston prosiguió diciendo:

—¿Y tú le amas?

—Me parece que a éste lo podré amar —repuso la joven en un tono significativo, cuyo alcance no llegó a comprender Pierston—. Me dejó hace tiempo; pero ahora hemos hecho las paces.

—Supongo que será un buen joven.

—Es bastante bueno para mí.

—Y que sin duda será guapo.

—Lo bastante guapo para mí.

—Y muy fino y decente.

—Lo bastante fino y decente para mí.

Pierston no logró desconcertarla y la dejó pasar. Al día siguiente era domingo, y habiendo escogido Somers su perspectiva en el otro extremo de la isla, Pierston determinó conocer por la tarde al novio de Avicia. Al ver que ella había salido de su casa, cerrándola, se dirigió hacia los faros del Beal. Al llegar al más cercano, se volvió atrás, viendo en el solitario camino de entre las canteras a un joven evidentemente relacionado con el negocio de cantería, que daba el brazo a la segunda Avicia.

Ella asumió un aire de afectada culpabilidad y se ruborizó bajo la mirada de Pierston. El joven era una de las típicas fisonomías de la isla, cuyas facciones denotaban energía y cautela, y medio las cubría una espesa y rizada barba.

Pierston imaginó que en sus vivos ojos negros se vislumbraba un árido sentimiento de humorismo respecto de la situación.

De ser así, Avicia debía de haber informado a su novio de las pretensiones de Pierston. Aquella muchacha, a quien por consideración a su querida madre, más bien que por sus indudables atractivos, hubiera respetado cual a las niñas de sus ojos, ¿cómo podía juzgarle tan ligeramente?

La mortificación de haberse colocado en tal punto respecto del anticipo, por su primitivo desdén por el tipo, no le dejó ver, de pronto, lo que poco después le impresionó. El joven en cuyo brazo se apoyaba Avicia no era soldado. Así pues, ¿por qué miraba tan extasiadamente al centinela? Difícilmente podía haber transferido tan pronto sus afectos; o concediéndole el beneficio de su propia teoría, el Amado apenas tenía tiempo de trasmigrar de una a otra envoltura en tan breve intervalo. ¿Y cuál de ellos era el que había silbado al oscurecer?

Sin intentar ir en busca de Alfredo Somers, Pierston se dirigió a su casa con el triste pensamiento de que, como si lo hubiese decretado su destino, se le

amortiguaba el deseo de vindicar al original casándose con la copia y ennobleciéndola, pues concedía una permanencia sin precedentes, por lo breve, a su nuevo amor.

En la puerta del jardín que rodeaba el castillo de Sylvania estaba parado un carruaje. Observó que no era uno de los rústicos calesines de la población sita al pie de la colina, sino evidentemente, de la elegante ciudad de la bahía. Extrañado de que el visitante se hubiese apeado a la puerta, dejando fuera el coche, halló en el salón a Nicola Pine-Avon.

A primera vista le pareció hermosa con su elegante traje y graciosos ademanes; pero, después, al observar la palidez y agitación de su rostro, le pareció asimismo patética. Era en aquel momento por completo distinta de la que, sentada en su butaca, con tan exquisita compostura, le había mortificado en su salón de la plaza de Hampshire.

Mientras Pierston le estrechaba la mano, ella dijo en voz baja y tono de excusa, parpadeando lánguidamente:

—¡Qué sorpresa! ¿No? Por supuesto que le sorprende. Pero no he podido remediarlo. Yo sé que le he ofendido en algo, ¿no es verdad? Pero ¿qué pudo ser, para que haya venido usted a meterse en esta apartada roca a vivir con bárbaros en plena temporada londinense?

—Usted no me ha ofendido, querida señora Pine-Avon —respondió Pierston—. ¡Cuánto siento que lo haya supuesto! Sin embargo, por otra parte, me alegro de que semejante suposición me haya proporcionado la dicha de traerla aquí.

—Estoy alojada en Budmouth-Regis.

—Entonces, ¿fue usted la que vi hace poco tiempo en la iglesia?

Nicola se ruborizó un poco, coloreándose su palidez, y suspiró. Las miradas de ambos se encontraron. Por fin ella dijo:

—Bien; no sé por qué no ha de mostrar la virtud de la franqueza. Ya sabe lo que esto significa. Yo fui un tiempo la más fuerte; ahora soy la más débil. Lamento cualquier disgusto que pueda haberle dado en las vicisitudes de nuestro trato, y quisiera reparar los errores pasados para entrar en razón en el futuro.

Era imposible que Jocelyn no sintiera un tierno impulso hacia aquella mujer simpática y al tiempo independiente, que, desde el punto de vista mundano, era para él una excelente pareja, en todo superior, menos en dinero. Le tomó de nuevo la mano y la retuvo entre las suyas durante algún tiempo, pues parecía brotar de ella una débil oleada de gozo.

Pero no; no pudo ir más allá. La muchacha isleña, con su primorosa blusa

dominguera y su sombrero adornado con penacho de plumas de gallo, le ataba como con cables de cuerda de Manila. Soltó la mano de Nicola.

—Mañana me marcho de Budmouth —dijo ella—. Por esto creí que debía venir a visitarle. ¿No sabe usted que estuve aquí los días de Pascua de Pentecostés?

—De veras que no, pues, de lo contrario, hubiese ido a verla.

—No quise escribir. ¡Pero ahora siento no haber escrito!

—También deploro yo que no escribiera, querida señora Pine-Avon.

Pero ella deseaba que la llamase «Nicola».

Al despedirla al pie del carruaje, Pierston le dijo que muy luego regresaría él también a Londres, e inmediatamente iría a visitarla.

En el momento preciso de pronunciar estas palabras pasó Avicia Caro, esta vez sola, sin el novio, rozando casi el carruaje por el lado opuesto. No volvió la cabeza ni miró a la pareja, como si le fueran de todo punto indiferentes.

Pierston se quedó de piedra. La frialdad que respecto a Nicola traía la presencia de la muchacha, espectro, bruja, anzuelo o lo que fuere, llegaba como una condenación. Sabía cuán insensato era, según había dicho. Pero no podía ahogar la pasión idealizadora. Le interesaban más las puntas de los dedos de Avicia que la persona entera de la señora Pine-Avon.

Acaso Nicola se dio cuenta de ello, porque dijo tristemente:

—¡Ahora ya hice cuanto podía! Yo estaba convencida de que la única compensación de mi crueldad para con usted el día en que me visitó sería venir en actitud de súplica.

—¡Eso es muy hermoso y noble por su parte, mi muy querida amiga! —exclamó Pierston con emoción más cortés que entusiasta.

Se dijeron adiós, y ella partió en su carruaje. Pero Pierston sólo veía a la esquiva Avicia, y comprendía que irremediablemente estaba en sus manos.

La iglesia de la isla se alzaba cerca de los cimientos del templo pagano, y una cristiana emanación de aquélla le estaba torturando acaso por medio de los falsos dioses a quienes se había consagrado en su arte, como Demetrio de Éfeso, y también en su corazón. Tal vez había llegado el castigo divino a sus idolatrías.

**Todavía no se desvanece**

Pierston no había andado mucho trecho hacia el castillo, cuando le alcanzó Somers con el faquín que le llevaba los trebejos de pintar. Se encaminaron lentamente hacia la puerta; el faquín depositó los trebejos, y los dos amigos se pasearon un poco, arriba y abajo, antes de entrar.

—He encontrado, allá en el camino, a una mujer extraordinariamente atractiva —dijo el pintor.

—¡Ah! Es ella. Un espectro, una sílfide. La misma Psiquis.

—He quedado sorprendido al verla.

—Eso demuestra cuánta hermosura puede haber bajo las más rústicas apariencias.

—Es verdad; aunque no siempre. Este caso no es prueba de ello, porque el atavío de la señora era de última moda y exquisito gusto.

—¡Oh! ¿Tú te refieres a la señora que iba en coche?

—Naturalmente. Qué, ¿creías que te hablaba de la linda cortijerita que vive ahí fuera? También la encontré; pero ¿qué vale? Sería buena para servir de modelo, pero difícilmente para compañera de hogar. Aquella señora...

—Es la señora Pine-Avon. Una amable y arrogante mujer, capaz de lo que otras sin orgullo no se avendrían ni siquiera a pensar. Mañana se va de Budmouth, y ha venido a visitarme. ¿Sabes cómo iban las cosas entre los dos hace algún tiempo? Pero yo no soy a propósito para ninguna mujer. Ha sido más generosa conmigo que yo con ella. No me cabe duda de que, al fin y a la postre, se casará con algún canalla indigno de ella.

—¿Lo crees así? —murmuró Somers.

Y al cabo de un rato exclamó súbitamente:

—Me casaría con ella si me quisiera. Me gusta su aspecto.

—Yo desearía que te casaras, Alfredo, o, mejor dicho, que pudieras casarte con ella. Desde hace mucho tiempo tiene la idea de abandonar el mundo de la moda y acogerse al del arte. Es mujer de personalidad propia y fervorosos impulsos. Estoy verdaderamente preocupado por ella. No quiero decir que lo logres, porque sería ignominioso para mí el decirlo. Pero inténtalo. Yo puedo poneros en relación fácilmente.

—Me casaría con ella si ella quisiera.

Y con su peculiar dogmatismo flemático añadió Somers:

—Cuando te decidas a casarte, cástate con la primera mujer bonita que encuentres. Todas son lo mismo.

—Bien; todavía no la conoces —replicó Jocelyn, que prodigaba los elogios a quien no podía prodigar amor.

—Pero tú la conoces y la apreciaré según la eficacia de tu juicio. ¿Es de veras hermosa? Yo no la he visto más que al pasar. Pero supongo que lo ha de ser, pues, de lo contrario, no se hubiese fijado en ella tu experta mirada.

—Puedes creerme bajo palabra. Es tan bien parecida de lejos como de cerca.

—¿De qué color tiene los ojos?

—¿Los ojos? No doy importancia al color, pues, profesionalmente, he jurado fidelidad a la forma. Pero déjame que recuerde. Los tiene pardos. Y el cabello castaño, más bien claro que oscuro.

—Yo necesitaba algo más oscuro —repuso Somers jocosamente—. Hay modelos muy hermosos entre las inglesas castizas. Bien, bien; esto es hablar por hablar. Pero me gusta su aspecto.

Somers había regresado a Londres. El día estaba lluvioso en la pequeña península, y, sin embargo, Pierston llegó hasta la glorieta del jardín de su castillo y se sentó a fumar. La casita del jardinero se alzaba junto a la tapia limítrofe de la finca, por lo que de cuando en cuando su oído podía percibir el timbre de la voz de Avicia, que estaba a la puerta de su casita, en la callejuela lindante con la tapia del castillo. Notó que la voz carecía de modulaciones. Él sabía bien a qué atribuirlo. Ella deseaba salir y no podía. Ya antes había observado que cuando Avicia trataba de salir a la calle, tenía su voz, durante las horas precedentes a la salida, un tono particular, como de arrullo de paloma, resultante, sin duda, de la influencia en su voz de los pensamientos de su galán o de sus galanes. Sin embargo, podía no ser esto último. Era pura y de sencillo corazón. Bastaba mirarla para notarlo. ¿A qué entonces aquellos dos hombres? Probablemente el cantero era un pariente.

Esto parecía razonable, porque al salir a la callejuela Pierston se encontró con un casaca-roja, en quien, precisamente, estaba pensando. Rara vez se veían soldados en aquella parte de la isla, pues cuando iban de paseo su sitio acostumbrado era la dirección opuesta, y aquel hombre debía de haber tenido un motivo especial para venirse por acá. Pierston lo vigiló. Era carirredondo y de aspecto algo humorístico, pues sus bigotillos parecían un par de peces rampantes, de los que, por su diversidad de colores, se llamaban «varios», y los ojos eran pequeños y negros. En la cabeza se le encasquetaba la gorra escocesa. Era odiosa la idea de que los labios de aquel hombre grosero, que jamás se había distinguido en una sola batalla, ni aun contra indefensos salvajes, besaran las lozanas mejillas de Avicia.

El soldado llegó hasta la casa de Avicia, miró a la puerta y siguió andando

por el tortuoso camino que conducía a los acantilados, donde había un sendero hasta los fuertes. Pero no tomó este sendero, sino que se volvió por donde viniera, denotando con ello su deseo de pasar otra vez por delante de casa de Avicia, la cual no hizo seña alguna, con lo que el soldado desapareció.

Pierston no tenía la seguridad de que la joven estuviese en casa, y, en consecuencia, atravesó la callejuela y golpeó suavemente la puerta, que estaba de par en par.

No salió nadie; pero al oír un ligero ruido en el interior, cruzó el umbral. Avicia estaba sola, sentada en un taburete bajo, en un oscuro rincón, como si quisiera esconderse a las miradas de algún transeúnte casual. Miró a Pierston sin emoción ni aparente sorpresa pero él vio que estaba llorando. Pierston se conmovió profundísimamente al ver por vez primera la angustia de la desamparada joven con quien se sentía ligado por lazos de extraordinaria delicadeza y ternura. Entró sin ceremonia.

—¡Avicia! ¡Mi querida niña! —dijo Pierston—. ¡Por algo lloras!

Ella le dirigió una mirada de asentimiento, y él prosiguió diciendo:

—¡Vamos! Dímelo todo. Acaso pueda ayudarte. ¡Vaya, dímelo!

—No puedo —murmuró Avicia—. Grammer Stockwool está arriba, y lo oiría.

Grammer Stockwool era la anciana mujer que se había ido a vivir con la joven desde la muerte de su madre, para acompañarla.

—Pues, entonces, ven a mi jardín, que está enfrente, y allí nadie nos molestará.

Avicia se levantó, se puso el sombrero y acompañó a Pierston hasta la puerta, donde le preguntó si la callejuela estaba desierta, y como él le asegurara que sí, la atravesó, y entró con él en el jardín del castillo por la puerta de la tapia.

El paraje era umbrío y apartado, aunque a través del ramaje se veía el mar enteramente cercano y se escuchaba claramente su rumor. De los árboles se desprendían aquí y allá algunas gotas de agua; pero la lluvia no era bastante copiosa para mojarlos.

—Ahora déjame oírte —dijo Pierston dulcemente—. Puedes contármelo todo con absoluta libertad. Ya sabes que fui amigo de tu madre; esto es, que la conocí, y que seré también amigo tuyo.

La afirmación era arriesgada si Pierston no quería que Avicia sospechara que él era el falso a quien se refirió su madre. Pero la presente Avicia ignoraba el nombre del galán.

—Se lo contaré, señor —repuso ella de mala gana—, con la condición de que sólo será lo que se relaciona conmigo. Lo demás es secreto ajeno.

—Lo siento —dijo él.

—Me veo inclinada hacia una persona en quien no debo pensar, y esto amenaza una desgracia. Debo marcharme.

—¿De la isla?

—Sí.

Pierston reflexionó. Desde hacía algún tiempo se deseaba su presencia en Londres; y sin embargo él había diferido el regreso a causa de sus nuevos intereses en la isla. Pero el llevarse consigo a Avicia le depararía la ocasión de velar por ella y explayar y desenvolver su inteligencia, al paso que la apartaría de algún nascente peligro. Para él, hombre soltero y solo, aquélla era una cura algo espinosa; pero, no obstante, esperaba salir airoso. Resueltamente, Pierston le preguntó si, en efecto, le gustaría ausentarse de la isla por una temporada.

—Preferiría quedarme aquí —respondió Avicia—. Sin embargo, no me importaría ir a cualquier parte, porque creo que debo ir.

—¿Te gustaría Londres?

El rostro de Avicia se serenó, y exclamó:

—¿Cómo puede ser eso?

—He pensado que podrías venir a mi casa y serme útil en algo. Precisamente, tengo alquilada ahora una de esas nuevas habitaciones a que llaman pisos, de las cuales habrás oído hablar. En la parte de atrás está mi estudio.

—No he oído hablar de esas habitaciones —respondió ella en tono indiferente.

—Pues bien, tengo allí dos criadas, y como mi ayudante está de vacaciones o con licencias, tú podrías auxiliarlas durante uno o dos meses.

—¿Habría que limpiar muebles? Yo podría hacerlo.

—No tengo muchos muebles que lo necesiten. Pero podrás desleír yeso y arcilla en las cazoletas del estudio, y pedacitos de piedra, ayudándome a modelar y desempolvar mis fracasadas Venus, y manos, cabezas, pies, huesos y otros objetos.

Avicia estaba sobrecogida y, sin embargo, interesada por la novedad de la proposición. Al fin dijo:

—¿Sólo por una temporada?

—Sólo por una temporada. Tan larga o tan corta como quieras.

La manera reflexiva con que, pasada la primera sorpresa, discutía Avicia las proposiciones que él estipulaba, podían haberle dado a entender cuán lejos estaban de agitar el pecho de la joven otros sentimientos hacia él que el de la amistad y tal vez el de la gratitud. Sin embargo, no era nada exorbitante la diferencia de edad entre ambos, y él esperaba ganar su corazón tras adaptarla a sus inclinaciones. Ella no quiso referir el motivo de sus lágrimas.

Desde luego que Avicia no tenía que hacer muchos preparativos de marcha; pero aún fueron menos de los que de ella cabía esperar. Parecía ansiosa de marchar inmediatamente, y ni un alma iba a enterarse de su partida.

Pierston no acertaba a comprender por qué, si estaba enamorada y en un principio rechazaba salir de la isla, había de irse ahora con tanta precipitación.

Pero tuvo mucho cuidado de no comprometer en modo alguno a una joven por quien su interés era tan protector como apasionado. En consecuencia, dejó que saliera sola de la isla, esperándola en una estación de la línea férrea pocas millas más arriba, en donde, dándose a conocer desde la ventanilla del vagón, ella subió al compartimiento contiguo. El semblante de Pierston estaba encendido de rubor, que era casi júbilo, al tener por primera vez a su cuidado a la que heredó la carne y llevaba el nombre tan tempranamente asociado con el suyo, y al vislumbrar la perspectiva de dar un giro placentero a lo que se había desenvuelto tan siniestramente durante tantos años.

### **Persiste la imagen**

Ya oscurecía cuando el coche en que Pierston traía a Avicia desde la estación se detuvo a la entrada de la casa, donde tenía alquilado su piso, casas que en Londres entonces eran mucho más raras en concepto de viviendas que ahora. Dejando que se apeara Avicia y recogiese el equipaje, que tomó el portero, Pierston subió la escalera, notando con sorpresa que el piso estaba silencioso; y al abrir la puerta con el llavín y entrar, halló todos los aposentos a oscuras. Bajó al zaguán, donde Avicia estaba sola, junto al equipaje, porque el portero había salido a hablar con el cochero.

—¿Sabe usted qué ha sido de mis criadas? —preguntóle Jocelyn al portero.

—¡Cómo! ¿Pues no están aquí, señor? ¡Ah!, entonces resultan ciertas mis sospechas. ¿No se dejaría la bodega abierta por olvido?

Pierston reflexionó. Pensaba que bien podía haber dejado la llave a la

criada más vieja, a quien creía merecedora de confianza, especialmente no estando la bodega muy bien provista.

El portero repuso:

—¡Ah!, pues, entonces, ha sido eso. Esta última semana andaba ella con muchas extravagancias. Continuamente me daban recados por el tubo acústico, mandándome sin ton ni son esto y lo otro, hasta que, por fin, me determiné a no hacerles caso alguno. Anoche las vi salir a las dos, y acaso se fueran a tomarse un asueto, no esperándole a usted, o tal vez se hayan ido para siempre. Seguramente, si me lo hubiese escrito, yo hubiera tenido el piso preparado, aunque no es mi deber, en atención a que está sin ayudante.

De regreso en el piso, Pierston vio abierta la bodega, con cascos de botellas que habían estado llenas; otras habían sido sustraídas. Sin embargo, en la casa no echó de menos nada más. La carta dirigida al ama de llaves estaba en el buzón, tal como el cartero la había depositado.

Por entonces ya estaba puesto el equipaje en el ascensor; y Avicia, semejante a otro equipaje mucho más valioso, permanecía en la puerta, detrás de ella el portero, que le brindaba su ayuda.

—Ven acá, Avicia —dijo el escultor—. ¿Qué haremos ahora? ¡Bonita situación!

Avicia nada pudo insinuar, hasta que se le ocurrió la luminosa idea de encender fuego.

—¿Encender fuego? ¡Ah! Sí. Raro sería que lo lográramos. Esto es una extraña y desgraciada coincidencia —murmuró Pierston—. ¡Muy bien! Enciende fuego.

—¿Es ésta la cocina, señor, aquí, junto al recibidor?

—Sí.

—Entonces me parece que, de momento, podemos hacer aquí mismo todo cuanto necesitamos, sea como sea, hasta que encuentre sirvientas. Al menos encendería fuego si supiera dónde está la carbonera. No es el piso tan grande como yo creía.

—¡Ya está bien! ¡Ten ánimo! —dijo Pierston sonriendo tiernamente—. Comeré fuera de casa esta tarde, dejándote en libertad para que te arregles a tu gusto, con ayuda de la mujer del portero.

Así lo hizo, y de esta suerte comenzó su vida en común con Avicia. Cada vez más firmemente convencido de que algún peligro la amenazaba en su isla natal, determinó retenerla en Londres hasta que el galán o galanes que parecían perturbarla enfriaran sus ardores. Pierston quería asumir

completamente el riesgo de su determinación en su solícito miramiento por ella.

Estaban los dos verdaderamente en soledad; porque aunque Pierston y Avicia eran los dos únicos habitantes del piso, no vivían en mutua compañía, pues tan escrupuloso era su temor de acercarse a ella, ahora que se le deparaba ocasión, como presuroso había sido en buscarla cuando no tenía ninguna. Vivían en silencio, y Pierston se comunicaba con ella por medio de notas escritas en pedacitos de papel, que colocaba donde Avicia pudiese verlos. No sin pena Pierston notaba la impasibilidad de Avicia respecto al aislamiento en que ambos estaban, y del cual ella se hubiera dado buena cuenta si experimentase los mismos sentimientos.

Considerando que, aunque no muy inteligente, tampoco era una mujer vulgar, en el sentido que se suele dar a esta palabra, a Pierston le exasperaba la índole de sus respuestas a las amistosas observaciones que, a pesar suyo, se le escapaban, así como la reserva de su conducta.

Siempre que con algún pretexto sobre pormenores culinarios Pierston cruzaba el trecho del pasillo que separaba su habitación de la cocina, y le dirigía la palabra a Avicia desde la puerta, ella contestaba: «Sí, señor», o «No, señor», sin apartar la vista de la tarea en que estaba ocupada.

En circunstancias ordinarias Pierston hubiera podido obtener inmediatamente dos buenas criadas; pero se contentó con una, o más bien con menos de una, con aquella muchacha campesina. Había tenido la costumbre, casi invariable, de comer en cualquiera de los círculos de que era socio; pero ahora se quedaba en casa, satisfecho con la mísera tajada de carne, a la que se limitaba, por temor de que Avicia se quejase del mucho trabajo para una sola persona y quisiera volverse a la isla. Cada dos o tres días venía una asistenta para las faenas domésticas, que comía como una loba y empinaba el codo de lo lindo; pero Pierston no temía por esto su presencia, sino porque, hablando con Avicia, no le abriera los ojos respecto a lo equívoco de su situación. Avicia pudo ver por sí misma que Pierston había tenido anteriormente dos criadas en el piso; pero no pareció interesarse por los motivos que ahora tenía para prescindir de ellas.

La intención de Pierston había sido tener a Avicia exclusivamente ocupada en el taller de escultura; pero las circunstancias alteraron su intento. Sin embargo, una mañana le dijo que diese una vuelta por allí; al entrar él, poco después, la encontró sacudiendo las capas de polvo de las piezas fundidas y de los moldes.

Avicia no cesaba de admirar el color de aquel polvo, y decía:

—Parece como si las hubiese manoseado un carbonero de Budmouth, y las

hermosas caras de estas figuras de arcilla están completamente estropeadas por el polvo.

—Supongo que algún día te casarás, Avicia —observó Pierston mirándola pensativamente.

—Unas se casan y otras no —respondió ella, con recatada sonrisa, sin apartar la vista de las estatuas.

—Parece que no te preocupas —dijo Pierston.

Avicia acogió jocosamente esta observación sin pronunciar palabra. Era mortificante su conducta frente a la cariñosa inclinación que sentía él hacia ella, especialmente cuando miraba el encanto de sus flexibles contornos, la bien trazada y suavemente delineada nariz, la redonda barbilla con una segunda y brusca transición en su curvatura hacia la garganta, y la línea de las pestañas sobre las rosadas mejillas cuando miraba con intencionado ceño. Inútilmente se había esforzado en expresar en arcilla la tónica de aquel rostro, y aunque materialmente lo dominaba, no obstante, había perdido algo esencial.

Aquella tarde, al oscurecer, Pierston tuvo necesidad de escribir algunas cartas, y mandó a la joven a comprar sellos. Hacía un cuarto de hora que estaba fuera, cuando, suspendiendo de pronto la escritura, se le ocurrió que se le había olvidado que Avicia ignoraba en absoluto la topografía de Londres.

La Administración principal de Correos, adonde la había mandado, por ser ya tarde, estaba dos o tres calles más allá, y él le dio el encargo sin advertencia alguna, y ella había accedido con bastante complacencia. ¿Cómo pudo incurrir en semejante ligereza?

Pierston se asomó a la ventana que, por estar Avicia ausente, tenía aún las cortinas descorridas. Abrió los postigos salió al balcón. La verde pantalla de la lámpara resguardaba sus rayos de la oscuridad exterior. En la plaza opuesta brillaba la luna, y a la derecha se extendía una larga calle, escasamente alumbrada con lámparas, algunas sencillas, otras en grupo y, entre ellas, alguna azul o roja. De una esquina llegaban las notas de un piano de manubrio, que tocaba una ruidosa marcha de Rossini. Las fantásticas y confusas figuras de los transeúntes se deslizaban arriba y abajo de las aceras, o cruzaban el asfaltado arroyo. Sobre los tejados se extendía una capa de lívida niebla, y más arriba, un cielo azul verdoso, en que se veían las estrellas, aunque por el horizonte se vislumbraba aún la pálida claridad crepuscular, contra la cual se destacaban las chimeneas en forma de codos, púas y puños.

De aquel escenario surgía un hondo y sordo rumor, de muchas millas de extensión, sobre el cual cabalgaban, como burbujas en un mar, ruidos y estrépitos, voces individuales, el silbido de un pito de estaño y el ladrido de un perro. Aquel complejo rumor le sugirió la idea de que en su enorme masa

nadie necesitaba descanso.

En aquel ilimitado océano de humanidad había una existencia personal, la de su Avicia, que vagaba al azar, perdida y sola.

Pierston miró el reloj. Hacía ya media hora que había salido. Era imposible distinguirla a distancia, aunque se fuese acercando. Jocelyn se volvió a la casa y, poniéndose el sombrero, resolvió ir en su busca. Llegó hasta el extremo de la calle, y no vio ni rastro de Avicia. Podía haberse dirigido desde allí por dos o tres distintas rutas a la Administración de Correos; pero Pierston tomó a la ventura una de ellas hasta llegar a la Administración, que encontró completamente desierta. Casi enloquecido de ansiedad por ella, retrocedió tan rápidamente como había venido, para volver a su casa y encontrarse que aún no había regresado Avicia.

Pierston recordó haberle dicho que, en caso de extraviarse por el camino, tomara un coche de alquiler que la conduciría a casa, y creyó que así lo haría en aquella ocasión. Nuevamente se asomó al balcón. Por la aristocrática calle en donde estaba situada la casa no transitaba casi nadie, y las lámparas del alumbrado parecían centinelas apostados en espera de una tardía procesión. Bajo su mirada, allí donde daba vuelta la calle, había una lámpara roja, y en la esquina estaban hablando dos hombres con reposada tranquilidad, como si tomaran el sol a mediodía. Parejas de amantes de índole felina, de las que nunca se ven a la luz del día, retozaban y se empujaban recíprocamente por los portales de las casas.

Pierston concentró su atención en los coches que pasaban, y retenía el aliento cuando las huecas pisadas de los cascos de los caballos se acercaban al frente de la casa; pero todos seguían en dirección a la plaza. Los dos faroles de cada coche lejano se ampliaban al acercarse, y parecía como si se desviasen hacia él. ¿Seguramente sería Avicia? No, el coche pasaba de largo.

Casi frenético, salió de nuevo de su casa, encaminándose a un punto más céntrico de la ciudad, donde todavía continuaba el estruendo urbano. Antes de sumirse en el ruidoso tráfago, creyó ver una delicada jovencita que por la acera opuesta marchaba despacio, y, apresurándose a cruzar el arroyo, vio que era ella.

### **Se interpone una barrera entre ambos**

—¡Oh, Avicia! —exclamó Pierston en tono de tierna reconvención maternal—. ¿Qué has hecho para alarmarme de esta manera?

Ella se mostró como si nada hubiese hecho de particular, totalmente

sorprendida de la ansiedad que denotaba. Ya tranquilo, Pierston no dijo nada más hasta preguntarle de pronto si quería apoyarse en su brazo, puesto que debería estar fatigada.

—¡Oh! No, señor —le aseguró ella—. No estoy ni pizca cansada, y no necesito ayuda en modo alguno. Se lo agradezco.

Subieron la escalera sin valerse del ascensor, y Pierston abrió la puerta del piso con el llavín. Ella se metió en la cocina, y él prosiguió hasta sentarse por allí en una silla.

—¿Adónde has ido? —preguntó Pierston con aire de enojo—. No debiste estar fuera más de diez minutos.

—Pues como no tenía nada que hacer, pensé que me gustaría ver algo de Londres —respondió ella ingenuamente—. Así es que, después de comprar los sellos, me fui a las calles principales, por donde anda la gente como si fuera de día. Era lo mismo que al volver a casa por la noche en Street of Wells, después de la feria de San Martín; sólo que la gente es más fina.

—¡Ay! Avicia, Avicia; no debes salir de esta manera. ¿No sabes que soy responsable de tu seguridad? Yo soy tu... ¡bien!, tu guardián, y me ligan la ley y la moral, y no sé qué más, para devolverte a tu isla natal sin la más leve tacha. Y, sin embargo, ¡te has dejado llevar por un capricho y has salido de noche!

—Pero, señor, tengo la seguridad de que las gentes son más respetuosas en la calle que en cualquier casa. Iban vestidas a la última moda, y se hubieran envilecido si me hiciesen algún daño; y en cuanto a los requiebros, nunca hasta ahora vi nada más cortés.

—Bien; no debes hacerlo otra vez. Ya te diré algún día por qué. ¿Qué tienes en la mano?

—Una ratonera. Hay muchos ratones en esta cocina, sucios de hollín, no limpios, como los nuestros, y pensé que bien podría tratar de cogerlos. Así, me alargué a comprar la ratonera, porque por aquí ya no había ninguna tienda abierta. Ahora la armaré.

Procedió Avicia a hacerlo así, y Pierston permaneció en su asiento presenciando la operación, que parecía absorberlo por entero. En verdad, era extraordinario observar cuán tercamente limitaba sus ambiciones; con qué contento recibía las cosas vulgares que la vida le brindaba, y con cuánta persistencia se resistía o rehuía considerar que por medio de él se le abriría una vida infinitamente más amplia y dilatada. Si ella pronunciase tan sólo una palabra, obtendría él al punto la licencia para casarse a la mañana siguiente. ¿Era posible que no percibiese su intención? Seguramente no era mujer capaz

de no advertirlo; y, sin embargo, era, en efecto, toda una mujer por su conducta frívola, insustancial y displicente.

—Con esta ratonera sólo se puede coger un ratón —dijo Pierston con aire distraído.

—Pero por la noche oiré cómo cae, y la armaré de nuevo.

Él suspiró, dejando que Avicia se las compusiera a su gusto, y se retiró a descansar, aunque no tenía sueño. A altas horas de la noche, acaso por haber dejado abierta alguna puerta intermedia, oyó el disparo de la ratonera. Otra persona de sueño ligero debió de oírlo también, porque casi inmediatamente después resonaron en el pasillo contiguo a la cocina sordos pasos de pies descalzos y el roce de ropas femeninas. Pasado bastante rato para volver a armar la ratonera, le sorprendió un grito procedente de la cocina.

Pierston saltó de la cama, y, envolviéndose en la bata, se precipitó hacia donde había oído el chillido.

Avicia, descalza y envuelta en una manteleta, estaba subida a una silla; la ratonera, por el suelo, y el ratón correteando a su alrededor.

—Quería sacarlo de la ratonera —exclamó ella nerviosamente— y se me ha escapado.

Pierston cogió al ratón, mientras ella permanecía de pie sobre la silla, y después de montar nuevamente la ratonera, dio rienda suelta a sus sentimientos, diciendo sin rebozo:

—¡Que una joven como tú se entregue a un tipo tan vulgar como un cantero! ¿Por qué?

Estaba Avicia tan absorta en su tarea, que de momento no se dio cuenta de la impertinente pregunta, y después dijo tranquilamente:

—Porque soy una loca.

—¡Qué dices! ¿No le amas? —exclamó Jocelyn, mirándola sorprendido, pues parecía entonces la misma Avicia que le había besado veinte años antes.

—No hay necesidad de hablar de esto —respondió ella.

—Entonces, ¿es el militar?

—Sí, aunque nunca he hablado con él.

—¿Nunca has hablado con el militar?

—Nunca.

—¿Te ha maltratado alguno de los dos? ¿Te ha engañado?

—No. Seguramente, no.

—Bueno; te juro que no te comprendo. Sólo deseo saber lo que tú quieras decirme. Ven acá, Avicia, ¿por qué no me lo cuentas todo tal como es?

—Ahora no, señor —respondió ella mirándole con su linda faz sonrosada y sus ojos garzos, como si le suplicara desde su pedestal, que así parecía la silla en que estaba encaramada—. Mañana se lo contaré todo. De veras.

Pierston se retiró a su aposento y se acostó meditabundo. Al cabo de un cuarto de hora de haberse recogido ella en el suyo, cliqueteó de nuevo la ratonera, y Pierston se incorporó, apoyándose en el codo, para escuchar. Tan silenciosa estaba la casa y tan delgados eran los plafones de las mamparas, que oyó los saltos del ratón por entre los alambres de la ratonera. Pero esta vez no oyó pisadas. Como estaba desvelado e inquieto, se volvió a levantar y se encaminó a la cocina con una luz. Sacó al ratón y montó de nuevo la ratonera. Al regresar a su aposento se detuvo a escuchar otra vez, y vio de lejos la puerta del aposento de Avicia; pero la muchacha no había oído la captura del segundo ratón. Del aposento surgía un suave respiro, como el de un niño.

Pierston volvió a su cuarto, y se acostó bastante melancólico. El despego de Avicia, el aspecto de la desierta cocina con la hornilla apagada, le conmovieron con un sentimiento de soledad mucho más profundo del que hasta entonces experimentara.

Verdaderamente, era una locura apasionarse por aquella joven.

Su desamparo y la ausencia de todo pensamiento que significase un peligro en la propincuidad de ambos, eran, en realidad, poderosa salvaguarda contra los riesgos en que él podía verse respecto de ella, pero no más eficaz que la de ser imagen de su madre, contra los riesgos de ella respecto de él. Sin embargo, no provenía de esto su abatimiento.

Cuando la vio a la mañana siguiente, Pierston comprendió que debía acabar con aquella situación. Mandó a Avicia al estudio, escribió a una agencia en demanda de dos criadas, y después se puso a trabajar. Avicia cumplía perfectamente con todo lo que se le mandaba. Su mayor deleite era estar atareada entre los moldes y piezas fundidas, que por vez primera contempló con el atento interés de un alma que se esforzaba en recibir ideas de belleza muy vagamente discernidas. Aquella vivacidad mental de su madre, que la segunda Avicia podía haber heredado con el rostro y figura maternos, estaba amortiguada en ella por el contacto con la vulgaridad de su padre; y quien como Pierston recordase el principio de su asociación, podía ver con frecuencia la lucha interna de los contrarios.

Estaban los dos solos en el estudio, y Pierston no fue capaz de reprimir sus sentimientos. Rodeándole el cuello con sus brazos exclamó:

—¡Mi predilecta y dulce niña Avicia! Deseo preguntarte algo... ¿Te figuras seguramente lo que es? Deseo saber esto: ¿Quieres casarte conmigo y vivir aquí por siempre conmigo?

—¡Oh!, señor Pierston. ¡Qué disparate!

—¿Disparate? —repuso él algo cortado.

—Sí, señor.

—Pero ¿por qué? ¿Soy demasiado viejo? Seguramente no es mucha la diferencia de edad.

—¡Oh!, no. Eso no me importaría si hubiera de casarme. La diferencia no es mucha para marido y mujer, aunque bien pudiera serlo para vivir en compañía.

Avicia pugnaba por desasirse de los brazos de Pierston, y cuando en su esfuerzo echó por tierra la cabeza de la emperatriz Faustina, no trató él de retenerla, porque notó que no sólo estaba sorprendida, sino también alarmada.

—No me has dicho por qué es un disparate —observó Pierston acremente.

—Porque yo no sabía que pensase usted en mí de esa manera. Yo no me lo figuraba siquiera. ¡Y estoy aquí sola! ¿Qué haré?

—¡Di que sí, mí hermosa Avicia! Nos casaremos en seguida, ahora mismo, y nadie lo sabrá.

—No puedo, señor —dijo ella moviendo la cabeza.

—Sería muy ventajoso para ti. ¿Acaso no te gusto?

—Sí, mucho. Pero en modo alguno de esta manera. Quizá yo hubiera podido quererle a usted con el tiempo, si...

—Pues entonces, prueba —exclamó él férvidamente—. ¡Tu madre me quería!

Tan pronto se hubieron deslizado de los labios de Pierston estas palabras, quiso retirarlas.

Al momento comprendió que ponían en riesgo su causa.

—¿Mi madre le quiso a usted? —dijo Avicia mirándole con incredulidad.

—Sí —murmuró Pierston.

—Seguramente no sería usted el novio perjuro. El que...

—Sí, sí. No digas más.

—¿El que la abandonó?

—Casi, casi.

—Entonces, yo nunca, nunca podré simpatizar con usted. No sabía que fuese un señor... Yo... yo... pensé...

—Entonces no era yo un «señor».

—¡Oh!, señor, tenga usted la bondad de retirarse. No puedo soportar su presencia en este momento. Quizá llegue a... a simpatizar con usted como antes; pero...

—No. ¡No, por Dios! ¡No me marcharé! —exclamó Pierston enteramente irritado—. Yo he sido sincero contigo. Tú debes serlo también conmigo.

—¿Qué desea usted que le diga?

—Lo bastante para explicarme por qué no aceptas mi ofrecimiento. Nada de cuanto has dicho hasta ahora son razones suficientes. Ahora, querida mía, ya no estoy enojado.

—Lo está usted todavía.

—No; no lo estoy. Vamos a ver, ¿qué motivo tienes?

—El motivo se llama Isaac Pierston, allá en mi casa.

—¿Cómo?

—Quiero decir que me cortejó y atrajo según la costumbre de la isla, y después fui una mañana a la capilla y me casé secretamente con él porque mi madre no le quería; y yo no amaba a otro por entonces. Al poco tiempo reñimos, y precisamente antes de que yo me viniese con usted a Londres, él se marchó a Guernsey. Después vi a un soldado, cuyo nombre ignoraba, pero de quien me enamoré, porque ¡soy tan enamoradiza! Sin embargo, como era cosa mal hecha, me esforcé en no pensar en él ni mirarle cuando pasara. Pero esto me hizo llorar mucho, y no lo debí hacer. Por entonces era muy desdichada, y usted me preguntó si quería ir a Londres. Yo no sabía qué hacer conmigo misma, y vine.

—¡Válganos el cielo! —exclamó Pierston, denotando en su pálida y descompuesta faz el trastorno que aquella revelación le había causado—. ¿Por qué has hecho todo esto? O, más bien, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿De modo que en este momento eres la esposa de un hombre que está en Guernsey, a quien no amas ni pizca, pero, en cambio, amas a un militar con quien nunca has cruzado la palabra? Entretanto, yo casi he provocado el escándalo sobre nosotros por consentir tú que yo te amase. Verdaderamente, ¡eres una mujer malvada!

—No; no lo soy —exclamó ella enojada.

Avicia permanecía pálida y temblorosa, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, y prosiguió diciendo:

—Ya dije que era un disparate que usted me pretendiese; y aunque no me hubiese casado con ese horrible Isaac Pierston, tampoco podría casarme con usted, después de saber que abandonó a mi madre.

—¡Ya he tenido mi castigo! —dijo él tristemente—. Los hombres como yo siempre encuentran de un modo u otro el peor castigo. Ahora, Avicia, y te llamaré querida Avicia por la memoria de tu madre, y no por ti misma, tengo que ver cómo te saco de la dificultad en que indudablemente te hallas. ¿Por qué no quieres a tu marido, puesto que te has casado con él?

Avicia volvió la vista hacia las estatuas, como si no acertase a explicar las sutilezas de su temperamento.

—¿Era aquel característico tipo local de la barba negra con quien te vi que andabas un domingo? El mismo apellido mío; aunque, por supuesto, tú no advertirías este particular en una isla donde sólo hay media docena de apellidos.

—Sí; era Isaac. La misma tarde en que reñimos. Él me reprendió otra vez, yo le repliqué, y al día siguiente se marchó.

—Bien; como ya he dicho, debo considerar lo que mejor conviene hacer por ti en este caso. Lo primero, a mi parecer, será que tu marido regrese a la isla.

Ella se encogió con impaciencia de hombros, y repuso:

—No le quiero.

—Entonces, ¿por qué te casaste?

—Me vi obligada después de prometernos, según costumbre de la isla.

—No debieras haber pensado en tal cosa. Es ridículo y arcaico en estos tiempos.

—¡Ah! Él tiene unas ideas tan rancias, que no opina de la misma manera. Sin embargo, se marchó.

—¡Ah! Me atrevería a decir que sólo hay un pique entre los dos. Ya le haré yo entrar en razón si vuelve... ¿Todavía es tuya la casita de la isla?

—Sí; es de mi propiedad. Grammer Stockwool cuida de ella por mí.

—Bien. Ahora has de volver derecha a la isla, mi linda dama, y esperar allí la vuelta de tu marido para reconciliaros.

—No quiero ir ni quiero que él vuelva —gimió Avicia—. Deseo estar aquí

o en cualquier otra parte, menos en donde él pueda presentarse.

—Ya cambiarás de opinión. Ahora vete arriba, sé buena muchacha, y dentro de una hora estate lista esperándome en el vestíbulo.

—No quiero.

—Pues te digo que lo hagas.

Avicia comprendió que era inútil desobedecer. Precisamente en el momento señalado, la encontró Pierston en el zaguán. Él llevaba por único equipaje una maleta y un paraguas. Ella, una caja y otras fruslerías.

Pierston mandó al portero que fuese a buscar un coche para que subiese Avicia con su equipaje, y él se salió a la calle esperando, hasta que el coche, con Avicia dentro, llegó adonde él estaba aguardando. Entonces subió, colocándose al lado de la atónita joven, y ambos siguieron así hasta la estación.

Se acomodaron frente a frente en un compartimiento vacío, y empezó la tediosa jornada ferroviaria. Considerándola ahora más íntimamente a la luz de su revelación, se extrañaba él de no haber adivinado su secreto. Siempre que él la miraba los ojos de ella denotaban rebeldía, hasta que al fin rompió en llanto.

—No quiero volver con él —exclamaba con entrecortados gemidos.

Pierston estaba casi tan angustiado como ella, y le dijo amargamente:

—¿Por qué te pusiste y me pusiste a mí en semejante situación? Ahora es inútil deplorarlo. Yo no lo deploro, porque me proporciona el medio de salir de este compromiso. Y si no te hubieras casado con él, tampoco hubieras querido casarte conmigo.

—Sí, señor; hubiera querido.

—¡Cómo! ¿Te hubieras casado? No hace mucho dijiste que no.

—Porque ahora me gusta usted más. Me gusta más, y más.

Pierston suspiró, pues emotivamente no era mucho más viejo que ella. Aquel obstáculo en sus anhelos, que le convertía en la más desmochada criatura de Dios, era su permanente desdicha. Cruzó por su cerebro una proposición rechazada al punto por desleal, especialmente con una inexperta compatriota que por estirpe y tradiciones era casi una pariente.

Poco más ocurrió entre los dos en aquel nefasto e inolvidable día. Afrodita, Astarote, Freyja o quienquiera que hubiese sido la diosa del amor de su isla, le castigaba rigurosamente, como de sobra sabía castigar a sus adoradores cuando de la volubilidad pasaban a la constancia. ¿Cuándo acabaría aquel anatema contra su corazón no envejecido, aunque su cuerpo envejeciera?

Acaso únicamente con la vida.

Después de dejar a Avicia en su casa, lo primero que hizo fue ir a la capilla, donde, según le dijera, se había celebrado el matrimonio, y cerciorarse del hecho. Tal vez alimentaba la quimérica esperanza de que todavía fuese ella libre, aun en la limitada condición que semejante libertad entrañaría. Pero allí estaban claramente escritas las palabras: «Isaac Pierston. Ana Avicia Caro, hijo e hija de Fulano y Mengano, casados en tal día, firmado por las partes contrayentes, el ministro oficiante y los dos testigos».

### **No se la ve**

Una tarde, a principios de invierno, en que el viento era seco y borrascoso, un hombre paseaba solitario por la oscura callejuela que dividía los terrenos del castillo de Sylvania de la casita de Avicia, y conducía a las inmediatas ruinas del castillo de Red-King. La casita era el centro de sus idas y venidas, que llegaban por occidente a las puertas de Sylvania y por oriente al puente levadizo de las ruinas. Las otras viviendas de por allí, todas ellas como talladas en la sólida roca, estaban a oscuras; pero en la ventana alta de la casita de Avicia brillaba una luz, cuyos rayos repetía desde el lejano mar el faro flotante sobre el buque anclado en la movediza arena del misterioso Shambles, que equilibraba en debida posición la indómita fiereza del paraje y la suave domesticidad de las luces.

El mar gemía, y aún más, entre los pedruscos, bajo las ruinas, y a intervalos regulares, resonaba la agonía de su oleaje. Iban estos rumores acompañados de un gemido paralelo y periódico en el interior del aposento, como si la entrecortada congoja del agua y la entrecortada congoja de la vida fuesen diversas expresiones del mismo conturbado Ser terreno, como en cierto sentido lo eran.

Pierston, pues él era el hombre de la callejuela, solía tender la mirada desde el flotante faro del buque a la ventana de la casita, y después otra vez al faro flotante, según aguardaba allí entre la fatiga del mar, afuera, y la fatiga de la mujer, adentro. No tardó en oírse en la casita un debilísimo vagido infantil. Pierston se desvió de su tranquilo paseo y, dirigiéndose de nuevo hacia occidente, se detuvo largo rato en el recodo de la callejuela. Entonces las luces de un carruaje y el trote de un caballo interrumpieron el sosiego de la dormida aldea contigua al camino. Pierston retrocedió hasta la puerta de la casita para aguardar la llegada del vehículo.

Era un carricoche, del que al parar saltó un hombre con sombrero de

anchas alas, bajo el cual sólo se veía la negra barba recortada en forma triangular, según típica costumbre de la isla.

—¿Es usted el marido de Avicia? —preguntó vivamente el escultor.

El hombre respondió que lo era, con el acento propio del país, añadiendo:

—Acabo de llegar en el bote correo. No pude estar aquí antes. Me contraté para trabajar en Peter-Port, y he acabado ya mi tarea.

—Bien —dijo Pierston—. ¿Su venida significa que quiere usted reconciliarse con ella?

—¡Ay!, yo no sé; pero, por mi parte, sí —respondió el hombre—. ¡Tanto me da una cosa como otra!

—Si usted se reconcilia del todo, le espera a usted un buen empleo en su antigua profesión, aquí en la isla.

—Entonces, de todo corazón —dijo el hombre.

Su voz era enérgica, y aunque algo quisquilloso, se mostró en conjunto favorablemente dispuesto a normalizar la situación.

El conductor del carricoche recibió su salario, y Jocelyn e Isaac Pierston entraron en la casa. Indudablemente eran ambos vástagos de un mismo tronco en aquella isla de dobles matrimonios, aunque no tenían prueba de ello. Nadie había en el aposento del piso de abajo, en cuyo centro se veía una mesa cuadrada, y en el centro de la mesa, un ruedo de lana y en el centro del ruedo, una lámpara, denotando por el aspecto general que la habitación se había barrido y arreglado escrupulosamente para un acontecimiento interesante.

La mujer que vivía en la casa con Avicia bajó en aquel momento la escalera, y a las preguntas de los recién llegados respondió que la cosa marchaba favorablemente, pero que nadie podía subir. Después de ofrecerles asiento y manjares, la mujer se retiró y ellos se sentaron, a la luz de la lámpara. Uno era el amador de la paciente que arriba penaba, y ningún derecho tenía sobre ella; el otro era el hombre que sobre ella tenía todo derecho, pero que no la amaba. Enzarzados en frívola y fragmentaria conversación, escuchaban las pisadas que se oían en el piso de arriba: Pierston, con ansiosa atención, e Isaac, esperando tranquilamente el curso de la naturaleza.

Después oyeron de nuevo los débiles vagidos, y el médico de la localidad bajó la escalera y entró en el aposento donde ambos se hallaban.

—¿Cómo está? —preguntó Pierston, al paso que el taciturno Isaac fijaba la vista también en el médico, en espera de la respuesta, que, según él, lo mismo había de servir para los dos que para uno.

—Va bien, muy bien —respondió el caballeroso facultativo en un tono que denotaba que había pronunciado la misma frase en otros sitios; y como no tenía el coche a la puerta, se sentó a compartir el refrigerio con Jocelyn e Isaac. Cuando se hubo marchado el médico, bajó nuevamente la señora Stockwool a decirles que Avicia estaba ya enterada de la presencia de su marido.

El haragán cantero se mostró más bien inclinado a no moverse del sitio y apurar el vaso de cerveza, pero Pierston le instó a que subiese al aposento de su esposa. Al quedarse Pierston solo, apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió el rostro con las manos.

No estuvo Isaac ausente mucho rato. Bajó con unos aires de dueño que hasta entonces no había mostrado e invitó a Jocelyn a que también subiese, pues la paciente había mostrado deseos de verle. Jocelyn trepó por la vieja y tortuosa escalera, quedándose el marido en el piso de abajo.

Aunque tan blanca como las sábanas, Avicia tenía un aspecto mucho más radiante y dichoso del que él esperaba, y evidentemente parecía consoladísima por el sonrosado rorro que tenía a su lado. Avicia le alargó la mano a Pierston, y le dijo luchando con su debilidad:

—Tenía muchas ganas de hablar con usted. Pensé que no me perjudicaría verle, aunque aún es demasiado pronto para decirle cuánto le agradezco el haberme vuelto al lado de Isaac, quien también dice que le complace mucho estar otra vez en casa. Sí; ha hecho usted muchísimo por mí, señor.

No se preocupó Pierston de saber si aquellas palabras eran de puro cumplido o sincera manifestación de gozoso agradecimiento. Se limitó a responder que estimaba en mucho su gratitud, añadiendo tiernamente:

—Ahora, Avicia, resigno mi tutela. Espero ver pronto a tu marido con un lucrativo, aunque modesto negocio, aquí en la isla.

—Así lo espero por el bien de esta criatura —respondió ella dando un suspiro de satisfacción—. ¿Quiere usted verla, señor?

—¿A la criatura? ¡Oh. Sí... a tu niña! Debes ponerle Avicia por nombre.

—Sí; así lo haré —murmuró ella rápidamente, y destapó a la recién nacida con alguna timidez—. Espero que me perdonará usted, señor, el haberle encubierto mi atolondrado casamiento.

—Con tal que tú me perdones el haberte galanteado.

—Sí. ¡Cómo iba usted a saber! Desearía...

Pierston se despidió de ella besándole la mano, y al apartarse de Avicia y del recién nacido, a quien había de volver a encontrar en muy distintas

condiciones, se salió de la alcoba con lágrimas en los ojos, exclamando:

—¡Acabó el sueño!

En secreto, o manifiestamente, parecía haber acosado Himeneo a Pierston hasta entonces con burlas indignas, más propias de Arlequín que del portante de la antorcha. Dos días después de haberse despedido en una solitaria isla de la mujer a quien tan desinteresadamente había amado, encontró en Piccadilly a su amigo Somers ostentosamente trajeado y apresurando el paso con semblante de preocupación.

—Querido compañero —dijo Somers—. ¿En qué piensas? Me encargaron que no te lo dijese, pero me pesa el secreto. Lo mismo te lo puedo revelar ahora que más tarde.

—¡Cómo! ¿Acaso vas a...? —exclamó Pierston conjeturando el secreto.

—Sí. Lo que hace seis meses dije impulsivamente, estoy a punto de realizarlo a sangre fría. Nicola y yo empezamos de broma y hemos acabado por amarnos ardientemente. El mes que viene nos uniremos uno a otro en todo y por todo.

\*\*\*\*

## **TERCERA PARTE**

### **Un joven que roza los sesenta**

#### **Vuelve por la nueva temporada**

Veinte años habían extendido su velo sobre los sucesos que terminaron con la reconciliación de la segunda Avicia con su marido, y la blanca península ofrecía el mismo aspecto, aunque muchos de los que entonces proyectaban diariamente su sombra sobre la monótona blancura estival, ya no se interponían entre la piedra y la clara luz del sol.

Sin embargo, la vida no había cambiado gran cosa. Los silenciosos buques entraban y salían del muelle; los escoplos tintineaban en las canteras; fila tras fila de caballos tordos, en troncos de ocho o diez, arrastraban penosamente cuesta abajo los bloques cúbicos de piedra en los antediluvianos carromatos de madera, según tradicional costumbre. El faro flotante centelleaba todas las noches desde las movedizas arenas hasta la farola del Beal, que a su vez le miraba con su ojo vítreo. Desde entonces se había repetido a cada oleada el canino dentellar que se oía en el banco de guijarros; pero los guijarros seguían

allí sin que el mar los devorase.

Los hombres bebían, fumaban y escupían en las posadas, sin otro cambio que un poco más de sofisticación en sus refrigerios y algo menos de dialecto en su lenguaje que en otro tiempo. Pero durante aquel intervalo de veinte años no se había vuelto a ver al escultor Pierston sobre aquella roca del canal que le había sugerido el primer manejo del cincel.

Estuvo mucho tiempo en el extranjero, y actualmente se hospedaba en un hotel de Roma. Aunque ni una sola vez había vuelto a ver a Avicia desde que se despidiera en la alcoba de ella y de la recién nacida primogénita, se dio trazas para tener noticias suyas de cuando en cuando durante aquel intervalo. De este modo supo Pierston que poco después de haber reanudado la vida conyugal en el hogar doméstico, Isaac la había maltratado, hasta que, por fortuna, prosperó el negocio que Jocelyn le proporcionara, y absorbiéndose en sus cuidados, dejó que Avicia siguiera sin estorbo sus ocupaciones domésticas, iniciando con ello una de esas tranquilas y duraderas reconciliaciones cuyo principal ingrediente no es el amor ni el odio, sino la más completa indiferencia.

Al principio Pierston había enviado a Avicia privadamente cantidades de dinero, por temor de que el marido le negara comodidades materiales; pero no tardó en ver con suma satisfacción que era innecesaria semejante ayuda, pues el anhelo de sobresalir en sociedad impulsó a Isaac a presentarse como un completo caballero isleño, dejando así en libertad a Avicia para lucir socialmente como nunca le hubiese permitido él por mera complacencia.

Estando Pierston en Roma, según queda dicho, después de pasar la tarde entre los bustos del grandioso museo del Vaticano, se fue a primera hora de la noche a comer al hotel. El hábito inconsciente y común a muchos de trazar semejanzas y desemejanzas, le había movido frecuentemente a discernir o a imaginar que discernía en la atmósfera romana en sus luces y sombras, y particularmente en sus reflejas subalternas claridades, algo parecido a la atmósfera de su promontorio natal. Tal vez consistiese esto en que tanto en una como en otra parte su vista descansaba ordinariamente en piedra, y las canteras de las ruinas de la ciudad eterna le recordaban las canteras de roca virgen de su patria.

Pensando en esto mientras comía en la mesa redonda del hotel, le sorprendió oír el nombre del lugar de su nacimiento en boca de un caballero norteamericano sentado enfrente, quien hablaba con un amigo acerca de una señora, una viuda inglesa, cuyo conocimiento habían reanudado en cierto punto de la isla del canal, durante una reciente excursión, después de haberla conocido de soltera cuando llegó a San Francisco de California con sus padres algunos años antes. Su padre era entonces un hombre muy rico, que acababa

de retirarse del comercio de cantería en Inglaterra; pero se comprometió en vastas especulaciones y había perdido casi toda su fortuna. Jocelyn se enteró, además, de que la hija viuda se llamaba mistress Leverre, y tenía un hijastro, pues su marido, un caballero de Jersey, era viudo al casarse con ella, y que el hijastro prometía ser un joven de provecho.

Pierston se sobresaltó al considerar que éstas y otras alusiones, aunque no particularizadas, concordaban con la historia de su Marcia, perdida hacía tanto tiempo. Apenas había sentido Pierston el deseo de saber nada de ella en cuarenta años de separación; pero se conmovió lo bastante para resolverse a cruzar algunas palabras con los extranjeros tan pronto como tuviera oportunidad.

No era prudente llamarles, por ejemplo, la atención sobre las plantas que adornaban la amplia mesa, y aunque hubiese podido, le repugnaba formular preguntas en público. Esperó a que terminase la comida, y cuando los extranjeros se levantaron, fue tras ellos.

No los encontró en el salón y supo que habían salido. No era probable alcanzarlos; pero Pierston, inquieto ya por sus observaciones, paseó arriba y abajo por la contigua plaza de España, confiado en que acaso volvieran. Las calles adyacentes estaban sumidas en sombra, y el remate de la fachada de la iglesia, bañado en anaranjada luz. La oscuridad de la noche se intensificaba gradualmente sobre la ancha y larga escalinata, por la cual subían y bajaban sin cesar los transeúntes con la insignificancia de hormigas. Las tinieblas envolvían la casa de la izquierda, donde Shelley había vivido, y la de la derecha, donde Keats había muerto.

Al volver Pierston al hotel se enteró de que los americanos sólo habían ido allí a comer y que se hospedaban en otra parte. No volvió a verlos, y, reflexionando sobre el caso, acordó que no debía inquietarse por lo que hubiera sido de una mujer como Marcia, escapada de su casa por una extravagancia, aunque después de tan prolongado silencio pensase en una tardía amistad con él, ya marchita, si se tomaba el trabajo de averiguar su paradero.

Así fue que ya no pensó más en Marcia. El otro hilo de su conexión con la antigua isla de los Honderos lo estableció una carta de Avicia, recibida poco después de la antedicha fecha, en la cual le decía que su marido Isaac había muerto de accidente el año pasado en su propia cantera; que ella había estado enferma, aunque ya restablecida y sin que nada le faltase, y que se complacería en verle si alguna vez se dejaba caer por allí.

Como Avicia no le había escrito en tantos años, su manifiesto deseo de verle ahora debía de dimanar probablemente de algo más y más reciente de lo que él retenía en la memoria. Sin embargo, el estilo de su carta prevenía contra

toda sospecha de que Avicia pensara en él como en el pretérito galanteador a quien ahora favorecían los acontecimientos. Pierston le contestó diciendo que lamentaba su pasada enfermedad, y que, seguramente, aprovecharía la primera ocasión para ir a su patria durante su próxima visita a Inglaterra.

Aún hizo más. La instancia de Avicia había reavivado sus pensamientos en la vieja patria y sus amistades, por lo que, en vez de aguardar otros motivos para el regreso, los fundó en la carta de Avicia. Una semana después estaba de nuevo al pie del familiar peñasco en donde las casas de la entrada de la isla se posaban como palomas grises en el alero de un tejado.

En el Top-o-Hill, como generalmente llamaban a la cumbre del peñón, se detuvo contemplando las tareas de las canteras que se veían abajo, donde las numerosas y negras grúas elevadoras, diseminadas por la meseta central, parecían una bandada de grullas que allí descansaban.

Pierston prosiguió algo más adelante, preguntando en términos generales por el accidente que le había costado la vida al marido de Avicia el año anterior, y supo que, aunque viuda, la rondaban muchos, colmándola de atenciones, que ella, por su parte, no necesitaba. Por lo tanto, considerando que no había fundadas razones para ir a visitarla tan pronto, y sin previo aviso, determinó volverse. Quizás habría dictado su ruego tan sólo un momentáneo sentimiento, pues tras veinte años de separación era natural que se considerasen como extraños.

Bajó al pie del peñón para instalarse en el tren del litoral que por el banco de guijarros le condujo a la población costeña sita cinco millas allá, en la cual había asentado sus reales por unos cuantos días.

Mientras estuvo allí reverdecieron sus simpatías locales. Doquiera iba, veía la isla que un tiempo fue su hogar, tendida como enorme caracol sobre el mar a través de la bahía. Se iniciaba la primavera. Los vaporcitos locales comenzaban a navegar, y Pierston nunca se cansaba de permanecer en la repleta cubierta de uno de ellos cuando bordeaba la isla, descubriéndole en las lejanas alturas de los acantilados las ruinas del castillo de Red-King, tras las que se asentaba la aldea de las Canteras del Este.

Así continuaron las cosas, o, por decir mejor, así permanecieron durante varios días, antes de que Pierston cumpliera su vaga promesa de visitar a Avicia. Pero, entretanto, le sorprendió otra carta de ella, enviada por mediación de un mandadero. Le decía que había sabido que estaba en la isla, y le suponía hospedado en algún punto cercano. ¿Por qué no había ido a visitarla, como le dijo que hiciera? Estaba pensando siempre en él y deseaba verle.

El tono de la carta denotaba ansiedad, y sin duda Avicia tenía algo que

decir, y que no quería confiarlo a la escritura. Pierston se extrañaba de lo que pudiera ser, y se puso en camino aquella misma tarde.

Avicia, en quien había pensado poco durante los últimos años, comenzaba a instalarse de nuevo por ella misma, formalmente, en su pensamiento. Pierston estaba completamente convencido de que se había operado un cambio en su manera de considerar a las mujeres. En otro tiempo, la personalidad femenina no había sido para él otra cosa que la residencia temporal del tipo o ideal femenino. Ahora su corazón se mostraba inclinado a guardar creciente fidelidad a la persona, con todas sus imperfecciones de menor cuantía, que en vez de infundirle desasosiego intensificaba su ternura. Este sesudo sentimiento, aunque más noble y delicado, no era conveniente como el antiguo, pues podía experimentar ardores de pasión como en la juventud, sin los intervalos recuperadores que habían acompañado a sus caídas.

Ante todo Pierston averiguó que, según le dijeron, hacía ya mucho tiempo que Avicia no vivía en la casita de su propiedad. En respuesta a sus preguntas, lo dirigieron a lo largo del camino hacia la parte occidental del castillo moderno, diciéndole que pasada la puerta de aquel lado, la encontraría. Y siguiendo adelante llegó a casa de Avicia —precisamente la que en otro tiempo había sido suya y se alzaba, como muchos años antes, frente al canal—. Era una casa cómodamente distribuida en aposentos, rodeada de boneteros y otros arbustos que sólo crecen al empuje del aire salobre, y cuya talla era la misma de siempre. Sin embargo, toda la casa estaba interior y exteriormente pintada de nuevo. Evidentemente había residido allí un hombre de próspera fortuna.

La enlutada viuda que le recibió en la salita no era, ¡ay!, más que la triste sombra de la segunda Avicia. ¿Cómo podía él habérsela imaginado de otra suerte al cabo de veinte años? No obstante, casi inconscientemente, se la imaginaba muy distinta, acaso por no sentirse él cambiado. En efecto, con aire de extrañeza, las primeras palabras que ella le dijo fueron:

—¡Cómo! ¡Si es usted el mismo!

—Precisamente, el mismo... Sí; yo soy, Avicia —respondió Pierston tristemente; porque aquella incapacidad de osificarse con el resto de sus coetáneos le colocaba en desproporción con el tiempo. Además, aunque su aspecto era de comedia, la índole de este suceso era realmente trágica.

—Pues sí, se conserva usted muy bien, señor —prosiguió diciendo ella—. En cuanto a mí, me han desangrado las tribulaciones.

—En verdad, lo he sentido mucho.

Avicia continuó mirándole curiosa, con regocijado interés, y él comprendía lo que pensaba: que aquel hombre a quien había considerado como mucho más

avanzado que ella en el camino de la vida, parecía ahora un igual, un contemporáneo, y que ambos miraban el mundo desde el mismo nivel.

Pierston había ido a visitarla con el cálido anhelo de una visión que, al encontrarse cara a cara, se había desvanecido; y aunque muy desilusionado por la realidad, estaba lo bastante firme para no apenarse por ello.

Hablaron del pasado; de su antigua intimidad, la cual había despreciado entonces y que ahora estimaba mucho más que él. Según proseguía la visita, iba ganando la segunda Avicia mucho ascendiente. Pierston imaginó que entre ambos existía una extraña intimidad, porque ella moraba en la misma casa en que él naciera. La igualdad de los apellidos significaba poco en aquel caso; pero también era el suyo, y añadido a la identidad de domicilio, prestaba intensa sugestión al suceso.

—Aquí acostumbraba yo a sentarme cuando mis padres vivían en la casa —dijo Pierston, situándose en el ángulo de la chimenea, desde el que a través de la ventana se descubría una perspectiva—. Yo divisaba desde aquí una ondulante rama de tamarisco, por este tiempo, y más allá de la rama la misma abrupta pradera que se dilata hacia el mar, y por la noche, el mismo faro flotante que allá lejos centellea. Siéntate en este sitio para complacerme.

Avicia puso su silla donde él le indicaba, y Pierston permaneció de pie junto a ella, mirando los objetos familiares que de pequeño miraba. El semblante de Avicia denotaba preocupación, y estaba, ¡pobrecilla!, lo bastante ajado para sugerir la idea de una vida conyugal no muy dichosa. Avicia tenía la cabeza tan cerca del pecho de Pierston, que si la inclinara unas cuantas pulgadas más lo hubiese tocado.

—Y ahora tú eres la moradora y yo el visitante —dijo Pierston—. ¡Celebro mucho verte aquí! ¡Mucho me alegro, Avicia! Supongo que estarás bien acomodada.

Miraba Pierston en torno del aposento los sólidos muebles de caoba, el moderno piano y la librería de cristales.

—Sí; Isaac me dejó en buena posición. Él fue quien tuvo la idea de mudarnos de mi casita a esta otra más espaciosa. La compró, y puedo estar en ella mientras quiera.

Dejando aparte la relativa adoración de Pierston a la amistad, había en todo aquello tal convergencia de la situación de ambos, que le sugirió la posibilidad de enmendar el desvío mostrado a la madre, proponiendo a la hija la esperanza de un tiempo propicio. Si ya no la amaba como cuando era una esbelta muchacha que cazaba ratones en sus habitaciones de Londres, seguramente podría contentarse a sus años con el compañerismo. Al fin y a la postre, ella sólo tenía cuarenta frente a sus sesenta. Tan convincente era el sentimiento de

que en verdad podía contentarse de este modo que casi confiaba en la voluptuosidad de dar en la vejez, por fin, descanso a su inquieto y errabundo corazón.

—Bueno; por fin vino usted, señor —prosiguió diciendo Avicia—. Se lo agradezco. No me gustaba escribir, y, sin embargo, tenía necesidad de avisarle directamente. ¿Se figura usted por qué deseaba verle tan indispensablemente, que no pude menos de escribirle dos veces?

—Intenté adivinarlo, pero no pude.

—Inténtelo usted otra vez. Es un motivo acaso insignificante, por el cual espero que me perdone.

—Seguro estoy de que no lo he de adivinar. Pero antes de que me lo reveles, diré yo algo por mi cuenta. Siempre me tomé persistente interés por ti, que debes apreciar en lo que vale. En cuanto a tu persona, comenzó mi interés cuando hace diecinueve o veinte años te vi en la casita de la vuelta de la esquina, con ocasión de tener yo alquilado el castillo de enfrente. Pero el verdadero origen data de otros veinte años antes de esto, cuando yo era un joven de veintiuno, y al venir aquí a ver a mi padre encontré a una delicada mujer tan parecida a ti como una viva imagen. Me sentí muy atraído hacia ella al verla día tras día pasar rápida bajo esta ventana, hasta que la acompañé algún tiempo en sus paseos. Según sabes, no era yo constante en mis propósitos, y todo acabó de mala manera. Pero, sea como fuere, su hija y yo somos amigos.

—¡Ah! ¡Ahí está! —exclamó súbitamente Avicia, cuya atención se había desviado del retrospectivo discurso de Pierston.

Miraba por la ventana hacia los acantilados, donde por el inmediato campo abierto venía una esbelta jovencita.

—Ha salido de paseo —prosiguió Avicia—. Me extrañaría que se llegase por aquí esta tarde. Vive en el castillo de enfrente, donde está de ama de llaves.

—¡Oh! Es...

—Sí; tiene una educación muy completa. Mejor todavía que la de su abuela. La mía estuvo muy descuidada, e Isaac y yo resolvimos no perdonar nada para educarla. Le pusimos el nombre de Avicia, a fin de perpetuarlo como usted indicó. Quisiera que hablara con ella, pues tengo la seguridad de que le gustaría.

—¿Ésta es aquella chiquilla? —balbuceó Pierston.

—Sí; la chiquilla.

La persona aludida, ya mucho más cerca, era una nueva edición, todavía más modernizada y más actual, de las dos Avicias de aquella alcurnia, con las que había estado Pierston más o menos relacionado durante los últimos cuarenta años. Era una joven de porte señorial y casi elegante. Su aspecto superaba en finura al de su madre y abuela, por lo que parecía más mujer en prestancia que en edad. Llevaba amplio sombrero de los llamados pamelas, con alas semejantes a una rueda, cuyos radios estaban hechos de pliegues de muselina, cubriendo las alas con un ribete negro, a manera de llanta.

Bajo las alas del sombrero se agolpaba sobre la frente el cabello, cuyas gruesas trenzas reproducían en el iris de sus grandes y rasgados ojos el color peculiar de su compleción.

Sus nerviosos labios eran finos, y estaban tan juntos, que parecían una delicada línea roja. La boca denotaba un temperamento variable y capaz de bruscas transiciones, del afecto a la aversión y del enojo a la sonrisa.

Era la tercera Avicia.

Jocelyn y la segunda Avicia continuaron mirándola ardorosamente.

—¡Ah! No entra ahora. No tiene tiempo —murmuró la madre algo disgustada—. Tal vez quiera venir esta noche.

En efecto; la esbelta joven pasó de largo hasta perderse de vista. Pierston estaba como en sueños. Era verdaderamente, con todos sus esenciales pormenores y la intensificación del general encanto, la misma que le había besado cuarenta años antes. Al apartarla vista de la ventana tropezaron sus ojos con la Avicia intermedia, que estaba a su lado. Antes sólo era la reliquia de la Bien Amada; pero ahora se había convertido en su relicario vacío.

En verdad sentía por ella fervorosa amistad. Sin embargo, todo cuanto pudiera haber hecho para la instauración del primitivo sueño quedaba ahora irremediabilmente invalidado por la rivalidad de ella misma, en figura de una directa descendiente.

### **Presentimientos de otra reencarnación**

Estaba Pierston a punto de despedirse, pero volvió a sentarse al decirle Avicia si quería quedarse a tomar una taza de té. De momento no se dio cuenta de lo que hacía, pues la confusa idea de que Avicia, la renovada Avicia, pudiese entrar en la casa, le movió a volverse a sentar espontáneamente.

Olvidaba que veinte años antes había llamado duende y hechicera a la ahora señora Pierston; y este tiempo, probablemente, no había disminuido las

sutilezas encarnadas en dichos epítetos. No advirtió que la segunda Avicia había notado las impresiones causadas en él por su hija.

Pierston no acertaba a definir cómo arreglárselas para atenuar y disipar las tiernas alusiones que había dirigido a la madre de la nueva Avicia. Acaso ella leía en su rostro y veía mucho más de lo que él se figuraba, y conocía su temperamento, aunque él creyese que no lo conocía. De todos modos la conversación tomó el giro de una amistosa charla circunstancial en la que Pierston intervenía con sus observaciones mientras su pensamiento estaba en otra parte.

Pero Jocelyn sintió un escalofrío después de reflexionar. El renovado estudio de su arte en Roma, sin el contrapeso de una ocupación práctica, había nutrido y vigorizado su natural receptividad emotiva. Sentía renacer su antigua tortura, su condena, su maldición, como a veces la llamaba. Su divinidad no estaba todavía aplacada por aquel pecado original contra su imagen en la persona de la primera Avicia; y ahora, a los sesenta y un años de edad, se veía más y más impelido como el judío Asuero, o, según dicho de los isleños, como un morueco ciego.

La Diosa, que para todos era una abstracción, era para Pierston una personalidad completamente real. Había observado las imágenes marmóreas que de ella tenía en su taller, bajo todos los cambiantes de luz y sombra; en los fulgores matutinos, en las oscuraciones vespertinas, a la luz de la luna y a la luz de la lámpara. Naturalmente, nadie conocía mejor que él la línea y las curvas de su cuerpo; y aunque no era una creencia, según se ha dicho, sí era una superstición que las tres Avicias estaban interpenetradas por la esencia de la Diosa. Incidentalmente preguntó Pierston:

—¿Y la otra Avicia, tu hija, dijiste que es el ama de gobierno del castillo de enfrente?

La señora Pierston respondió afirmativamente, añadiendo que la muchacha solía dormir en casa algunas veces, porque ella, su madre, estaba muy sola, y a menudo pensaba que le gustaría tenerla constantemente a su lado.

—¿Sabe tocar? —dijo Pierston, mirando el piano.

—Sí; toca muy bien. Ha recibido la mejor educación que sean capaces de dar los maestros. Se ha educado en Sandbourne.

—¿Qué habitación es la suya cuando está en casa? —preguntó Pierston curioso.

—La pequeña que cae encima de ésta.

—¡Cosa extraña! —murmuró él.

Había sido su habitación de niño.

Terminado el té, se quedó todavía un rato, pero la joven Avicia no llegaba. Con la Avicia allí presente habló como antiguo amigo y nada más. Por fin fue cayendo la noche, y Pierston no pudo valerse de pretexto alguno para permanecer de visita por más tiempo.

—Espero conocer personalmente a tu hija —dijo al despedirse, comprendiendo que podía haber añadido con predestinada, verdad: «A mi nueva Bien Amada».

—Confío en que la conocerá —respondió ella—. Evidentemente, esta tarde ha ido a dar una vuelta en vez de venir por aquí.

—Y dicho sea de paso, no me has referido por qué especial razón necesitabas verme.

—¡Ah, no! Dejémoslo por ahora.

—Muy bien. No pretendo adivinarlo.

—Ya se lo diré en otra ocasión.

—Si se trata de algo relacionado con los negocios de tu difunto marido, mándame. Haré cuanto esté en mi mano.

—Muchas gracias. Y ¿le volveré a ver pronto?

—Seguramente. Muy pronto.

Al marcharse Pierston, Avicia miró reflexivamente al sitio en que había estado sentado, y dijo:

—Mejor será que refrene mi lengua. La cosa se hará de por sí, aunque yo no diga nada.

Jocelyn salió de la casa, y según pasaba bajo sus pies el blanco camino, no se sentía en modo alguno dispuesto a volver a su alojamiento en la ciudad de tierra más firme. Se entretuvo largo rato por el ondulado terreno de la isla, pensando en la extraordinaria reproducción de la original Avicia en aquella nueva forma que había visto, y se tenía por insensato soñador al notarse tan súbitamente fascinado por la renovación de la imagen en una personalidad que aún no contaba la tercera parte de sus años. Desde el punto de vista físico, la perturbación del parecido no era cosa insólita en la isla, pero favorecía sus ensueños.

Después de rodear las tapias del nuevo castillo, se desvió del camino de su hospedaje, descendiendo a la callejuela familiar que conducía al arruinado castillo de Red-King. Hubo de pasar por la casita en que había nacido la nueva Avicia, y desde cuyas inmediaciones oyera su primer vagido. Allí se detuvo, y tras sí vio hacia occidente la luna nueva, que por momentos se dibujaba más nítidamente en la claridad de su cerco.

Le asaltaron gigantescas fantasías. A pesar suyo, la vista de la luna nueva, representación de la entidad que por su inconstancia tanto influía sobre sus propias veleidades, le produjo la misma impresión que si su espectro, mudando de sexo, le hubiese mirado súbitamente al asomar por el horizonte. En secreto para las gentes, pero sin podérselo ocultar a sí mismo, había doblado las rodilla tres veces ante la caprichosa divinidad en sus diversas pero repetidas apariciones.

La maldición que entrañaban las cualidades de su temperamento (si no era una bendición) estaba todavía muy lejos de consumarse.

En sentido opuesto al que Pierston llevaba, alzábanse sombrías y cuadrangulares las ruinas del castillo frente al mar. Por aquellos alrededores había jugado de muchacho. Siguió el muro hasta el borde del acantilado, sumido en sus meditaciones. No soplabla viento, el oleaje era débil, y Pierston creyó haber oído una voz conocida desde antaño. Ciertamente era una voz, pero salía de las rocas, bajo las ruinas del castillo:

—¡Señora Atroay!

Se siguió un silencio y nadie vino. La voz resonó por segunda vez:

—¡Juan Stoney!

Tampoco respondió nadie a esta nueva llamada. Después se oyó un grito aún más suplicante:

—¡Guillermo Scribber!

No cabía duda de que la voz era de una Pierston. ¿Acaso de la joven Avicia? Algo parecía detenerla allí abajo contra su voluntad. Un escarpado sendero que, arrancando de la cumbre, pasaba por más abajo del acantilado y de las ruinas del castillo y conducía al nivel inferior de donde salía la voz. Pierston se encaminó por aquel sendero y no tardó en descubrir a la muchacha vestida en traje de diario. Era la misma a quien había visto desde la ventana, y estaba sobre una roca, al parecer imposibilitada de moverse. Pierston corrió presuroso hacia ella.

—¡Oh!, muchas gracias por haber venido —murmuró ella tímidamente—. He tenido un desagradable contratiempo. Vivo cerca de aquí, y en verdad no soy miedosa, pero se me ha metido el pie en una hendidura de la roca, y por más que lo intento no puedo sacarlo. ¿Qué haré?

Jocelyn se agachó para examinar la causa del accidente, y dijo:

—Me parece que te podrías quitar la bota dejándola dentro de la hendidura y sacando el pie.

La joven intentó proceder según este consejo, pero nada pudo conseguir.

Pierston probó entonces a meter la mano en la grieta hasta alcanzar los botones de la bota, sin poder tampoco descalzarla. Sacó el cortaplumas del bolsillo y, probando de nuevo, cortó los botones uno por uno. De este modo, abierta la bota, la joven pudo sacar libre el pie.

—¡Oh!, qué contenta estoy —exclamó gozosamente—. He tenido miedo de quedarme aquí toda la noche. ¿Cómo podré agradecersele a usted lo bastante?

Pierston tiraba con todas sus fuerzas de la bota, pero eran inútiles sus esfuerzos para desencajarla. Por fin dijo la joven:

—No insista por más tiempo. La casa no está lejos, y podré andar sólo con la media.

—Yo te ayudaré —dijo Pierston.

Ella respondió que no necesitaba ayuda; pero, no obstante, consintió que la acompañase por el lado del pie descalzo. Según iban andando, ella explicó que había salido por la puerta del jardín para contemplar el espectáculo que ofrecía el mar iluminado por la luna, y al dar un salto hacia abajo se le había atascado el pie como acababa de ver.

Cualesquiera que fuesen los años que aparentaba Pierston de día, en la oscuridad de la noche daba la impresión de un hombre agradable y no muy viejo, pues su contorno difería muy poco del que tenía a los treinta años. Estaba bien conservado, todavía erguido, cuidadosamente rasurado y ágil de movimientos. Llevaba un terno muy bien abrochado, que le estilizaba; en suma: podía tener la edad que ella imaginaba en aquel momento. Le hablaba la joven en tono de igualdad, como si le supusiera no ser mucho más viejo que los de su propia generación; y como iba adelantando la noche, Pierston se amparó en la oscuridad para dar a su acento la arrogancia que confirmara aquella suposición.

La desenvuelta e inocente libertad de una señorita de balneario, que Avicia había evidentemente adquirido durante su permanencia en el colegio de Sandbourne, favoreció grandemente a Pierston en este papel de galán joven, que no le era difícil desempeñar. No le dijo él ni una palabra acerca de que fuese natural de la isla, y aun con mayor cuidado ocultó la circunstancia de haber cortejado a su abuela y dado palabra de casamiento.

Pierston supo que la joven había salido a pasear por las rocas por la misma puertecita oculta del jardín del moderno castillo que tan frecuentemente le había facilitado a él la salida al mismo paraje muchos años atrás. Pierston la acompañó hasta muy cerca de la puerta de la mansión, que estaba mucho mejor cuidada y con el jardín más frondoso que cuando él la alquilara para sí solo. Casi la habían restaurado, hasta ponerla en la misma disposición y

pulcritud que la había caracterizado cuando él era muchacho.

La jovencita era tan inexpertamente comunicativa como lo había sido su abuela, y durante aquella corta ascensión, apoyada en el brazo de Pierston, hubo ocasión para iniciar no poca confianza. Al despedirse Pierston y entrar ella en la casa, dejándolo en la oscuridad de la noche, una ola de tristeza invadió su alma, desvanecido todo el momentáneo placer que hallara en la encantadora compañía de la muchacha. Si Mefistófeles surge del suelo y le ofrece a Jocelyn el rejuvenecimiento en los acostumbrados términos, obligándole a estampar su firma, hubiera consentido el escultor en vender una parte de sí mismo, de la cual no tenía tan inmediata necesidad como de aquellos labios rojos, coloreadas mejillas y terso semblante.

Pero lo que los extraños sólo hubieran podido disputar por locura, era casi una pesadumbre para él. ¿Por qué había nacido con tal temperamento? Y aquel concatenado empeño difícilmente hubiese surgido, ni aun en Pierston, a no ser por una confluencia de circunstancias sólo posibles en la isla. Las tres Avicias, la segunda algo semejante, y la tercera, glorificación de la primera, eran en todo caso resultado de las inmemoriales costumbres de la isla respecto de los dobles matrimonios y de la unión prenupcial, en tales condiciones que el tipo fisonómico se transmitía casi uniforme de padres a hijos a través de varias generaciones, de suerte que, hasta no hace mucho tiempo, viendo un hombre y una mujer nativos, se veía a toda la población de aquella solitaria roca, poco menos que desgajada de la tierra firme.

Pierston dio la vuelta con melancolía, alejándose de aquellos pintorescos alrededores. Antes de emprender la caminata por las dos millas de carretera que le conducirían a la pequeña población de la costa, volvió a buscar las rocas donde la había encontrado, y la grieta que había aprisionado a aquella nueva edición tan terriblemente tardía de la Bien Amada. Arrodillado junto al paraje, introdujo la mano, y, después de mucho esfuerzo, sacó la botina. Meditó sobre ella un momento, se la guardó en el bolsillo y se marchó por la pedregosa ruta a Street of Wells.

### **Deja su marca la renovada imagen**

Para visitar cuantas veces quisiera a la madre de la nueva Avicia, no tropezaba Pierston con otro obstáculo que las cinco millas de ferrocarril y las otras dos de cuesta escarpada que había que trepar hasta las alturas de la isla. Así fue que dos días después repitió el viaje, y a la hora del té llamó a la puerta de la viuda. Como había temido, la hija no estaba en casa. Se sentó junto a la antigua querida de su corazón, que en pasados días eclipsara a su

madre y ahora estaba eclipsada por su hija. Jocelyn sacó la botina del bolsillo.

—Entonces, ¿fue usted quien libró a Avicia del cepo en que se había metido?

—Sí, querida amiga: y acaso te ruego que me ayudes a salir del mío antes de acabar la conversación. Pero no importa ahora esto. ¿Qué dijo ella del percance?

La señora Pierston le miraba pensativa, y replicó con muestras de interés:

—Pues me parece extraño que haya sido usted, señor. Creí que podía haber sido un joven..., otro mucho más joven.

—Pudiera serlo en cuanto atañe a los sentimientos... Ahora, Avicia, iré derecho al asunto. Virtualmente hace muchos años que conozco a tu hija. Al hablar con ella puedo anticipar los giros de su pensamiento, sus emociones, sus actos, pues no en balde hice tan largo estudio de todo ello en tu madre y en ti. Por lo tanto, no necesito estudiarla; la estudié y aprendí en sus anteriores existencias. Ahora no te asustes. Quiero casarme con ella. Esto me llenaría de gozo si no hubiese nada descabellado en ello o que pareciese demasiado locura en mí y tan degradante para ella si consintiese. Como ya sabes, puedo hacerla relativamente rica y satisfacería todos sus antojos. Ésta es la idea, lisa y llanamente expuesta. Ajustaría en mi ánimo algo que durante cuarenta años ha estado desbaratado. Después de mi muerte, ella tendría absoluta libertad y todos los medios para disfrutarla.

La señora Pierston se mostró algo sorprendida, pero en modo alguno asustada, y exclamó con picaresca sencillez, en la que difícilmente se dejaba de advertir la afectación:

—¡Ya me figuraba yo que estaba usted un poquito prendado de ella! Conociendo como conozco la tónica de su temperamento desde que hace años pasó aquello conmigo, nada de lo que haga en este particular puede admirarme.

—Pero ¿no pensarás mal de mí por ello?

—De ningún modo... A propósito: ¿adivinó usted para qué le dije que viniese a verme?... Pero ahora poco importa... Ya es cosa pasada... Por supuesto, eso dependerá de los sentimientos de Avicia... Acaso prefiera casarse con un joven.

—Sin embargo, supongamos que no apareciese un joven de satisfactorias condiciones...

En la cara se le conocía a la señora Pierston que apreciaba la diferencia entre pájaro en mano y ciento volando. Miró curiosamente a Jocelyn de arriba abajo, y dijo:

—Sé que para cualquiera sería usted un perfecto marido. Sé que sería usted mucho más perfecto que otros la mitad menos viejos; y aunque es mucha la diferencia de edad entre usted y ella, verdad es que ha habido matrimonios muchos más desiguales. Hablando como madre, puedo decir que por mi parte no habrá inconveniente alguno para que se case usted con ella, con tal que ella esté de acuerdo. En esto estriba la dificultad.

—Pues yo desearía que me ayudaras a vencer esta dificultad —respondió él cariñosamente—. Acuérdate de que hace veinte años te devolví un marido descarriado.

—Es cierto; lo hizo; y aunque no puedo decir grandes cosas respecto a la felicidad que de ello resultó, siempre comprendí que no eran menos nobles sus intenciones respecto a mí en este particular. Yo haría por usted lo que por ningún otro hombre, y hay una especial razón que me mueve a favorecer su propósito con Avicia, y es que estoy absolutamente segura de ayudarla a tener un marido cariñoso.

—Bien; dejémoslo hasta que lo veamos. De todos modos, yo me esforzaría en merecer tu opinión. Mira, Avicia, por la memoria de pasados tiempos debes ayudarme. Tú sabes que entonces sólo sentiste amistad por mí, y eso te facilita, como cosa propia, que ahora me otorgues un favor.

Tras un poco más de conversación, su antigua amiga prometió que haría todo cuanto estuviese en su mano; pero no le dijo lo simple que le parecía él por no haber notado que al escribirle estaba ya haciendo cuanto le era posible, pues había despertado el sentimiento que provocó su petición. Y para demostrar la buena fe de su promesa, le indicó a Pierston que esperara hasta el anochecer, cuando tal vez Avicia pasaría a verla.

Pierston se figuraba haber despertado el interés de la joven Avicia, al menos por la parte que había tomado la semana anterior en el incidente de las rocas; y, sin embargo, temía encontrarse con ella a plena luz hasta que hubiese adelantado algún tanto más en su estimación.

Por consiguiente, quedó perplejo al oír la propuesta, y al verle titubear, la señora Pierston insinuó la idea de que saliesen ambos a pasear en la dirección por donde vendría Avicia, si es que venía.

Asintió Jocelyn, y al cabo de pocos minutos se pusieron en marcha, caminando a la luz de la ya entonces refulgente luna, y al llegar a la puerta del castillo de Sylvania se volvieron hacia la casa. Después de dos o tres idas y venidas desde la casa al castillo y del castillo a la casa, vieron por fin acercarse a la que aguardaban.

Tan pronto como se encontraron, la joven reconoció en el compañero de su madre al señor que la había auxiliado en la costa, y se alegró mucho al saber

que su caballeroso asistente era antiguo amigo de su madre. Recordaba haber oído hablar de un cumplido caballero residente en Londres, hombre de talento y fortuna, cuyos ascendientes fueron naturales de la isla, y acaso, a juzgar por el apellido, del mismo linaje que el de ella.

—¿Y usted ha vivido en el castillo de Sylvania, señor Pierston? —preguntó la joven Avicia con su ingenua voz—. ¿Hace mucho tiempo de ello?

—Sí, ya hace algún tiempo —respondió el escultor con el corazón amilanado por miedo de que ella preguntase cuánto tiempo.

—Debió de ser cuando yo estaba en el colegio o era muy chiquita.

—No creo que estuvieses fuera.

—Pero tampoco creo que pudiera estar aquí.

—No; tal vez no podías estar aquí.

—A mí me parece que aún estaba escondida en la parcela del perejil —repuso suavemente la madre de Avicia.

En estos términos generales fueron conversando por el camino hasta llegar a casa de la señora Pierston; pero Jocelyn se resistió doblemente al ofrecimiento de la viuda y a los deseos de su corazón, despidiéndose sin entrar. Para arriesgarse en visible careo con ella, el ascendiente que había ganado o imaginaba haber ganado con la reencarnada Avicia, se necesitaba mucho más valor del que él tenía en su actual disposición de ánimo.

Frecuentes fueron los paseos vespertinos, como el referido, durante el creciente de aquella luna estival. En una ocasión como quiera que todos ellos eran buenos andarines, convinieron en encontrarse a mitad de camino entre la isla y la población donde se hospedaba Pierston.

Era imposible que la linda joven no hubiese conjeturado ya la finalidad de aquellos paseos. Era un matrimonio; pero se inclinaba a creer que Pierston tenía a la viuda y no a ella por objeto de sus miras, sin acertar a comprender por qué aquel caballero tan fino y evidentemente tan rico se habría enamorado de su madre, cuya ordinariez resultaba notoria para la joven educada en la vida moderna.

Según lo convenido, se encontraron en el banco de guijarros. Cruzaron el puente de madera que enlazara el banco con la costa propiamente dicha, y se encaminaron hacia el castillo de Enrique VIII, sito en el borde del pedregoso acantilado.

Como el castillo de Red-King en la isla, el interior estaba a cielo abierto, y cuando entraron y la luz de la luna les dio de lleno sobre el filo de la circundante mampostería, la realidad material se desvaneció de la mente de

Jocelyn, oprimida por los recuerdos. Ni una ni otra de sus dos acompañantes conjeturaron en qué pensaba. En aquel mismo paraje debía de haberse encontrado con la abuela de la joven que estaba junto a él, y la hubiera encontrado si ella hubiese acudido a la cita que pudo, o mejor dicho, debió de haber cambiado todo el curso de su vida.

Por el contrario, habían transcurrido cuarenta años; cuarenta años de separación de Avicia, hasta que por segunda vez una renovada imagen de la querida de su corazón se alzaba a sustituirla. Pero ¡ay!, él, en cambio, no estaba renovado. Y de todo esto nada sabía la linda jovencita que tenía a su lado.

Aprovechándose de que la tercera Avicia se había apartado para ver el mar por un boquete del muro, Pierston le dijo a la madre con un murmullo:

—¿Le has insinuado algo de mis intenciones? ¿No? Pues creo que ya puedes hacerlo, si en verdad no tienes inconveniente.

La viuda Pierston estaba a la sazón muy lejos de sentirse tan fría respecto de su amigo como en los días en que pretendió casarse con ella. Si ahora hubiese sido el objeto de sus deseos, no necesitaba él decírselo dos veces. Pero como buena madre, sofocó sus sentimientos y respondió que aquel mismo momento sondearía el ánimo de su hija.

Adelantándose hacia el boquete de la muralla, donde la joven estaba contemplando el mar, exclamó:

—¡Avicia! ¡Querida mía! ¿Qué dirías si el señor Pierston se dedicara a ti, es decir, si te cortejara, como yo llamo a esto a la antigua usanza? Suponiendo que así fuese, ¿le darías esperanzas?

—¿A mí, madre? —respondió Avicia con inquisitiva risa—. Yo creí que se dedicaba a ti.

—¡Oh!, no; él no ha puesto en mí los ojos —se apresuró a replicar la madre—. No es nada más que un amigo mío.

—No necesito aclaración alguna —repuso la hija.

—Es hombre muy fino, y te llevaría a una elegante casa de Londres, adecuada a tu educación, en vez de quedarte aquí toda la vida hecha una tonta.

—¡Ya me gustaría! —dijo Avicia displicentemente.

—Pues entonces, ánimale.

—No me interesa lo bastante para darle alientos. Me parece que a él le toca hacer lo que convenga.

Hablaba ella con muy buen humor; pero el resultado fue que cuando

Pierston, quien se había apartado discretamente se reunió con ellas, la madre se quedó algo atrás y la hija anduvo dócilmente, aunque quizás algo melancólica, al lado del escultor. Llegaron a una abrupta pendiente, y Pierston le tomó la mano para ayudarla a bajar, y ella consintió en que se la retuviese al estar en terreno llano.

No era en modo alguno una excursión perdida para aquel hombre de flotante corazón, aunque acaso el éxito inicial significaba para él en el transcurso de los sucesos algo peor de lo que hubiera sido un fracaso inicial. Hasta entonces nada había de extraordinario en la docilidad de la joven. Pierston, vestido a la última moda y a la luz de la luna, tenía bastante buen aspecto.

Sus conocimientos artísticos y sus modales de hombre que ha viajado mucho no carecían de atractivo para una muchacha que por un lado pertenecía a la culta clase media, y por otro a los rudos y sencillos habitantes de la isla. Sus aficiones y simpatías intensamente modernas estaban realzadas por puntos de vista peculiares y locales.

Pierston hubiera considerado con excesivo egoísmo su interés por ella, de no existir una redentora cualidad en el sustrato de las viejas y patéticas memorias que habían engendrado su amor, las cuales todavía le empapaban, infundiéndole el más tierno, anhelante y protector afecto que jamás sintiera. Seguramente contribuía a este instinto en demasiada proporción el juvenil fervor que caracterizó semejante afecto cuando su rostro era lozano y sus pies ligeros, como los de la muchacha; pero si todo esto eran sentimientos de la juventud, aún había más.

La señora Pierston, temerosa de ser franca, para que no pareciese que codiciaba la fortuna de Jocelyn, no advirtió del todo la facilidad cariñosa con que la brindara, si de esta suerte pudiera compensar su infidelidad a la familia de ella durante los cuarenta años pasados. El tiempo no la había hecho egoísta, pero sí amortiguado sus ambiciones; y aunque su deseo de casar a Avicia no se limitaba a enriquecerla, la convicción que la madre alimentaba de que sería su hija mucho más rica cuanto le cupiera imaginar, la movía a consentir en el amor de Pierston.

Al mirarse al espejo a la mañana siguiente, Jocelyn se dijo que no era del todo viejo. Representaba muchos menos años de los que tenía. Pero llevaba escrita su historia en el rostro.

Su frente no era ya aquella página en blanco de otros tiempos. Pierston conocía el origen de aquella arruga en su frente.

Preocupaciones del pasado la trazaron uno o dos meses atrás. Recordaba la aparición de aquellas hebras de plata en sus cabellos. Las trajo la enfermedad

sufrida en Roma, cuando todas las noches deseaba no volver nunca a despertar.

Aquel arrugado rinconcito que dibujaba un repliegue de piel, era efecto de aquellos meses de abatimiento, cuando todo parecía conjurarse contra su arte, su vigor y su dicha.

Se decía a sí mismo: «Jocelyn, no puedes vivir y al mismo tiempo retener la vida». El tiempo luchaba contra él y contra el amor, y probablemente vencería el tiempo.

Continuaba diciéndose, como si en realidad fuese desdichado: «Cuando me separé de la primera Avicia, tuve el presentimiento de que algún día me arrepentiría. Y estoy penando y he penado desde entonces, desde que este bribón de Ideal aprendió la irrazonable treta de habitar en una sola imagen».

En suma, no dejaba de sospechar que sería una locura temeraria insistir.

### **Un valeroso esfuerzo por la última encarnación**

La aparición de Somers con su esposa e hijas en la Explanada de Budmouth interrumpió aquel frívolo galanteo con la joven Avicia, provocado tan hábilmente por su madre. Alfredo Somers, el un tiempo joven tan pinturero como sus cuadros, era ahora un padre de familia, de mediana edad, que usaba lentes, sin otro objeto que el de ver a través de sus cristales, y tenía una hilera de hijas, ya granaditas, que aumentaban notablemente los ingresos de los balnearios instalados en la playa.

La señora Somers, en otro tiempo la intelectual y emancipada señora Pine-Avon, había retrocedido al mezquino y timorato estado mental de madre y abuela, y examinaba con estricto rigor la literatura y arte de la actualidad que llegaba a las inocentes manos de su numerosa prole femenina, a fin de apartar de sus lindos ojos todo lo crudo y descarnado de la vida. Era otro ejemplo de que la mujer en las sucesivas generaciones rara vez se distingue por la acumulación de sus adelantos, pues lo que gana de soltera lo pierde al casarse, de suerte que se mueven arriba y abajo de la corriente del desenvolvimiento intelectual, como objetos flotantes en el flujo y reflujo de una ría. Y esto quizá no sea debido a sus defectos individuales, sino a las dificultades de educar a los hijos.

El pintor de paisajes, ya académico como Pierston y más popular que distinguido, había dado de mano a aquellos temas pictóricos que le fueron peculiares en pasados tiempos, dedicándose, en cambio, por instigación de la crítica de bajo vuelo, a pintar placenteros aspectos de la Naturaleza, destinados

al ornamento de las habitaciones, y que, realmente, eran muy notables en su género. De esta suerte recibía cuantiosos cheques de gente bien acomodada de Inglaterra y América, con cuyo importe se había construido un suntuoso estudio y una casa grande en rededor, y costeaba la educación de sus hijas, a la sazón, en la edad del crecimiento.

Al ver Pierston que Somers había pasado de su humilde posición al superior nivel de tener familia, casa, estudio y reputación social, y que sus extravagantes conceptos y alocadas imágenes eran para él goces que jamás habían de volver, pensó que, como contemporáneo del pintor, también había de ser uno de tantos de los que dan de mano a su pasado y toman, en consecuencia, un aire de gravedad antirromántica. Se abstuvo de ir a la península de Avicia durante los quince días que permaneció Somers en la estación balnearia, aunque su poético contorno gris, «entronizado a orilla del mar», acariciaba sus ojos mañana y tarde a través del camino.

Cuando el pintor y su familia terminaron su temporada balnearia, Pierston pensó que también él debía marcharse, aunque no sin despedirse por lo menos de Avicia la mayor, pues de lo contrario fuera impropio de la amistad que desde tan largo tiempo le unía a ella. Una tarde, a la hora más a propósito para visitarla, emprendió el corto viaje a la isla por el angosto istmo de enlace, y llegó a casa de la señora Pierston a punto de oscurecer.

Brillaba una luz en el piso alto. Al preguntar por su amiga viuda, le dijeron que estaba gravemente enferma, aunque no en peligro de muerte. Por más que supo que su hija estaba con ella y se enteró de otros pormenores, dudó de si debía entrar, y, en consecuencia, le mandó recado diciéndole si podía verla. Pero había oído su voz y la señora Pierston tenía gusto en verle.

No le era humanamente posible rehusar; pero como un relámpago, cruzó por su mente el recuerdo de que la joven Avicia no le había visto aún en realidad, sino tan sólo el contorno de su figura, la silueta, que lo mismo podía ser de un hombre treinta años más joven, y su continente, remozado en galana apariencia por la débil luz de la luna. Por lo tanto, el escultor subió con prevención la escalera y entró en la salita del piso alto, arreglada para alcoba de la enferma.

Estaba la señora Pierston recostada en un sofá, y sorprendía la delgadez de su macilento semblante, en relación con el corto tiempo transcurrido desde el ataque. Tan pronto como vio a Jocelyn, le dijo tendiéndole la mano:

—Venga usted acá, señor. No se asuste al verme.

Avicia estaba sentada junto a su madre, leyendo, y se levantó de un brinco, con aire de no reconocer de pronto al recién venido. Pero al instante exclamó:

—¡Oh!, es el señor Pierston.

Y rápidamente añadió, con evidente sorpresa y sin darse cuenta:

—Yo creí que el señor Pierston era...

No salió de sus labios lo que pensaba que él era, y Jocelyn no pudo descifrar el enigma hasta que una nueva modalidad en su manera de tratarle le reveló que las palabras «más joven» hubieran seguramente redondeado la frase. Si Pierston no la hubiese visto de nuevo, pudiera soportar filosóficamente la cambiada opinión que de él tenía la joven; pero la estaba viendo otra vez, y su vista reavivó sus arraigados sentimientos.

Entonces Pierston se enteró por primera vez de que la viuda había sufrido durante los últimos años, y frecuentemente, repentinos ataques de aquella índole. Se achacaban a una angina de pecho, y el último amago había sido el más grave. Estaba en aquel momento libre de dolor, aunque débil, agotada y nerviosa. Sin embargo, no quiso hablar de sí misma, sino que, aprovechándose de la ausencia de su hija, que había salido de la habitación, sacó a relucir el asunto que mayormente le embargaba el pensamiento.

No la habían inquietado los remordimientos, como inquietaron a su visitante, sobre la oportunidad de su galanteo en consideración a su edad. Su febril desasosiego porque después de lo iniciado Pierston no volviera a ver a Avicia, no dejó de influir en su salud, y esto la hacía más sincera de lo que se propusiera ser.

—Las tribulaciones y las enfermedades despiertan todo tipo de temores, señor Pierston —dijo la viuda—. Desde que me habló de ello lo sentí como un deseo y después como una gran esperanza. ¡Ha sido tan vivo mi anhelo de que se realizase! Así, me alegro de que haya venido.

—¿Te refieres a mi deseo de casarme con Avicia?

—Sí; eso es. No sé si todavía piensa del mismo modo. ¿Tiene las mismas intenciones? Pues entonces yo deseo que se haga algo... inducirla a que acepte..., algo así como poner en regla el asunto. De lo contrario, no sé lo que va a ser de ella. No tiene sentido práctico como yo lo tuve. Difícilmente le gustaría quedarse aquí casada con un isleño, y me perturbaría dejarla sola.

—Espero que nada te ocurra por ahora, mi querida y vieja amiga.

—Bien; pero me quejo del riesgo, y cuando me dan los ataques son tan angustiosos que, según me dicen, debo desechar toda preocupación. Ahora bien: ¿la quiere usted por esposa, señor?

—¡Con toda el alma! Pero ella no me quiere.

—No creo que esté tan en contra de usted como se figura. Me parece que si, estando yo como estoy, se le expusiera de plano la cuestión, sería cosa hecha.

Pasaron a conversar sobre los primeros días de su conocimiento, hasta que la hija de la señora Pierston regresó a la habitación.

Al cabo de pocos minutos, la madre le dijo:

—Avicia, volvamos sobre aquel asunto de que tantas veces te he hablado desde que tuve el ataque. Aquí está el señor Pierston, que desea ser tu marido. Es mucho más viejo que tú pero, no obstante, no creo que puedas encontrar otro mejor. Ahora bien, en vista del estado en que me hallo y con el natural anhelo de verte acomodada antes de que me muera, ¿lo quieres tú?

—Pero, madre, ¿no te vas a morir! Ya estás mucho mejor.

—Tan sólo de momento. Mira, es bueno, inteligente y rico. ¡Yo desearía tanto y tanto que fueses su esposa! No puedo decir más.

Avicia dirigió al escultor una mirada suplicante, y después bajó los ojos al suelo, murmurando en voz apenas oída estas palabras, volviéndose hacia Pierston:

—¿De veras me quiere por esposa? Nunca me lo ha dicho.

Jocelyn respondió vivamente:

—¡Querida mía! ¿Cómo puedes dudarle? Pero no he de violentarte para que te cases conmigo como un favor y en contra de tus sentimientos.

—¡Yo creí que el señor Pierston era más joven! —dijo Avicia al oído de su madre.

—Eso poco importa, en consideración a lo demás. Piensa en tu posición y en la suya. Fíjate en que es un escultor con casa y taller lleno de bustos y estatuas, que yo desempolvé en mi tiempo, y ten en cuenta los hermosos estudios que allí podrías hacer. Seguramente llevarías la vida que mejor te conviene. Tu costosa educación se está malgastando aquí.

Avicia no replicó. Era de carácter apacible, como lo fuera su abuela, y se quedó un rato como si se preguntase si debía o no acceder, hasta que, por fin, respondió sosegadamente:

—Muy bien. Me parece que debo consentir en casarme con él, puesto que tú me lo dices. Veo que será prudente hacerlo, que tú lo deseas y que el señor Pierston está realmente enamorado de mí. Por lo tanto..., con tal que...

Pierston no retrocedió en esta crítica coyuntura, a pesar de las desagradables sensaciones que experimentaba. Pero el histórico ingrediente de esta genealógica pasión (si así cabe llamar a su continuidad a través de tres generaciones) incitaba su perseverancia a expensas de la prudencia. La madre tenía a su hija de la mano, y tomando la de Pierston puso en ella la de Avicia.

Ninguna otra razón se adujo, y se consideró resuelto el asunto. Poco después se oyó en los cristales de la ventana un ruido, como si hubieran arrojado arena, y levantando la cortinilla Pierston vio que el distante faro flotante parpadeaba cual un ojo confuso y legañoso. Con la oscuridad había sobrevenido una llovizna que, a puñados de gotas, azotaba los cristales. Jocelyn se proponía recorrer a pie las dos millas hasta la estación balnearia, pero iba a calarse, así es que se quedó a cenar, y en vista de que no mejoraba el tiempo aceptó la invitación de la señora Pierston para pasar allí la noche.

De esta suerte sucedió que de nuevo vino a alojarse en la casa donde había vivido de niño, antes de que su padre hiciese fortuna y de que su propio nombre resonase allende los confines de la isla.

Apenas durmió; y en cuanto apuntó el alba se incorporó, sentado en la cama. ¿Por qué había de vivir siempre en Londres o en otra capital si se llevaba a cabo aquel plan de matrimonio? Seguramente, con su joven esposa sería la isla el mejor lugar para él. Podría alquilar el castillo de Sylvania, como hiciera en otro tiempo, y aún mejor comprarlo. Si la vida podía ofrecerle algo de valiosa posesión, era un hogar con Avicia, en sus peñascos natales, hasta el fin de sus días.

Entregado a estos pensamientos fue clareando el día, y al poco percibió a corta distancia, frente a sí, algo que se movía fantásticamente. Estaba él situado ante la ventana, y advirtió que, por casualidad, se había puesto el espejo en posición vertical, de modo que lo que veía era su propia imagen. Al reconocerse se sobresaltó. Aparecía en el espejo, lastimosamente, muchísimo más adelantado en años que los que él sentía sobre sus espaldas. Pierston no se detuvo a considerar la figura que tan burlescamente le enfrentaba, y cuya voz parecía decir: «Es inminente la tragedia». Pero en cuanto a la cuestión de la edad no podía desentenderse de su espectral imagen, y, por último, saltó de la cama fatalmente fascinado por su reflejo. No sabía si era por haber andado mucho en los recientes días, o por qué. Pero nunca, en veinte años, se había visto tan avejentado como en el espejo a la luz de aquella mañana, fría y gris. Si su alma era lo que era, ¿por qué había de entorpecerla aquel armazón, poco menos que marchito? ¿Por qué había de ser incapaz de cambiarlo por otro, como tan frecuentemente hiciera la Bien Amada ideal?

Con motivo de la enfermedad de su madre, Avicia vivía ahora en su casa, y al bajar Pierston de su aposento vio que los dos iban a almorzar frente a frente; y aunque en aquel momento no se hallaba Avicia en el comedor, entró al cabo de pocos minutos. Sabía ya Pierston que la viuda estaba mucho mejor aquella mañana, y exaltado por la perspectiva de sentarse a la mesa con Avicia, se dirigió gozosamente a ella; pero al verle a la plena luz del día que entraba por la ventana, se sobresaltó; y él entonces se dio cuenta de que aquél era su primer encuentro bajo los rayos del sol.

Quedó Avicia tan sobrecogida, que volvió a salir del aposento, como si hubiese olvidado algo, y al volver estaba visiblemente pálida. Se repuso y dio sus disculpas. Había pasado en vela la noche anterior, según dijo; y no se hallaba tan bien como de ordinario.

Acaso hubiera algo de verdad en esto; pero Pierston no podía pasar por alto aquella primera mirada de espanto de la joven, que bastaba para afianzar, en pleno día, los presagios nocturnos de que en este proyecto de matrimonio acechaba una posible tragedia; y así se determinó a que, aun a costa de su corazón, no hubiese desde aquel momento ningún equívoco ni yerro acerca de él.

—Señorita Pierston —dijo al sentarse—, puesto que te conviene saber toda la verdad antes de que vayamos más adelante, para que después no haya desagradables discordias voy a decirte algo acerca de mí, si acaso no estás demasiado angustiada para oírlo.

—No; dígamelo.

—Yo amé un tiempo a tu madre, y quise casarme con ella; pero ella no quiso, o, mejor dicho, no pudo casarse conmigo.

—¡Oh! Qué cosa más extraña —repuso la joven mirando de los manjares del desayuno a él, y de él a los manjares del desayuno—. Mi madre nunca me habló de esto. Pero, naturalmente, usted pudo cortejarla. Quiero decir que estaba usted en edad para ello.

Pierston tomó la observación como una pulla, aunque no fue tal el propósito de ella, y respondió enojadísimo:

—¡Oh! Sí, estaba en edad. Era casi demasiado viejo.

—¿Demasiado viejo para mi madre? ¿Cómo es esto?

—Porque fui novio de tu abuela.

—¡No! ¿Cómo es posible?

—También la amé, y me hubiera casado con ella si hubiese seguido por el camino adelante en vez de darme el esquinazo.

—Pero usted no puede haber sido novio de mi abuela; señor Pierston. No es usted tan viejo. Porque ¿cuántos años tiene? Nunca me lo ha dicho.

—Soy muy viejo.

—¡A mi madre y a mi abuela! —exclamó Avicia mirándole, no ya como a un posible marido, sino como a una extraña reliquia fosilizada en humana forma.

Lo advirtió Pierston, y quiso proseguir la conversación, aun a costa de sí

mismo.

—El galán de tu madre y de tu abuela.

—¿Y también lo fue usted de mi bisabuela? —preguntó con expectante interés por lo que le decía Pierston, como un drama que de momento prevaleciese contra sus personales consideraciones.

—No, no; de tu bisabuela, no. Tu imaginación supera a mis confesiones. Pero soy muy viejo, como ves.

—¡No lo sé! —murmuró ella en tono suplicante—. No lo parece, y creo que es lo que aparenta.

—Y tú... tú eres muy joven —prosiguió Pierston.

Hubo entonces un silencio, durante el cual ella estuvo cohibida, mirándole de cuando en cuando, de modo que en sus rasgados ojos y grandes pupilas había algo que bien pudiera ser simpatía o nerviosismo. Pierston almorzó sobriamente y, levantándose de pronto de la mesa, dijo que se iba a pasear por los acantilados, porque la mañana estaba muy hermosa.

Así lo hizo, marchando a lo largo de las alturas del nordeste, cerca de una milla. Virtualmente había renunciado a Avicia, pero no formalmente. Su intención era volver a la casa al cabo de media hora y hacer una visita matinal a la enferma; pero por no reiterar los proyectos de la noche anterior, bien podía considerarles como meros coloquios sin resultado positivo, en vista de que Avicia no le amaba.

En consecuencia, Pierston siguió camino adelante, y al cabo de una hora estaba en su hospedaje de Budmouth. Nada ocurrió hasta la víspera que pudiese informarle de cómo había sido comentada su ausencia. Entonces recibió de la señora Pierston una nota escrita con lápiz, evidentemente desde la cama, en la que le decía:

Estoy alarmada por su brusca marcha. Avicia teme haberle ofendido, y estoy segura de que no fue ésa su intención. ¡Esto me pone terriblemente ansiosa! ¿Mandaré usted cuatro letras? Con seguridad que no nos abandonará ahora. ¡Mi corazón anhela tanto el bienestar de mi hija!

«No quiero abandonarla —se dijo Jocelyn—. Es un caso muy semejante al primero. ¡Pero yo debo permitir que ella me abandone!».

Al volver a la casa, sin otro objeto que el de despedirse de la señora Pierston, la encontró penosamente agitada. Le tomó ella la mano, bañándola en lágrimas, y exclamó:

—¡Oh! No se dé usted por ofendido con ella. ¡Es tan joven! ¡Somos coterráneos, y no va a casarse con un forastero! ¡Se me traspasaría el corazón

si usted la abandonase ahora! ¡Avicia!

Acudió la muchacha y dijo en voz queda:

—Me porté esta mañana de un modo violento e insensato. Pido perdón, y quiero mantener mi promesa.

Su madre, todavía anegada en lágrimas, volvió a enlazar las manos de ambos, y quedó el compromiso como antes. Pierston regresó a Budmouth, viendo cuán extrañamente, por ser un pretendiente rico, las ideas de beneficencia y de conveniencia le retenían en el camino trazado por la madre de Avicia, impelido por su temerario deseo, a pesar de su razonable juicio.

### **Al borde de la posesión**

En previsión de su boda había tomado Pierston una nueva casa, de las de ladrillo rojo, como las de Kensington, con un nuevo estudio o taller, grande como un granero medieval, en la parte trasera. De acuerdo con la Avicia mayor, cuya salud había mejorado un poco, invitó a madre e hija a pasar un par de semanas con él, creyendo ejercer de este modo en la imaginación de la joven una influencia imposible mientras estaba de visita en su casa, y al propio tiempo interesar a su prometida en el arreglo y amueblado de la nueva morada, para que despertara en ella el anhelo de ser su dueña.

Pasarían una placentera y tranquila temporada en la ciudad. Nadie las interrumpiría en sus quehaceres, y como era época de vacaciones, los más famosos tenderos se mostrarían tan solícitos para satisfacer sus necesidades, como si nunca hasta entonces hubieran encontrado un parroquiano de su gusto. Pierston y sus huéspedes, poco más o menos igualmente inexpertos (porque el escultor casi había olvidado las normas de gobierno doméstico que aprendiera en su temprana edad), pudieron ver prácticamente una especie de estampa del asombro al recibir a las visitas, cuando la pareja les participaba que se iban a casar el invierno próximo.

Avicia estaba encantadora, aunque algo fría. Pierston se congratulaba de nuevo, no obstante, de que el tiempo le hubiese reservado aquella fortuna con una mujer de su linaje. Era Avicia algo parecida a su madre, a quien él había amado carnalmente, pero tenía el alma de su abuela, a quien amara espiritualmente, y por esto mismo la quería más ahora. Sólo un defecto notaba en su elegida: que aunque en la apariencia externa idealizaba a la abuela, no tenía el candor de la primera Avicia, sino más bien la reserva de su madre. Nunca conocía Pierston lo que su novia pensaba y sentía. Sin embargo, se figuraba tener tan seguros derechos sobre las mujeres de la estirpe de Avicia,

que no le preocupaba gran cosa aquella falta de confianza.

Era una de esas suaves y serenas tardes de estío, que a veces colorean Londres con su dorada luz y producen maravillosas puestas de sol, que aplaudiríamos frenéticamente si no supiésemos que están formadas por el humo del carbón de las cocinas y las exhalaciones animales. Tras los perpendiculares, oblicuos, serpenteados y curvos capacetes de cinc de las chimeneas, que formaban un dibujo algo parecido a un muestrario de primitivas cifras góticas, al destacarse sobre el cielo, los pasajeros que iban en la imperial de los ómnibus veían una irradiación de matices de topacio difuminados acá y allá en hermosísimos tonos rojizos.

Durante la tarde había caído un aguacero, y Pierston, que se cuidaba mucho, se había puesto chanclos para salir. Sin hacer ruido entró en el estudio donde se habían deslizado algunos resplandores de la misma suave luz crepuscular, y donde suponía encontrar a sus futuras esposa y suegra esperándole y tomando el té. Pero sólo estaba allí Avicia, sentada junto a la tetera de morena arcilla, que como artistas estimaban en mucho, y de espaldas a la puerta. Tenía el pañuelo en los ojos, y vio Pierston que lloraba silenciosamente, advirtiéndole en seguida que derramaba su llanto sobre un libro. Ya entonces había notado Avicia la presencia de Pierston, y se levantó para ir a su encuentro. Él se mostró como si no hubiese reparado en la tristeza de ella, y discutieron acerca de la disposición de los muebles. Después de tomar Pierston una taza de té, Avicia se marchó, dejando el libro allí.

Pierston lo tomó. Era un viejo libro escolar, las *Lectures Françaises*, de Stiévenard, con el nombre de Avicia como alumna de la Escuela Superior de Sandbourne, y fechas marginales de las lecciones dadas no hacía mucho tiempo, pues Avicia era muy novel ama de gobierno cuando la conoció. Muy extraño resultaba que una alumna (cual virtualmente era Avicia) llorara con un libro de colegio delante. ¿La habría emocionado algún asunto de la lectura? Imposible. Pierston se puso a pensar y se le entibió el entusiasmo por el arreglo de la casa que tan alegremente había emprendido. Algo ajaba de nuevo la floración de su próximo enlace. Aunque amaba a Avicia cada vez más tiernamente temía con frecuencia que su cariño la echara a perder, por no negarse a ninguno de sus caprichos.

Pierston miró en torno del vasto y ostentoso estudio, ya envuelto en sombras, de las que se destacaban las blancas y cadavéricas figuras de sus estatuas de mármol y de fundición, y otros trebejos, que de soslayo le miraban meditabundos, como si le dijese: «¿Qué vas a hacer, viejo muchacho?». Nunca habían tenido las esculturas aquel aspecto mientras permanecieron en su sencillo taller anterior, donde llevara a cabo todas las obras artísticas realmente meritorias de su vida. ¿Para qué necesitaría un nuevo taller como aquél un hombre de su edad, que desde muchos años atrás no había esculpido

nada destacable ni que pudiera acrecentar su reputación artística? Todo era a causa de su elegida, y ésta por lo visto, no le quería.

Nada más observó Pierston en Avicia que le hiciera recelar, hasta una semana después, poco antes de terminar la temporada de estancia en Londres. A la hora de comer, estando Pierston sentado entre Avicia y su madre, a una mesa algo estrecha, notó que su novia parecía sumamente nerviosa, y emocionado por ello se atrevió a decir, revelando en su tono que estaba tan desazonado como ella:

—¿Por qué te veo tan agitada, niña mía?

—¿Agitada yo? —exclamó Avicia con sobresalto, fijando en él sus hermosos ojos castaños—. Sí; lo estaré quizá, porque he recibido carta de un antiguo amigo.

—No me la has mostrado —dijo su madre.

—No; la he roto.

—¿Por qué?

—No era necesario guardarla, y por eso la rompí.

La madre no le preguntó más sobre el asunto, y Avicia no se mostraba dispuesta a insistir.

Se recogieron temprano a su aposento, como tenían por costumbre, y Pierston se quedó paseando por el taller largo rato, meditando sobre muchas cosas, y no era la última de ellas la idea de que casarse con una mujer no es, en modo alguno, lo mismo que unirse a ella. El «antiguo amigo» a que se había referido Avicia le sonaba muy mucho a «pretendiente». De lo contrario, ¿por qué había de perturbarla tan hondamente aquella carta?

Con todo, parecía que hubiese allí, en Londres, algún mal presagio en relación con su esperado matrimonio. Durante los primeros días de su estancia en la ciudad, se le mostraba ella más amable. La causa de Pierston había ganado algo con la venida de ella, pues la vista de la casa la había impresionado y casi convencido; y aunque reconocía que ni por ley, no por razón, ni por naturaleza tenían él ni la madre derecho alguno para casarla contra su voluntad, resolvió hacer todo lo posible para influir en su ánimo, dejando sentados ante madre e hija los pormenores de la boda.

Así procedió a hacerlo a la mañana siguiente. Al encontrarse con Avicia, notó en su semblante huellas de recelo; pero lo achacó al temor de que la noche antes le hubiera ofendido con su gesto taciturno. En presencia de Avicia requirió Pierston, sin rodeos, a la madre para que la hija fijara, lo más cercanamente posible, la fecha del matrimonio, pues ya se sentía la señora Pierston muchísimo más animada, y gozosa. Por otra parte, tenía la madre sus

dudas sobre la conveniencia de diferir la boda, y dirigiéndose a su hija, le dijo:

—¿Lo has oído, querida mía?

Resolvieron, por último, que la viuda y su hija regresaran a la isla de allí a un par de días, para esperar la llegada de Pierston la víspera de la boda, inmediatamente después de regresar ellas.

Con arreglo a lo convenido, se hallaba ya Pierston en la costa meridional de Inglaterra al anochecer de la precitada víspera, y, según se iba acercando a la isla, la divisaba como una melancólica personificación, como una criatura entristecida por la idea de que él iba a arrebatarle de su guarda el más precioso tesoro que nunca poseyera. Había venido solo, para no molestarlas, y quiso detenerse un par de horas en el vecino puerto, a fin de dar algunas órdenes relativas a la boda; pero como el tren estaba a punto de arrancar, siguió adelante, movido por la impaciencia, y resolviendo ultimar sus asuntos en el puerto mediante un recadero de la isla.

Pasó por las ruinas del castillo de Tudor, a lo largo de la fea costa de pulverizados guijarros que ocultaba el mar, cuyo rumor se oía en rítmica alternativa del oleaje en la amplia vaguedad de la bahía. En la aldea de Wells, sita al pie de la cuesta de la isla, no había carruajes, y dejando allí sus bártulos para que se los mandasen, según su costumbre, emprendió la subida a pie.

A medio camino del trecho escarpado de la cuesta vio un bulto parado en la pendiente, la única persona que por allí había. Aunque la oscuridad no dejaba distinguir los rostros, coligió Pierston, por el modo con que aquel extraño se apoyaba en el pretil puesto en la margen del camino para ayuda de los pasajeros, que estaba exhausto.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—¡Oh!, no; no es gran cosa —respondió el otro—. Tan sólo que el camino es muy escarpado hasta aquí.

El acento no era del todo inglés, y le pareció a Pierston como si fuese de un nacido en el canal de la isla. En vista de que la voz aunque juvenil, era débil y desmayada, volvió a preguntarle:

—¿Quiere usted que le ayude a subir hasta la cima?

—No; muchas gracias. He estado enfermo; pero creí hallarme del todo restablecido, y como la noche era hermosa, me vine a dar un paseo por el camino de la isla. Sin embargo, me han faltado las fuerzas, porque aún estoy algo débil, y esta empinada cuesta puso de manifiesto mi debilidad.

—Naturalmente. De todos modos, haría usted bien en apoyarse en mi brazo hasta llegar a la cumbre.

Así lo hizo el forastero, instado por Pierston, y ambos siguieron subiendo hacia la cima, hasta que, llegados al horno de cal que allí había, el forastero se soltó del brazo del escultor, diciéndole.

—Muchas gracias por vuestra ayuda, caballero. Buenas noches.

—No creo que, por el acento, sea usted natural de la isla.

—No; no lo soy. Nací en Jersey. Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, si está usted seguro de seguir adelante. Tome este bastón, que yo no lo necesito.

Y diciendo esto Pierston puso su bastón en mano del joven.

—Repito las gracias. Me repondré del todo cuando haya descansado un par de minutos. Haga usted el favor de no detenerse por mí.

Según hablaba el forastero, dirigía la vista hacia el sur, donde acababa de encenderse el faro del Beal, y lo miraba con obstinada fijeza. Como evidentemente deseaba el forastero quedarse solo, Jocelyn prosiguió su camino sin preocuparse más de él, aunque el deseo que el joven mostró de deshacerse de su compañía, tras aceptar su brazo y su bastón, había resultado de una brusquedad casi emocional; e impresionable como era Jocelyn, no menos ahora que en su juventud, se entristeció de momento al considerar que había gente en el mundo que rechazaba hasta su simpatía.

Sin embargo desvaneció este pensamiento el placer experimentado al acercarse a la casa que probablemente iba a ser su amado hogar en todas sus ulteriores visitas a la isla, y aun tal vez su permanente morada cuando ya más viejo se afirmasen los recuerdos de su juventud. Además, aquella casa había sido la de su padre, la casa en que él naciera; y entretuvo su imaginación con proyectos de ensancharla bajo la guía de Avicia y la suya. Mayor aún fue su placer al contemplar una esbelta y hermosa figura de pie contra la luz de la puerta, de par en par, que sin duda le estaba aguardando.

Avicia, pues ella era, dio un brinquito al reconocerle; pero sólo en actitud de sumisión consintió que la besara al llegar a su lado, pues su nerviosismo era demasiado notorio, y parecía más bien una chiquilla junto a un padre capaz de mostrarse severo.

—¡Cómo has adivinado, querida mía, que yo pudiera venir ahora en vez de llegar más tarde! Porque si me hubiese detenido en la ciudad para ir de tiendas o en otros menesteres, no hubiera podido venir hasta el último tren. ¿Cómo está tu madre? Nuestra madre, como la llamaré muy pronto —dijo Jocelyn.

Avicia respondió que su madre no se encontraba bien, y que temía que hubiese empeorado desde su regreso de Londres, de suerte que se había visto obligada a permanecer en su habitación. La ida a Londres quizás habría sido

demasiado para ella. Y Avicia añadió:

—Pero no quiero que sepa que está mucho más débil, para que no perturbe mi dicha.

Jocelyn no se hallaba en la disposición de ánimo adecuada para advertir pormenores de gestos y ademanes, por lo que no se fijó en el esfuerzo que hizo Avicia al pronunciar la última palabra. Subieron a ver a la señora Pierston, quien se mostró muy consolada y agradecida, con gran complacencia de su visitante.

—¡Qué alegría me da que haya venido! —exclamó con voz ronca, tendiéndole su flaca mano y sofocando un sollozo—. He sido tan...

No pudo proseguir de momento, y Avicia se apartó llorando, y bruscamente se salió del aposento.

—He puesto mi corazón en esto de tal manera —continuó diciendo la señora Pierston— que estas noches no he podido conciliar el sueño, temerosa de morir repentinamente antes de que ella sea de usted, sin el consuelo de verlos casados. La amabilidad que usted me mostró en otro tiempo me asegura que ella encontrará en usted un buen marido, y reconozco que estoy ansiosa de ello. Sin embargo, no le he dado a entender del todo a mi hija cuán ansiosa estoy.

Prosiguieron hablando así hasta que Jocelyn dio las buenas noches, convencido de que la señora Pierston, incitada por su enfermedad, no disimulaba ya su alegría de tenerle por yerno; y estos sentimientos disipaban cuantos escrúpulos le quedasen a él de que el consentimiento de Avicia era más bien obediencia que inclinación. Al bajar del cuarto de la enferma, encontró a Avicia que le esperaba, y hubiera querido saber si durante su ausencia había ocurrido en casa algo que diese a la señora Pierston nuevo desasosiego sobre la boda; pero nada podía preguntarle a la joven, cuyas acciones eran en todo caso el motivo de semejante inquietud.

Mientras cenaba, Pierston buscó con los ojos a Avicia, pues aunque había entrado en el comedor con él, ya no estaba allí. Recordó que ella le había dicho que cenaría con su madre, y Jocelyn estuvo cosa de media hora sentado a la mesa despachando lentamente la cena entre hondas reflexiones. Extrañado entonces de no verla, y deseoso de saber en dónde estuviera, se levantó en dirección a la puerta. Sin embargo, Avicia no se había alejado mucho de él, pues permanecía de pie en el umbral, como cuando él llegó, mirando la luz de la luna llena, que desde que él vino se había alzado sobre el horizonte. Avicia denotó alguna agitación cuando Pierston abrió de pronto la puerta del comedor.

—¿Qué haces aquí, querida? —le preguntó.

—Como mi madre está ya mucho mejor y no me necesita, habría de ir a ver a una persona a quien le prometí entregarle un paquete. Creo que debo ir. Pero habiendo venido usted a verme, supongo que no querrá que me vaya mientras esté usted aquí.

—¿Quién es esa persona?

—Está allá, abajo del camino —dijo ella vagamente—. No es muy lejos. No soy miedosa, y a veces salgo sola por las noches a recorrer los alrededores.

Pierston la tranquilizó de buen talante, diciendo:

—Si verdaderamente quieres ir, querida mía, por supuesto que nada he de objetar. Hasta mañana no tendré autoridad para ello, y bien sabes que aun cuando la tuviera no la ejercería.

—¡Oh!, pero usted la tiene sin esperar a mañana, porque, estando madre enferma, usted ocupa su lugar.

—¡Qué tontería! Vete de todos modos a casa de quien sea, si necesitas ir.

—¿Y estará aquí cuando yo vuelva?

—No; voy a bajar a la posada para ver si han mandado mi equipaje.

—Pero ¿no le dijo mi madre que se quedase aquí? El cuarto sobrante está ya arreglado para usted... ¡Pobre de mí, que debía habérselo dicho!

—Sí me lo rogó tu madre. Pero me han de enviar directamente algunas cosas a la posada, y prefiero estar allí. Por lo tanto, te deseo buenas noches, aunque aún no es demasiado tarde. Volveré mañana temprano para saber cómo sigue tu madre y darte los buenos días. ¿Volverás pronto esta noche?

—¡Ya lo creo!

—¿Y no quieres que te acompañe?

—¡Oh!, no; muchas gracias. No está lejos.

Entonces Pierston se marchó pensando en que Avicia se portaba enteramente como quien lo hacía todo más bien por obediencia que por voluntad. Apenas estuvo fuera, Avicia tomó del aparador un paquete, se puso el abrigo y el sombrero, y, siguiendo por el camino que Pierston había tomado, llegó a la puerta del castillo de Sylvania, donde se detuvo. Pudo oír las pisadas de Pierston, que bajaba por las Canteras del Este hacia la posada; pero ella no prosiguió en aquella dirección, sino que, dando la vuelta por la callejuela de la derecha, tantas veces citada, dejó rápidamente tras sí la última casita, y, entrándose por el desfiladero de más allá, trepó a las ruinas del castillo de Red-King o de Bow-and-Arrow (de Arco y Flecha), que se erguía como un bloque cuadrado frente al ilimitado mar, en cuyas aguas rielaba la luna.

## ¿Dónde está la Bien Amada?

La señora Pierston pasó la noche inquieta; pero no se lo dijo a nadie; ni casi a sí misma quiso declararse que su postración se acrecentaba por la ansiedad e incertidumbre sobre aquella boda en que tan plenamente había puesto su corazón.

Durante el corto rato en que concilió el sueño, entró Avicia en el aposento. Como no era extraño que su hija entrara a ver cómo seguía, no se fijó en nada, limitándose a decir para tranquilizar a la muchacha: «Estoy mejor, querida. No vuelvas a entrar, y vete a dormir».

Y la madre se entregó de nuevo a sus pensamientos. No tenía escrúpulo alguno sobre aquel casamiento. Estaba completamente segura de que era lo mejor de cuanto pudiera hacer por su hija. Todas las jóvenes de la isla envidiaban a Avicia en aquel momento, porque Jocelyn estaba prodigiosamente lozano para tener sesenta años, era de gallarda presencia, y no había quien ignorase su vida, así como también eran exactos los cálculos de la fortuna heredada de su padre y la posición social que llegó a gozar, y que, sin embargo, no hubiera logrado de no estar acompañada la fortuna, por grande que fuese, de su reputación de artista.

Pero Avicia había sido bastante débil, según estaba enterada su madre, para tener de cuando en cuando algunos devaneos con los jóvenes de la isla, y la señora Pierston no podía menos de felicitarse de que su hija hubiese sido tan dócil en aquellas circunstancias. Sin embargo, para todos, excepto quizá para Avicia, Jocelyn era el galán más romántico. Porque, en efecto, ¿hubo jamás en la isla una novela como la que aquel hombre encarnaba en sus relaciones con la familia de los Caro? Rechazó a la primera Avicia; le había rechazado la segunda, y al enamorarse de la tercera resultaba tan artístico y conmovedor final, que fuera insensible quien cerrase los ojos para no verlo.

Pensaba la viuda que la segunda Avicia no hubiera, probablemente, rechazado a Pierston en aquella ocasión del estudio de Londres, hacía tantos años, si el destino no dispusiera que ella estuviese ya casada en secreto cuando sobrevino el momento de la declaración. Pero lo sucedido era aún mejor.

—¡Dios mío! —exclamaba a veces por las noches—. ¡Pensar que mis anhelos al escribirle se habían de cumplir de este modo!

Cuando todo estuviese dichosamente realizado ¡qué triunfo sería el de su vida entera! Había comenzado por ser una muchacha cortijera, la modesta hija de un patrono de cantería. Cayó después en el bajo oficio de lavandera; había

desempeñado varias tareas serviles; se casó por amor, y fue desgraciada en su matrimonio, aunque, al cabo del tiempo, gracias a la intervención de Jocelyn, le sirvió para mejorar la fortuna, y, por fin, iba a ver a su hija dueña de lo que ella no acertó a poseer, y establecida en un hogar de refinada opulencia.

Así se excitaba la enferma según pasaban las horas. Por fin, en su tensión nerviosa, le pareció que ya la casa estaba en movimiento, y aún creyó oír rumor de conversación en el cuarto de su hija. Pero comprendió que sólo eran las cinco de la madrugada y aún no había amanecido. Estaba tan nerviosa, que las cortinas de la cama se agitaban movidas por su temblor. Había dicho la víspera que no necesitaba que nadie se quedase a velarla; pero en aquel momento llamó con la campanilla de mano, y al poco vino la enfermera, Ruth Stockwool, mujer de la isla, vecina de la señora Pierston, cuyo mutuo conocimiento databa de toda la vida.

—Estoy nerviosa de no poder valerme por mí misma —dijo la viuda—. Me parece haber oído como si Rebeca estuviera vistiendo a la señorita Avicia el traje de boda.

—¡Oh! No; todavía no, señora. Nadie se ha levantado aún. Pero le voy a traer a usted algo.

Luego de tomar un poco de alimento, la señora Pierston prosiguió diciendo:

—No puedo menos de estremecerme al pensar que no quiera casarse. Ya usted ve que él tiene mucha más edad que Avicia.

—Verdaderamente es así —dijo la vecina—. Pero no veo nada que pueda estorbar ahora la boda.

—Ya sabe usted que Avicia tuvo sus devaneos, al menos con otro hombre, un joven de veinticinco años, y ha sido muy reservada y extraña sobre el particular. Yo hubiese querido que se desesperase y llorase hasta olvidarlo; pero ha hecho todo lo contrario, y sé que todavía está loca por él.

—¿Qué? ¿Aquel joven francés, el señorito Leverre, de Sondbourne? Algo he oído hablar; pero yo diría que ya hay mucha desavenencia entre los dos.

—No creo que la haya. Por el contrario, tengo una especie de convencimiento de que ella le vio anoche. Creí que sería tan sólo para despedirse y devolverle algunos libros que él le había dado; pero ¡ojalá nunca lo hubiera conocido!, porque es un joven irascible e impulsivo, capaz de causar daño. Aunque ha vivido en Francia, no es francés. Su padre era un caballero de Jersey, que al enviudar casó en segundas nupcias con una mujer natural de esta isla. En esto consiste principalmente que el joven se halle aquí como en su propia patria.

—¡Ah! Ahora caigo. Su madrastra era una Beucomb. Hace años oí hablar de ella.

—Sí; su padre fue en un tiempo el más poderoso comerciante en cantería de la isla; pero ya nadie se acuerda aquí de su nombre. Se retiró del negocio años antes de que yo naciese. Sin embargo, mi madre solía decirme que era una joven muy hermosa, que trató de atrapar al señor Pierston cuando mozo, y dio algo de escándalo con él. Se marchó al extranjero con su padre, quien había hecho aquí una fortuna; pero no sé cómo la perdió casi toda en tierras extrañas. Años después, casó ella con el señor Leverre, de Jersey, que estuvo locamente enamorado de ella cuando jovencita, y crio al hijo de él como si fuese suyo.

La señora Pierston suspendió el relato; pero al ver que Ruth nada le preguntaba, reanudó en seguida sus consoladoras quejas, diciendo:

—La señorita Avicia conoció al joven de este modo: Al morir el marido de la señora Leverre, se trasladó ella de Jersey a Sandbourne; y un día se vino a la isla para indagar noticias acerca del señor Jocelyn Pierston. Como mi apellido es el mismo, me visitó en compañía de su hijo, y así se conocieron él y Avicia. Cuando ésta volvió a Sandbourne para terminar los estudios, continuaron en secreto sus relaciones. Él enseñaba francés en algún sitio de allí, y creo que lo sigue enseñando todavía.

—Bien; yo espero que lo olvidará. No es bastante para ella.

—Así lo espero..., así lo espero... Ahora voy a ver si echo un sueñecillo.

Ruth Stockwool se volvió a su cuarto, y no creyendo necesario mantenerse en pie durante una hora más, se acostó de nuevo y no tardó en dormirse. Su cama estaba junto al hueco de la escalera, sin otra separación que un biombo de listones, y entre sueños oyó o le pareció oír ligeros rozamientos en la parte exterior del biombo, como de dedos que a tientas buscaran en la oscuridad el camino de la escalera abajo. Cesó el ligero ruido, y al poco soñó Ruth, o se figuró oír, que abrían la puerta falsa.

Casi se había vuelto Ruth a sumir de nuevo en profundo sueño cuando se repitió el mismo fenómeno: dedos que rozaban en dirección descendente el biombo, junto a su cabeza, y el suave abrir de la puerta, que al cerrarse lo dejaba todo en silencio.

Entonces se despertó despabilada por completo. La repetición del caso era sumamente extraña. Por ser hora tan temprana, bien pudiera haber hecho los primeros ruidos la camarera al bajar las escaleras, aunque Ruth no comprendía por qué había de bajarlas tan a hurtadillas y sin luz. Pero los segundos ruidos eran inexplicables. Ruth saltó de la cama y descorrió la cortina.

Apenas apuntaba el alba, y estaban todavía encendidas las luces de la playa; pero se distinguían las matas de boneteros que se destacaban contra la blanca empalizada del jardín, y también la reluciente superficie del camino que, como una cinta, se extendía hacia la puerta septentrional del castillo de Sylvania, en donde daba la vuelta hacia la aldea, los acantilados y la ensenada. En el camino se divisaban apenas dos bultos humanos, envueltos en sombra. Uno de ellos iba un poco más atrás que el otro, pero en el momento de verlos Ruth, alcanzó el último al primero y siguieron los dos juntos. Con todo, podían ser canteros, o torreros del faro del sur de la isla, o pescadores que acabaran de desembarcar después de una noche de trabajo. Como nada notaba que los relacionase con los ruidos que oyera en la casa, no pensó más en el asunto y se volvió otra vez a la cama.

Jocelyn había prometido ir de mañana a casa de la señora Pierston para enterarse de cómo había pasado la noche, pues conocía mejor que Avicia el precario estado de salud de la madre y sentía alguna ansiedad.

Los sucesos ocurridos posteriormente le hicieron recordar que mientras se vestía creyó ver casualmente dos o tres barqueros, de pie, cerca del acantilado, allende la aldea, los cuales, seguramente, observaban con profundo interés lo que parecía ser un bote lejano con rumbo a la opuesta costa del sur de Wessex. A las ocho y media de la mañana salió Pierston de la posada y se encaminó directamente a casa de la señora Pierston. Al acercarse notó, y no era imaginación suya, que la fachada de la casa tenía aquella mañana un aspecto muy extraño, pues la empalizada, la puerta y dos ventanas estaban del todo abiertas, aunque las cortinas de otras ventanas estaban corridas, dando a la vivienda en conjunto un aire como de persona boquiabierta por repentino atontamiento. Nadie respondió a sus llamadas, y entrando por el comedor vio que no estaba servido el almuerzo. De pronto pensó: «Ha muerto la señora Pierston».

Mientras se hallaba en el comedor alguien bajó por la escalera, y Jocelyn se encontró con Ruth Stockwool que blandía en la mano una carta abierta.

—¡Oh! Señor Pierston, señor Pierston. ¡Dios nos valga!

—¿Qué? La señora Pierston...

—¡No! ¡No! La señorita Avicia. Se ha escapado, sí..., se ha escapado. Lea usted esto, señor. Lo dejó en su alcoba, y nosotras estamos que no sabemos dónde tenemos la cabeza.

Pierston tomó la carta, y confusamente advirtió que estaba escrita en dos caracteres de letra, el de Avicia era la primera, y decía así:

Mi querida madre: ¡Cómo podrás nunca perdonarme lo... que he hecho! ¡Tan pérfido parece! Y, sin embargo, hasta esta noche no tuve la menor idea de

engañarte, ni a ti, ni al señor Pierston. Anoche a las diez salí, según pudiste conjeturar, para ver a Laverre por última vez y devolverle sus libros, cartas y regalos. Anduve sola unos cuantos pasos hasta el castillo de Bow-and-Arrow, donde nos habíamos citado, puesto que él no podía ir a casa. Al llegar allí lo encontré esperándome, pero muy enfermo. Había estado algunos días indispuerto en casa de su madre, viéndose obligado a guardar cama; pero se levantó con objeto de venir a decirme adiós.

El sobreesfuerzo del camino le trastornó, y aunque estuvimos allí hasta las doce, no fue capaz de volver a su casa, ni siquiera de moverse más allá de unas cuantas yardas. Yo había procurado, con harta pena, olvidarle; pero le amé tanto al verle de aquel modo, que no pude abandonarlo allí a la muerte. En consecuencia, le auxilié, casi llevándolo en vilo, anda que andarás, hasta la puerta de casa, y entonces me fui con él a la parte de atrás. Se recobró un poco, y como no podía permanecer allí, y todos los de la casa dormían, le ayudé a subir por la escalera hasta el aposento que habíamos preparado para el señor Pierston, por si acaso lo necesitaba. Le llevé a la cama y después le traje un poco de aguardiente y un poco del tónico que tú tomas. ¿Me viste entrar a buscarlo en tu alcoba, o estabas dormida?

Le velé toda la noche. Fue mejorando lentamente, y hablamos de lo que con mayor acierto podríamos hacer. Yo sentía que aunque mi propósito era romper nuestras relaciones, no podía casarme con otro sino con él. Decidimos realizar en seguida nuestro enlace, antes de que cualquiera lo impidiese. Así es que salimos de casa cuando aún no era de día, y nos hemos ido a celebrar la ceremonia.

Dile al señor Pierston que no ha sido esto cosa premeditada, sino consecuencia de un incidente. Con toda sinceridad me apena haberle tratado de un modo que le parecerá desleal, pero, aunque no le amo, estaba dispuesta a obedecerte y casarme con él.

Pero Dios quiso que me viese en la precisión de amparar a mi amado, para impedirme, según creo, que hiciese lo que en mi actual convencimiento hubiera sido perjudicial. Siempre tu amante hija,

AVICIA

La segunda carta era de puño y letra de hombre, y decía según sigue:

Querida madre (porque pronto lo será usted mía): Avicia ha explicado claramente en las anteriores líneas cómo fue que no he podido cedérsela al señor Pierston. Creo que me hubiese muerto de no aceptar esta pasada noche un hospitalario aposento en casa de usted, teniendo por enfermera cariñosa a su hija durante las monótonas horas de la noche. Nos amamos indeciblemente, y es claro que, siendo humanos, no podemos menos de casarnos ahora, a pesar

de todos los proyectos en contra. Tenga usted la bondad de mandar a mi madre la nota adjunta. Es sencillamente para explicarle lo que hemos hecho. De usted con caluroso respeto,

ENRIQUE LEVERRE

Jocelyn se volvió a mirar por la ventana, y Ruth le dijo:

—Aunque la señora Pierston oyó rumor de voces por la noche, lo atribuyó a excesos de su imaginación. Recuerda que la señorita Avicia entró en la alcoba a la una de la madrugada, acercándose a la mesa donde estaba la medicina. ¡Qué pícara! ¡Todo el rato cerquita de su novio, en el mismo aposento, y usando él las limpiísimas sábanas que usted, señor, debiera haber usado! Es nuestra mejor lencería, hermosamente lavada y guardada entre romero. ¡En verdad, señor, que una diría que no durmió usted en su cuarto con el propósito de que el joven agradeciera la hospitalidad de una cama!

—¡No los culpe usted, no los culpe! —dijo Jocelyn con voz reposada e indiferente—. Sobre todo no la culpe usted a ella. No amañó las circunstancias. Yo lo hice... Así fue como yo traté a su abuela... Bien; ¡se ha marchado! No necesita usted hacer de ello un misterio. Decídselo a toda la isla. Decid que un hombre vino a casarse con una mujer y no la encontró en casa. Decid a todo el mundo que se ha escapado. Tarde o temprano se ha de saber.

Una de las criadas, al cabo de unos momentos, exclamó:

—Nosotras no haremos eso, señor.

—¡Oh! ¿Y por qué no?

—Porque la queremos mucho con todas sus faltas.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo él exhalando un suspiro.

Y comprendió que las criadas jóvenes estaban secretamente de parte de Avicia.

—¿Y cómo ha tomado su madre todo esto? —preguntó Jocelyn—. ¿Está despierta?

La señora Pierston apenas había podido dormir, y al enterarse súbitamente del caso, se puso tan fuera de sí como si delirase, hasta que pocos momentos antes de llegar Pierston cesó la excitación, quedando sumida en postrado y tranquilo reposo.

—Dejadme subir —dijo Pierston—. Y mandad por el médico.

Al pasar por el cuarto de Avicia observó que la cama estaba intacta. En la puerta del dormitorio sobrante miró hacia adentro. En un ángulo había un

bastón, el suyo.

—¿De dónde ha venido esto?

—Aquí lo hemos encontrado, señor.

—¡Ah!, sí; yo se lo di. Me parece que yo he estado haciendo el juego del otro.

Éste fue el último deajo de amargura que se le escapó a Jocelyn. Se adelantó hacia el aposento de la señora Pierston, precedido por la criada, quien le dijo a la enferma:

—El señor Pierston ha venido, señora.

Pero como no obtuviese respuesta, se precipitó hacia la cama exclamando:

—¿Qué le ha sucedido, señor Pierston? ¡Oh! ¿Qué significa esto?

La segunda Avicia yacía plácidamente en la posición en que la dejara la enfermera; pero no respiraba, y sus rígidas facciones tenían la exacta expresión que tuvieron cuando era la sirvienta de Pierston en su estudio. Vio que estaba muerta, y que parecía haber exhalado el último aliento pocos momentos antes.

Ruth Stockwool se descompuso, gritando:

—¡El golpe recibido al ver que se había escapado la señorita Avicia ha hecho todo esto! ¡Ha matado a su madre!

—¡No diga usted una cosa tan terrible! —exclamó Jocelyn.

—Es que ella debió obedecer a su madre. ¡Una madre tan buena! ¡Cómo había puesto toda su alma en esta boda! ¡Pobrecita! ¡Y nosotros sin poder ocultarle lo sucedido! ¡Oh! ¡Cuán ingratos son los jóvenes! ¡Esa muchacha llorará lo que ha hecho esta mañana!

—Debemos llamar al médico —dijo Pierston mecánicamente, saliendo presuroso del aposento.

Cuando vino el médico de la localidad, confirmó la opinión de Pierston y las criadas, juzgando que la muerte se había precipitado a causa de la conmoción producida por la funesta noticia en un corazón débil, después de tan prolongada ansiedad. No creyó que fuese necesaria una indagación judicial.

Las dos personas de fantástico aspecto que cinco horas antes de lo acabado de referir había visto Ruth a través de la gris neblina de la mañana, caminaron por la explanada contigua a la puerta septentrional del castillo de Sylvania, donde se bifurcaba la callejuela que conducía a las ruinas del viejo castillo. Quien los hubiese escuchado no les oyera más que tal o cual palabra cruzada

entre ellos. El hombre andaba con dificultad, ayudado por la mujer. En aquel paraje se detuvieron y se besaron durante largo rato.

—Si no queremos que nos descubran, hemos de ir hasta Budmouth —dijo él tristemente—. Y yo no me veo capaz de atravesar la isla ni aún con tu ayuda, querida mía. Faltan dos millas hasta el pie de la cuesta.

Ella, que iba temblando, le dijo para consolarle:

—Si pudieras andar habríamos de bajar por Street of Wells, donde acaso alguien me reconociera. En cambio, si nos vamos desde aquí a la ensenada, ¿no podríamos fletar uno de los botes que vi allí anoche y remar a lo largo de la costa hasta llegar al lado norte? Entonces lograríamos llegar sin dificultad a la población. Hay calma completa, y como el oleaje va en aquella dirección, nos empujará sin necesidad de remar mucho. Yo he dado a menudo una vuelta en bote con ese rumbo.

Éste parecía ser el único plan realizable, y abandonando la carretera bordearon el desfiladero, que fue un tiempo foso de la fortaleza, y lo cruzaron por la arcada del viejo castillo, la cual les sirvió de puente.

A pesar de la suavidad de sus pasos, les devolvía su rumor el eco reflejado con impertinente generosidad por las superficies verticales de la roca, tan absoluto silencio reinaba en derredor. Un poco más adelante salieron al descubierto borde de la fila inferior de acantilados, por cuya derecha pasaba el escarpado sendero que conducía a la desgajada caleta sita en su base. Era el único paraje practicable de salida o entrada de la isla en aquella parte, para una embarcación, y en un tiempo fue activo muelle desde el cual habían zarpado piedra a piedra muchos hermosos edificios públicos, entre ellos la catedral de San Pablo.

La tímida pareja descendió por el sendero, y la mujer denotaba tan seguro conocimiento del lugar, que apenas si creía necesario ir apoyando la mano derecha en la muralla natural de piedra, como hacía su compañero. Así, con breves descansos para tomar aliento, llegaron al pie del sendero y salvaron las pocas yardas de guijarros, los únicos que se encuentran en toda la costa. Estaba tan solitaria como un paraje en el que sólo aparece un alma cada veinticuatro horas. En la playa contigua vieron amarradas dos o tres embarcaciones de pesca y otras dos menores, y junto a ellas una tosca resbaladera para la botadura y un cobertizo de tablas alquitranadas, donde se guardaban las chalupas. Los dos amantes combinaron sus esfuerzos para empujar el bote más pequeño por la resbaladera hasta ponerlo a flote y saltar dentro. La joven rompió el silencio, preguntando:

—¿Dónde están los remos?

Su compañero miró por todo el bote sin encontrarlos, y dijo:

—Se me ha olvidado buscar los remos.

—Deben de estar encerrados en el cobertizo. Ahora no tenemos otro recurso que timonear y entregarnos a la corriente.

El movimiento de las aguas era muy complejo en aquel paraje. Según había dicho la joven, el oleaje iba hacia el norte; pero en determinado movimiento sobrevenía a cada ola un leve refluo contrario a la dirección general del oleaje, llamado «el meridional» por los mareantes de la localidad. Provenía dicho refluo de la peculiar configuración curvilínea de las costas que se dilataban al este y oeste del Beal, las cuales derivaban hacia el sur, en dos corrientes retrógradas por cada lado de la península; el flujo superior del canal y estas dos corrientes confluían mar afuera del Beal, en donde encontraban el oleaje directo hacia el norte. La confluencia de las tres corrientes convertía las aguas de aquel paraje del mar en un hervidero, aun en tiempo bonancible. A esta agitada área marítima la llamaban la «corriente», según ya sabemos.

Así es que, si bien el mar libre dirigía su oleaje hacia la costa septentrional de la rada y tierra firme de Wessex, «el meridional» lo impelía con pleno vigor hacia el Beal y la corriente de más allá. No tardó en deslizarse en la corriente el bote de los infortunados amantes, que, incapaces de navegar a su través, aunque sólo tenía la anchura de un río, contemplaban las grises rocas cercanas y la torva y arrugada frente de la isla, allá arriba, como si se deslizaran hacia el norte.

Se miraron consternados uno a otro, aunque sin temor, algo impropio del natural optimismo de la juventud. Las olas eran cada vez mayores, y los columpiaban de arriba abajo. El bote se balanceaba, impelido por los vigorosos azotes que de vez en cuando recibía de las olas, de suerte que el faro flotante que estúpidamente les parpadeaba desde la playa, y era el único objeto que podía orientarlos, tan pronto estaba a su derecha como a su izquierda. Sin embargo, de la luz del faro colegían que de proa a popa su rumbo era constante hacia el sur.

Al joven se le ocurrió una luminosa idea. Sacó el pañuelo, y con un fósforo le prendió fuego. Ella le dio también el suyo, y del mismo modo lo quemó, tendiéndolo al aire. El único combustible de que disponían era el pequeño paraguas que la joven había traído, y asimismo lo quemó abierto del todo, sosteniéndolo por el mango hasta consumirse.

Durante este tiempo, las luces del faro flotante se habían dirigido constantemente hacia el bote, y pocos minutos después de haber quemado los pañuelos y el paraguas, una roja llamarada les respondió desde el barco. Los dos amantes se abrazaron estrechamente.

—¡Ya sabía yo que no naufragaríamos! —dijo Avicia con acento histórico.

—¡También creía yo lo mismo! —exclamó él.

Al apuntar el día enviaron en su auxilio un bote, que los remolcó hasta el pesado buque de rojo casco con grandes letras blancas en su banda.

### **El viejo tabernáculo cambia de aspecto**

Al oscurecer de aquel día de octubre meditaba Jocelyn sentado junto al cadáver de la señora Pierston. Como Avicia se había marchado sin que nadie supiese adónde, él actuaba en calidad del más íntimo amigo de la familia, y atendía, en cuanto alcanzaban sus fuerzas, al cumplimiento de los fúnebres deberes.

En efecto; era dudoso que otro cualquiera estuviese en situación de cumplirlos. De los dos hermanos de la segunda Avicia, uno se había ahogado en el mar y el otro había emigrado, y el único hijo, aparte de la presente Avicia, había muerto muy niño.

Respecto a sus amistades, tan embebida había estado en su anheloso y casi cumplido proyecto de casar a su hija con Jocelyn, que poco a poco se fue distanciando por completo de las demás familias isleñas.

Imposibilitada por desgracia de aceptar el honor ofrecido, cuando Pierston la pidió en matrimonio y cuando su protector los estableció a ella y a su esposo en el comercio de cantería, aquella inolvidable petición en el estudio de Londres la había movido a sentirse íntimamente emparentada con la escultura y en relativo alejamiento de la mera cantería, lo cual no era tal vez más que una leve debilidad de la segunda Avicia. Jamás acertó a comprender el desvío de su hija para con Jocelyn, quien a sus ojos no era más viejo que cuando se le había declarado.

Mientras estaba allí sentado, en medio de la oscuridad, los espectrales contornos de las formas que anteriormente tomara su Amor acudieron en torno del inconsciente cadáver de su hermana, y desde la pared le miraban en triste fila, como las mujeres troyanas que vio pintadas Eneas en los muros de Cartago. A muchas de ellas las había idealizado alguna vez en busto y en figura; pero no tal como ahora las recordaba y revivificaba, sino que más bien había en ellas flaquezas y máculas en todas sus características naturales. Y después, al volver Pierston sobre sí, eran cada vez más débiles las voces de aquellas figuras espectrales. Se habían dispersado cada cual por su rumbo, dejándolo allí solo.

No le hizo mella alguna el probable ridículo que arrojaran sobre él los sucesos de aquel día. Hubiera deseado ardientemente desvanecer los

equivocos en que se basaría el ridículo. Sin embargo, esto era imposible. Nadie sabría jamás la verdad del caso. Nadie sabría lo que él había buscado, alucinándole, atormentándole y escapándose de tal modo; qué era lo que le había conducido a semejantes andanzas, descubriéndolo por fin, según creía ahora, por su reciente fracaso, en la joven que acababa de abandonarle. No era la carne; nunca se prosternó ante la carne. A ninguna mujer del mundo había solicitado él, aunque por tantas se hubiese apasionado. Nadie era capaz de adivinar el íntimo sentimiento, la ternura amorosa y cordial que encerraba para él su proyecto, aquel arrobador y placentero destino diferido durante cuarenta años. Su inclinación por la tercera Avicia sería considerada por las gentes como intentos egoístas y seniles de un viejo sesentón respecto de una joven.

Su vida no parecía ya la experiencia de un profesional, sino una historia fantástica, y hubiera deseado vivamente que, en aquella tarde crítica, también, como los demás, dejara de acosarle aquel fantasma. Deseaba desechar sus inclinaciones, hacer que ocurriera algo capaz de librarle de la esclavitud que le sujetaba al ideal de belleza.

Allí estuvo sentado hasta que se hizo noche cerrada y trajeron luz. Fuera soplaba un viento frío, y el faro de la lejana playa brillaba con turbio y mezquino resplandor. La campanilla de la puerta quebró la hosca soledad.

Pierston oyó abajo una voz de mujer cuyo acento le parecía lejanamente familiar, pero que tenía en la pronunciación cierto tono extranjero. Sólo una persona en remotas vicisitudes de su vida había tenido aquel mismo tono de voz; tono opulento como si en un tiempo hubiese sido poderoso. Le pareció que se le pedían a la visita explicaciones, que ella daba, y en seguida vinieron a decirle que en el piso de abajo estaba una señora a quien tal vez se alegraría de ver.

—¿Quién es la señora? —preguntó Jocelyn.

La criada titubeó un poco, y dijo:

—La señora Leverre..., la madre del... señorito con quien se ha escapado la señorita Avicia.

—Voy a verla —respondió Pierston.

Cubrió el rostro de la difunta Avicia y bajó la escalera diciendo para sí: «¡Leverre!».

En sus oídos había sonado este nombre con anterioridad. Era el nombre que aquellos viajeros norteamericanos, a quienes había encontrado en Roma, dieron a la mujer que él suponía debía de ser Marcia Beucomb.

En aquel momento brotó una esclarecedora luz sobre muchas cosas que le eran familiares. Encontró a la visita en la sala, con el velo echado. El carruaje

en que había venido aguardaba a la puerta. La débil luz que alumbraba la sala no le dejó ver a Pierston las facciones de la recién llegada en aquellas circunstancias.

—¿El señor Pierston?

—Yo soy el señor Pierston.

—¿Representa usted a la difunta señora Pierston?

—Sí, señora; aunque no soy de la familia.

—Lo sé... Yo soy Marcia... ¡Al cabo de cuarenta años!

—Me lo esperaba, Marcia. ¡Que la suerte te haya sido propicia desde la última vez que nos vimos! Pero ¿por qué de todos los instantes de mi vida has escogido éste para venir en mi busca?

—Porque... soy la madrastra y única pariente del joven que se fugó con tu novia esta mañana.

—También presumía esto al bajar las escaleras. Pero...

—Y, como es natural, ando en averiguaciones.

—Sí. Consideremos esto tranquilamente, y cierra la puerta.

Marcia se sentó y supo Jocelyn que no era casual la coincidencia de las cosas viejas con las nuevas. Lo que la señora Pierston había conversado con su enfermera y vecina, como si fuese una vaga referencia, se lo reveló ahora Marcia a Jocelyn con toda claridad. Le dijo cómo algunos años después de separarse, al quedar huérfana y pobre por la muerte de su arruinado padre, se había casado con aquel primer novio de Jersey, quien deseaba un aya cariñosa y maternal para el niño que le había dejado su primera esposa, fallecida hacía poco tiempo. Cómo pocos años más tarde murió el marido, dejándole al muchacho, a quien crio en St. Heliers y París, y le dio la educación que le fue posible, hasta que le nombraron profesor de francés en un colegio de Sandbourne. Y cómo, un año atrás, ella y su hijo conocieron a la señora Pierston y su hija durante una visita a la isla, para «asegurarme» (añadió con toda intención) «no del todo por razones sentimentales, qué había sido del hombre con quien me fugué en el primer transporte de mi juvenil femineidad, y no me casé con él porque no quise».

Pierston se inclinó en actitud de reverencia y asentimiento.

—Pues bien —prosiguió Marcia—. Entonces empezaron a tratarse los chicos y comenzó su apasionado enamoramiento.

Después refirió que Avicia había recabado de su madre permiso para recibir lecciones de francés del joven Leverre, con lo que fueron más fáciles

sus entrevistas. Marcia no pensó nunca en estorbar las relaciones de ambos jóvenes, porque en sus recientes años de aflicción había reverdecido su interés por el nombre que su orgullo de ricachona rehusó tomar en su primera juventud; pero que, cuando supo cuán determinada estaba la señora Pierston de casar a su hija con Jocelyn, puso reparos a las relaciones de su hijo con Avicia. Sin embargo, ya era demasiado tarde para atajar aquellos amores. El chico había estado enfermo últimamente, y Marcia se asustó al ver que no había vuelto a casa la noche anterior. En la nota recibida de él aquel mismo día sólo la informaba de que se había ido con Avicia para casarse inmediatamente, aunque ignorara en dónde.

—¿Qué te parece que hagamos? —preguntó Marcia.

—Por mí, nada, porque nada hay que hacer... Así traté yo a su abuela... Es una venganza del tiempo.

—¡La trataste así por mí!

—Sí; ahora me trata ella de igual modo por medio de tu hijo.

Marcia quedó un rato pensativa sobre el particular, hasta que, levantándose, dijo, en resumen:

—Pero ¿no podremos averiguar qué camino tomaron al salir de la isla, o recoger algunos datos sobre ellos?

—Eso sí; lo haremos.

Y como en un sueño se vio Pierston andando al lado de Marcia por el camino, atareado en las mismas pesquisas. Resultó que los vecinos de los alrededores sabían tanto como él acerca de los amantes. En la revuelta del camino estaban algunos hombres conversando sobre lo ocurrido. Sólo eran alusiones e indirectas; pero como Pierston y Marcia conocían el dialecto del país, comprendieron fácilmente su alcance. Decían que tan pronto como clareó el día, aquella misma mañana, se había visto un bote que zarpaba de la caleta, y, al divulgarse la noticia de la fuga de los amantes, se coligió que eran ellos.

Inconscientemente Pierston se volvió en dirección de la caleta, sin parar mientes en si Marcia le seguía, y, aunque era más oscura noche que cuando Avicia y Leverre bajaron por allí de madrugada, continuó su camino por la pendiente, hasta llegar a la orilla del mar.

—¿Eres tú, Jocelyn?

La pregunta salía de labios de Marcia, que iba detrás de él, casi a medio camino de la pendiente.

—Sí —respondió él, notando que era la primera vez que ella le llamaba por su nombre de pila.

—No veo en dónde estás y tengo miedo de seguir.

¡Miedo de seguir! ¡Cuán extrañamente alteraba esta frase el concepto que de ella tenía él formado! Hasta aquel momento había estado ella en su mente como la arrogante e invencible Marcia de otro tiempo. Extrañamente patética era aquella revelación. Retrocedió Pierston para tomarla de la mano y dijo:

—Yo te guiaré para bajar.

Y así lo hizo.

Esparcieron la vista por el mar. El faro flotante brillaba como si hubiese olvidado por completo todo cuanto se refería a los fugitivos.

—Estoy muy intranquila —dijo Marcia—. ¿Crees tú que habrán ganado tierra, sanos y salvos?

—Sí —respondió una voz que no era la de Jocelyn.

Era un barquero que fumaba al abrigo del cobertizo, e informó a Marcia de que los habían recogido los marineros del faro y, a sus instancias, los habían desembarcado enfrente, en la costa, de donde siguieron a pie hasta la cercana estación ferroviaria para tornar el tren de Londres. Esta referencia había llegado a la isla cerca de una hora antes.

—¡Mañana por la mañana estarán casados! —exclamó Marcia.

—¡Tanto mejor! No lo deploras, Marcia. Nada perderá él con ello. No tengo pariente alguno en el mundo, excepto algunos primos lejanos en esta isla, de los que uno era el padre de Avicia, y en seguida tomaré mis medidas para que ella sea digna pareja de él. En cuanto a mí..., ya he vivido demasiado.

**«¡Ay de esta sombra gris que en un tiempo fue hombre!»**

En el siguiente mes de noviembre Pierston estaba gravemente enfermo de fiebre maligna en su casa de Londres.

Las exequias de la segunda Avicia se habían celebrado en una de esas tardes intempestivas de otoño en que la frígida lluvia cruza los aires como los proyectiles de los antiguos habitantes, a través del picudo promontorio que ha constituido el escenario de esta narración, y tan sólo se detienen sus gotas en las verticales superficies de los objetos lo bastante recios para mantenerse en pie. Sólo una persona siguió al cadáver hasta la iglesia, como presidente del duelo: Jocelyn Pierston, el voluble enamorado de un día, y fiel amigo después. No había sido posible ponerse en comunicación con Avicia antes del entierro,

aunque se publicaron esquelas mortuorias en el periódico de la localidad y otros varios, con la esperanza de que las leyera.

En el momento de salir la fúnebre comitiva del pórtico de la iglesia en dirección al cementerio, se vio llegar a todo escape por el camino de Top-of-Hill un carruaje de alquiler que venía de Budmouth. Se detuvo a la puerta del cementerio, y descendió de él una joven pareja, que entró dejando el coche en espera. Siguieron ambos por el sendero, colocándose al lado de Pierston, en el preciso momento de depositar el cadáver en la tumba.

Pierston no volvió la cabeza, pues comprendía que eran Avicia y Enrique Leverre, ya entonces su marido, según suponía.

El terrible remordimiento de Avicia, aunque silencioso, parecía impregnar la atmósfera con su pesadumbre. Notando Pierston que ellos no esperaban encontrarle allí, se retiró algo atrás para cederles la presidencia del duelo: y, cuando terminaron los responsos, se colocó aún a mayor distancia, lo cual Avicia pareció estimar como una prueba de consideración.

Así es que esta actitud de Pierston impidió que ni Avicia ni Enrique pudieran comunicarse con él, ni de palabra ni por señas. Después del entierro, la joven pareja se marchó tal como viniera.

A la exposición a la intemperie el día del entierro en el desabrigadísimo cementerio de Wessex, teniendo en cuenta la perturbada condición física y mental en que Pierston se hallaba, se achacó el enfriamiento, seguido de escalofríos y fiebre, que poco después de su regreso a la ciudad lo tuvo algunas semanas entre la vida y la muerte. Cuando, pasada la crisis, se reconoció de nuevo en equilibrio mental y sosiego físico, oyó en torno de sí rumores de conversación y ruido de pasos en la alfombra. La luz del aposento era tan mortecina, que no se distinguían claramente los objetos. Estaban allí dos personas: un enfermero que iba y venía a pasos quedos y una visita. Pierston advirtió que esta última era una mujer, y nada más ocurrió por entonces.

Le volvió a la conciencia de lo que le rodeaba una voz que murmuró esta pregunta:

—¿Te daña la luz en los ojos?

Pierston conocía aquel acento, y era de la mujer que estaba allí de visita. Reconoció entonces la voz de Marcia, recordando todo cuanto había ocurrido antes de caer enfermo.

—¿Estás ayudando a cuidarme, Marcia? —preguntó.

—Sí. He venido a quedarme hasta que mejores, pues parece que no tienes otra amiga capaz de interesarse en saber si estás vivo o muerto. Resido cerca

de aquí. Me alegro de que ya estés fuera de peligro. ¡Qué ansiedad he pasado!

—¡Cuán buena eres! Y... ¿qué noticias tienes de ellos?

—Están casados. Vinieron a verte y se afligieron mucho. Ella se sentó a tu cabecera; pero tú no la reconociste. Se trastornó al enterarse de la muerte de su madre, que nunca se figuró que fuese tan inminente. Se han vuelto a marchar. Me parece mejor que se haya marchado ella, pues ya estás fuera de peligro. Ahora quédate tranquilo, hasta que yo venga a hablarte otra vez.

Aquella ligera conversación le reveló a Pierston el singular cambio que se había operado en él. No era el mismo que hasta entonces. La fiebre maligna, o sus experiencias, o ambas cosas a la vez, habían sustraído algo de su temperamento, poniendo otro algo distinto en su lugar.

Durante los días siguientes, ya con mayor lucidez mental, comprendió claramente lo que era aquello. Le había abandonado el sentido artístico, y ya no le era posible apegarse con definido sentimiento a las pasadas imágenes de belleza. Su estimación sólo era ya capaz de ejercitarse en materias utilitarias, y únicamente producía algún efecto en su mentalidad el recuerdo de las buenas cualidades de Avicia, de cuya persona carnal no quedaba absolutamente nada.

Al principio se amedrentó; pero luego dijo: «¡Gracias a Dios!».

Marcia, que con algo de su inveterado absolutismo iba continuamente a casa de Pierston para preguntar por él y dar órdenes, y entraba todas las tardes a verle en su alcoba, advirtió, en el curso de la convalecencia, aquella extraña desaparición del aspecto sensual en el temperamento de Jocelyn. Ella le había dicho que Avicia se estaba poniendo extraordinariamente hermosa, y que no extrañaba que su hijastro enloqueciera por ella. Pero, aunque Marcia sintió haber hecho esta observación por temor de conmovier a Pierston, él se limitó a responder:

—Sí; supongo que estará muy guapa. Aún es más que guapa..., es una muchacha prudente que con el tiempo será excelente ama de casa... Yo desearía que tú no fueses hermosa, Marcia.

—¿Por qué?

—No sé por qué... Bien...; la hermosura me parece una cualidad estúpida. Ya no puedo comprender para qué sirve.

—¡Oh! Pues yo, como mujer, creo que vale.

—¿Qué vale? Así he perdido todo concepto de ella. No entiendo lo que me ha sucedido. Sólo sé que no lo deploro. Robinson Crusoe perdió un día cuando estuvo enfermo. Yo he perdido una facultad, y alabo al cielo por esta pérdida.

Algo patético había en su declaración, y Marcia suspiró al decir:

—Tal vez cuando te restablezcas recobrarás esa facultad.

Pierston meneó la cabeza. Le ocurrió entonces que nunca, desde la reaparición de Marcia, la había visto en plena luz de día, o sin sombrero y velo, que siempre conservaba puestos en sus frecuentes visitas, y, sin darse cuenta, la miraba como a la Marcia de sus años juveniles, más aún por el ligero cambio de tono de su voz. La majestuosa figura, el color sano, el clásico perfil, la hermosa y algo grande y prominente nariz, la regularidad de sus dientes y los negríssimos ojos formaban todavía la Marcia de su imaginación, la regia criatura de quien se enamorara al desdeñar la primera Avicia, sin conocer aún a sus sucesoras. Esta antigua idea, en su animosidad contra la belleza, le había movido a pronunciar aquellas palabras sobre la hermosura de Marcia, y entonces se puso a considerar qué quedaría de esa representación al cabo de cuarenta años.

—¿Por qué nunca dejas que te vea la cara, Marcia? —preguntó Pierston.

—¡Oh! No sé. ¿Te refieres a que no me quito el sombrero? Nunca me lo dijiste, y me veo obligada a cubrirme la cara con este velo de lana porque sufro mucho dolor con estos fríos vientos de invierno, aunque un velo tupido es molesto para cualquiera que no tenga la vista tan buena como yo la he tenido.

Aquello, al parecer tan sencillo, de que la fina vista de Marcia no fuese tan buena como había sido y que su rostro estuviese ya en otra dolorosa etapa de su vida resonó como una amonestación en los oídos de Jocelyn.

—Pero ciertamente satisfaré tu curiosidad —prosiguió diciendo Marcia amablemente—. Es de seguro una galantería esa especie de interés que aún te tomas por mí.

Se apartó Marcia del lado oscuro del aposento para acercarse a la luz de la lámpara, pues ya era de noche, y bruscamente se quitó el sombrero, el velo y demás adminículos de su tocado. Apareció a la vista de Pierston todavía bastante guapetona, habida cuenta de los años transcurridos.

—Me contraría... —dijo él volviendo, impaciente, la cabeza—. Eres hermosa y apenas representas treinta y cinco años. Todavía sugieres la idea de belleza. ¡No sirves para mi castigo, Marcia!

—¡Ah! Pero puedo servir. ¡Y pensar que en todo este tiempo no has aprendido a conocer mejor a la mujer!

—¿Cómo?

—Para engañarte tan fácilmente. Considera que hay luz artificial y tu vista está débil, y... Bien, ahora no puedo menos de ser sincera. Dios lo sabe. Así te diré... Mi marido era más joven que yo, y tenía la absurda pretensión de que

las gentes creyeran que se había casado con una lozana jovencita. Para satisfacer su vanidad procuré parecerlo, íbamos con frecuencia a París, y llegué a ser tan hábil en artificios de belleza como una jamona marchita del barrio de San Germain. Desde la muerte de mi marido he continuado la costumbre, en parte porque es un vicio casi inextirpable, y en parte también porque me ayudaba a educar a mi hijastro sin muchos dispendios. En este instante estoy terriblemente retocada. Pero puedo remediarlo. Mañana por la mañana vendré, si hace sol, tal como realmente soy. Verás cómo no te engaña el tiempo. Recuerda que soy tan vieja como tú, y que lo parezco.

Llegó la mañana siguiente, y, con ella, Marcia, muy tempranito, según prometiera. Hacía sol, y, cerrando la puerta del dormitorio, se acercó a la ventana, en donde inmediatamente se destacó a la vista de Pierston, diciendo:

—Mira si ahora te gusto, ya que tienes por vana la belleza. Todo cuanto me falta, y es mucho, está en casa, sobre mi tocador. Nunca me lo volveré a poner... ¡Nunca!

Pero Marcia era mujer y le temblaban los labios, y caía una lágrima de sus ojos mientras declaraba la despiadada manipulación a que se había sometido. Los crueles rayos del sol matinal (como cuando Avicia escudriñó a Jocelyn) mostraban en su completa desnudez, sin aditamentos ni disfraces de artificios de coloretos y sombras, los deleznable restos de la en un tiempo florida majestad de Marcia. Parecía la imagen y el epígrafe de la Edad, una vieja pálida y arrugada, con la frente llena de surcos, las mejillas hundidas, el cabello blanco como la nieve. A esto habían reducido el rostro que él un tiempo besara, las raspaduras, cincelamientos, golpeteos, cochuras y refrigeraciones de cuarenta envidiosos años, y los pensamientos de más de la mitad de una vida.

Al notar que nada decía Pierston, prosiguió Marcia con rudeza, pero firmemente:

—Siento causarte una impresión desagradable, pero la polilla consume algo la vestidura en tal intervalo.

—Sí... sí..., Marcia; eres una valerosa mujer. Tienes los bríos de las insignes mujeres de la historia. Ya no puedo amar; pero te admiro con toda mi alma.

—No me llames insigne. Di que he empezado a ser medianamente honrada. Es más que suficiente.

—Bien; no diré otra cosa sino que admiro que una mujer haya sido capaz de retrasar treinta años el reloj de los tiempos.

—Eso me avergüenza ahora, Jocelyn. Nunca más lo volveré a hacer.

Tan pronto como Pierston estuvo lo bastante fortalecido, le pidió a Marcia que viniese en carruaje para ir ambos al estudio. El local se había mantenido bien ventilado, pero los postigos estaban cerrados, y los abrieron.

Echó Pierston una ojeada a sus familiares objetos, algunos ya concluidos y maduros, aunque la mayor parte eran brotes, injertos y vástagos de belleza en espera de una mente que los perfeccionase.

—¡No, no me gustan! —exclamó apartándose—. ¡Me parecen horribles! No siento ni la más leve atracción ni el menor interés por ninguno de ellos.

—¡Qué triste es eso, Jocelyn!

—No; en modo alguno. Dirigiéndose de nuevo hacia la puerta, prosiguió diciendo: —Déjame mirar en rededor.

Miró hacia atrás. Marcia permanecía silenciosa.

—Afroditas (¡cómo ultrajé su bella forma con aquellos fracasos!), Freyjas, Ninfas y Faunesas, Evas, Avicias y otras innumerables Bien Amadas... ¡No quiero veros más!... «En vez de perfume habrá hediondez, y quemadura en vez de hermosura», dijo el profeta.

Y salieron del estudio. Otra tarde fueron a la Galería Nacional, a comprobar su gusto pictórico, que anteriormente había sido exquisito. Como Marcia esperaba, le sucedió allí lo mismo a Jocelyn. No vio nada que le conmoviera, según dijo, en los cuadros retadores del tiempo, del Perugino, Tiziano, Sebastiano y otros creadores de estáticas figuras que habían pasado por el sendero artístico.

—¡Es extraño! —exclamó Marcia.

—No lo siento. He perdido una facultad que al fin y al cabo me acarreó mis más profundas tristezas a cambio de pocos y leves placeres. Vámonos.

Pierston estaba ya tan adelantado en su convalecencia, que se creyó lo más conveniente llevarlo a tomar los aires de su isla. Marcia consintió en acompañarle, diciendo:

—No sé por qué no he de poder acompañarte. Una vieja amiga como yo, y un amigo viejo como tú.

—Sí. Gracias al cielo, soy viejo por fin. Se revocó la maldición.

Digamos brevemente que después de su salida para la isla no volvió Pierston a ver su estudio ni nada de cuanto contenía. Al cabo de poco tiempo de estar en la isla, y notando que se había extinguido en absoluto su sentimiento de lo bello en el arte y en la naturaleza, ordenó a su gente en la ciudad que deshiciese toda su colección, como así se hizo. Traspasó la escritura de arrendamiento de la casa, y con el tiempo otro escultor conquistó

allí mismo la admiración de quienes no habían conocido a Jocelyn Pierston. Al año siguiente figuraba su nombre en la lista de los académicos dimisionarios o dados de baja.

Según pasaba el tiempo, Pierston envejecía como era de esperar en quien a sus años había pasado tan estragadora enfermedad; pero permanecía en la isla, en la única casa propia que le quedaba, una casa relativamente pequeña, en la parte alta de Street of Wells. Un creciente sentimiento de amistad, que hubiera sido locura interrumpir, le movió a alquilar allí cerca otra casa análoga para Marcia y trasladarle los muebles desde Sandbourne. Siempre que la tarde estaba bonancible, iba él a buscar a Marcia y daban juntos un paseo hacia el Beal o hacia el viejo castillo, aunque raras veces podían llegar tan lejos, por impedirselo a él la ciática y a ella el reumatismo, excepto cuando el tiempo era seco. Vestía entonces Pierston de un modo completamente distinto, con un modesto terno de hechura local y a la moda de treinta años atrás, obra de una sastra de las Canteras del Este. También se dejaba crecer libremente su barba gris y el poco cabello que se había librado de la calvicie subsiguiente a la fiebre. Así es que, aunque sólo tenía sesenta y dos años, aparentaba más de setenta y cinco.

Aunque hacía ya tantísimo tiempo de su juvenil aventura amorosa, en la isla se supo con misteriosa rapidez y plenitud de pormenores. Las murmuraciones chismosas que había provocado su presente amistad, después de lo sucedido, eran el tema de su conversación durante uno de aquellos paseos a lo largo de los acantilados.

—¡Es extraordinario el interés que nuestros vecinos se toman por nuestros asuntos! —observó Pierston—. Dicen: «Esos dos viejos deberían casarse; más vale tarde que nunca». Así son las gentes. Quieren moldear las vidas ajenas a su capricho, en la máquina de sus rutinas.

—Sí. También a mí me han echado algunas indirectas sobre el particular.

—¡De veras! Yo creo que alguna mañana nos encontraremos con una comisión de vecinos que, en interés de los casamenteros, nos suplique que nos casemos lo más pronto posible... ¡Cuán a punto estuvimos de casarnos hace cuarenta años! Pero ¡eras tú tan independiente! Yo creí que volverías a tu casa, y me admiré mucho de que no lo hicieses.

—Mis ideas independientes no eran reprensibles en mí como isleña, aunque lo hubieran sido si fuese una señorita forastera. Desde el punto de vista isleño no había razón alguna para que volviera, y por eso no volví. Mi padre mantuvo ante mí este punto de vista, y yo me sometí a su criterio.

—Y así la isla presidía nuestros destinos, aunque no estábamos en ella. Sí...; nos llevan manos ajenas... ¿Se lo contaste alguna vez a tu marido?

—No.

—¿Se enteró él de algo?

—Que yo sepa, no.

Al visitarla un día, la encontró sumamente disgustada. Cuando soplaban vientos borrascosos, las chimeneas de la casa en que vivía rechazaban insoportablemente el humo, y aquel día soplaba el viento de aquella parte. No era posible mantener encendida la chimenea de la sala, y antes que consentir que tiritase de frío por falta de lumbre una mujer aquejada de reumatismo, la invitó a que fuese a almorzar con él, como otras veces había hecho. Sobre la marcha pensó él, no por primera vez, que no era necesario que estuviese ella sujeta a semejante incomodidad por vivir cada cual en casa aparte, cuando una sola fuera más conveniente a su más constante compañía, librándose así de las molestas chimeneas. Además, casándose con Marcia y emparentando de este modo con Avicia y Enrique, sería cosa muy natural el delicado asunto de concederles una pensión regular.

Y así, los ardientes deseos de los vecinos, de dar forma geométrica a la vida de ambos, se vieron cumplidos casi a pesar de los protagonistas. Cuando Pierston le expuso claramente a Marcia su propósito, ella confesó que siempre había deplorado la orgullosa decisión de su juventud, y no puso reparo alguno para aceptarle por esposo.

—Ya sabes, Marcia, que no tengo amor que darte; pero tuya hasta la muerte es toda la amistad de que soy capaz.

—Casi me sucede a mí lo mismo, aunque acaso no del todo. Pero, como las gentes de la vecindad, también yo creí de algún modo, y tú comprenderás por qué, que debía ser tu esposa antes de morir.

Ocurrió que uno o dos días antes de la ceremonia, señalada para corto tiempo después de la precedente conversación, se agudizó de pronto el reumatismo de Marcia. Sin embargo, el ataque prometía ser pasajero, por haber sobrevenido a causa de alguna casual exposición a las corrientes de aire mientras preparaba la mudanza de casa, y como no consideraron conveniente aplazar la boda por tal motivo, se arropó Marcia cuidadosamente, y en una silla la condujeron a la iglesia.

Pasado un mes, cierta mañana mientras estaban desayunándose, Marcia leía una carta de Avicia que acababa de recibir. Ésta vivía con su marido en una casa que Pierston había comprado para ellos en Sandbourne. De pronto Marcia exclamó:

—¡Santos cielos!

Jocelyn levantó los ojos. Marcia prosiguió:

—¡Cómo! ¡Escribe Avicia diciendo que quiere separarse de Enrique! ¿Oíste nunca cosa igual? Hoy llega para hablarme de ello.

—¿Separados? ¿Qué dice esa criatura?

Pierston leyó la carta y añadió:

—¡Disparate ridículo! No sabe lo que quiere. ¡Yo digo que no se separarán! Manifiéstaselo así y quede todo concluido. Pues qué, ¿cuánto tiempo ha que se casaron? Ni un año siquiera. ¿Qué dirá cuando haga veinte?

Marcia se quedó reflexionando y murmuró:

—Yo creo que el remordimiento que desgraciadamente la suele acometer de haber desobedecido a su madre, ocasionándole la muerte, la pone irascible. ¡Pobre muchacha!

Poco antes de la hora de almorzar llegó Avicia excitada y llorosa. Marcia se la llevó a un aposento interior, tuvo una conversación con ella, y después salieron ambas al comedor.

—¡Oh!, no es nada —dijo Marcia—. Le he indicado que debe volverse en seguida después de tomar un refrigerio.

—¡Ah!, eso está muy bien —gimoteó Avicia—. Pe... pe... ro, si vosotros dos estuviéseis ca... casados tanto tiempo como yo lo estoy, no di... diríais que me volviera así como así.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Pierston.

—Pues me dijo que si él se muriera, yo... yo... buscaría otro de rubios cabellos y ojos azules, precisamente..., precisamente para escupirle en su tumba, porque él es moreno y está completamente seguro de que no me gustan los morenos. Y después dijo... Pero no, ¡no quiero ser tan traidora que diga ni una palabra más acerca de él! Yo quisiera...

—Avicia, tu madre hizo lo mismo que estás haciendo tú. Y acabó por volver con su marido. Ahora imítala. Vamos a ver, hay un tren...

—Pero antes ha de tomar algo. Siéntate, querida.

La llegada de Enrique en persona, pálido y con la ansiedad pintada en el rostro, inició la cuestión. Pierston se marchó a un asunto de negocios, dejando que la joven pareja dirimiese sus diferencias a su gusto.

Entre las benéficas empresas que siguieron a la extinción de la Bien Amada y otros ideales, el asunto de negocios que le ocupó aquel día fue la presentación de un proyecto para cegar las antiguas fuentes naturales de Street of Wells, a causa de los riesgos de contaminación, y abastecer a la aldea por medio de cañerías. El proyecto, según se sabe, quedó realizado a su costa.

También se ocupó en comprar algunas alquerías o casitas de campo de antigua construcción de estilo isabelino, con ventanas de bastidor, porque eran muy húmedas a causa del musgo que las recubría. Las mandó demoler todas y construyó otras nuevas con perfecta ventilación.

Hoy día los críticos de arte, semejantes a calabacines, lo mencionan a veces llamándole «el difunto Pierston», y se alude a sus obras diciendo que eran de un hombre no exento de genio, cuyas facultades no se le reconocieron suficientemente en vida.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)